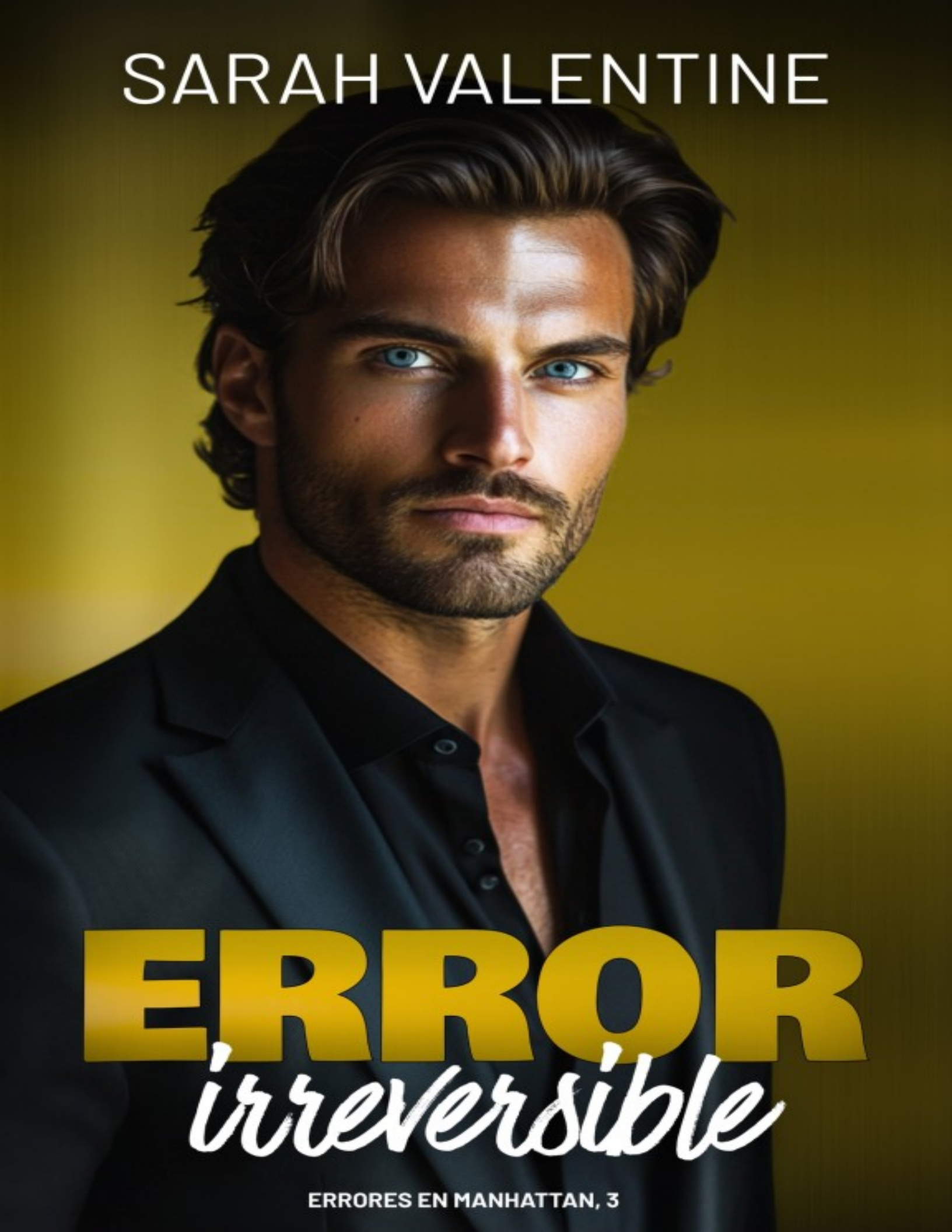
SARAH VALENTINE



ERROR irreversible

ERRORES EN MANHATTAN, 3

Índice

Error irreversible
Créditos legales
Dedicatoria
Consigue gratis esta novela
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Nota de la autora
Tengo un regalo para ti
¿Dónde puedes encontrarme?

ERROR
Irreversible

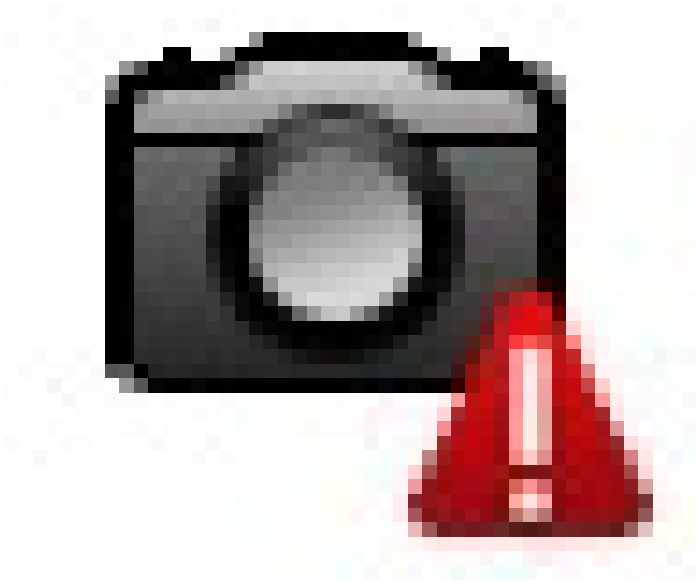
ERRORES EN MANHATTAN, 3

SARAH VALENTINE

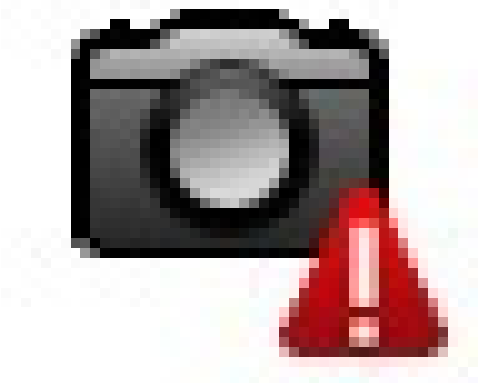
© Sarah Valentine, 2026
Impreso por Amazon.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sn el permiso previo y por escrito de su autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para quienes descubrieron que el verdadero problema
nunca fue enamorarse, sino imaginar una vida
sin esa persona después.



Consigue *Atrapada con el millonario* totalmente gratis suscribiéndote a mi lista de correo aquí para mantenerte al día de todas mis novedades:



Prólogo

Elsie

La primera vez que pienso seriamente en escapar de la boda son exactamente las nueve y diecisiete de la noche, justo cuando un camarero aparece delante de mí con una bandeja de copas de champán y una sonrisa tan impecable que parece entrenada por el ejército.

Cojo una por pura educación y miro alrededor intentando recordar en qué momento mi vida se ha convertido en una sucesión de eventos llenos de hombres con relojes que cuestan más que mi coche y mujeres capaces de caminar sobre mármol con tacones de doce centímetros sin aparentar ni el más mínimo dolor de pies.

Tribeca brilla al otro lado de los ventanales del hotel como un decorado absurdo. Resoplo y miro a mi alrededor. Desde luego, todo dentro de esta sala parece diseñado para impresionar: las lámparas enormes colgando suspendidas sobre las mesas, los arreglos florales con aspecto de ser carísimos, la música en directo sonando lo bastante baja para permitir conversaciones y lo bastante alta para impedir silencios incómodos. El problema es que los. millonarios siempre encuentran la manera de tener silencios incómodos igualmente.

—Tienes cara de estar planeando una fuga.

Levanto la vista de la copa que tengo entre mis manos y frente a mí tengo a Dorian Griffiths. «Perfecto», me digo para mí intentando que no se me note, porque si había algún evitado al que esperaba evitar durante toda la noche es precisamente al hombre que han sentado a

dos sillas a mi derecha por culpa de un cambio de mesas de última hora, que todavía sospecho que fue idea de Brock y su necesidad enfermiza de convertir cualquier evento elegante en un *reality show* regado con grandes cantidades de alcohol.

Dorian me sostiene la mirada con una tranquilidad irritante mientras se lleva el whisky a la boca. Va vestido igual que el resto de los hombres: traje oscuro, reloj obscenamente caro, camisa clara y con una corbata perfectamente anudada. Sin embargo, hay algo distinto en él al resto. Quizá lleva el pelo ligeramente despeinado, la corbata algo más floja que el resto y una expresión en la cara propia de hombre que parece estar divirtiéndose incluso cuando no debería.

—Estoy planeando sobrevivir a la cena sin escuchar a Brock hablar de trabajo o sexo en la misma frase —le respondo alzando una ceja.

—Entonces has venido al evento equivocado.

—A esa conclusión ya he llegado hace un rato…

Una sonrisa se dibuja lentamente en su boca y ahí está el problema, porque Dorian no sonríe como los demás hombres de esta sala. Devon Mitchell sonríe como alguien acostumbrado a cerrar acuerdos millonarios. Max Hammond apenas lo hace y Brock parece directamente incapaz de tomarse algo en serio más de cinco minutos seguidos sino se trata de trabajo.

Dorian, en cambio, me da la sensación de que sonríe como si acabara de encontrar algo que quiere desmontar pieza por pieza. En este caso, aparentemente, yo.

Intento volver mi atención hacia Juliette y Theo, los recién casados que están recibiendo felicitaciones cerca de la pista central, pero noto la mirada de Dorian todavía encima de mí.

—¿Siempre observas así a la gente u hoy estás haciendo una excepción porque estás aburrido? —le pregunto mirándolo de reojo.

—No estoy aburrido. Estoy intentando entender por qué una mujer que parece lista ha decidido quedarse en una boda donde lleva cuarenta minutos deseando de correr hacia la salida.

—Porque ayudé a coordinar parte de este desastre y abandonar antes del postre quedaría feo.

—No creo que seas una persona especialmente preocupada por quedar bien.

Lo miro otra vez más por fastidio que por interés. Y descubro algo irritante: tiene unos ojos peligrosos. Verdes oscuros, cansados, pero también atentos. La clase de ojos que parecen relajados hasta que se concentran en alguien concreto.
—Tú tampoco pareces especialmente preocupado por las normas.
—Las normas funcionan bien hasta que alguien empieza a beber champán gratis.
—En tu vaso hay whisky —le recuerdo.
—Porque tengo experiencia.
Resoplo antes de dar otro trago a mi copa, con la firme convicción de que no debería seguir aquí. De hecho, llevo diciéndome exactamente eso desde que empezó el cóctel de bienvenida y Brock convenció a media sala para participar en una competición absurda sobre quién había tomado peores decisiones sentimentales antes de los treinta.
Elara ganó sin discusión posible y ahora mismo está subida a una silla junto a la mesa principal intentando explicarle algo a Amara con una copa en la mano mientras Devon la mira con un gesto propio de un hombre que está a dos segundos de perder paciencia y otros tres de besarla contra una pared.
La verdad es que cuanto más miro alrededor, más claro tengo que aquí nadie tiene la vida tan controlada como aparenta. Todos menos Max Hammond, que continúa sentado al final de la mesa con la misma expresión fría que ha tenido durante toda la noche, observando el caos de la fiesta igual que alguien observa un incendio desde detrás de un cristal blindado.
Y luego está Alistair Hudson, que no sé cuándo ha aparecido exactamente. Solo sé que cada vez que levanto la vista lo encuentro en un lugar distinto de la sala, silencioso, impecable y mirando a la gente como si supiera algo que el resto todavía no entiende.
No me gusta ese tío, aunque no sé por qué.
—Estás haciendo esa cara otra vez.
Parpadeo y descubro que Dorian sigue mirándome.
—¿Qué cara?
—La de mujer que está considerando cometer un delito para escapar.

—Depende. ¿Empujar invitados millonarios por una terraza cuenta como delito grave?
—Solo si te pillan.
La risa se me escapa antes de que consiga frenarla y enseguida me arrepiento, porque algo cambia en la mirada de Dorian al escucharla. Apenas dura un instante, una reacción pequeña y peligrosa, pero suficiente para que me entren ganas de volver a poner distancia entre nosotros.
—Voy a buscar agua —le digo dejando mi copa de champán vacía sobre la mesa y me pongo en pie.
—Cobarde —murmura Dorian a mi espalda cuando empiezo a alejarme de la mesa.
Me giro lo justo para dedicarle una mirada cargada de paciencia homicida mientras un camarero pasa entre nosotros con una bandeja de copas y Brock, al fondo de la sala, intenta convencer a Theo de que un matrimonio sano necesita «al menos una discusión absurda por semana y sexo irresponsable en sitios públicos».
—Prueba a pasar tres horas escuchando a Brock explicar por qué las despedidas de soltero deberían incluir abogados y tequila ilimitado.
Dorian sigue mi mirada hasta la pista central, donde Brock acaba de subirse a una silla con una copa en la mano mientras Devon lo observa con expresión de hombre que está decidiendo si matarlo ahora o esperar al postre.
—Brock lleva desde el cóctel intentando convertir esta boda en un problema legal.
—Brock es un problema legal en si mismo.
La sonrisa de Dorian se ensancha un poco.
—Eso no le ha impedido sobrevivir treinta y cuatro años en Manhattan.
—Los milagros existen.
Detrás de él, Elara estalla en una carcajada al escuchar algo que Amara acaba de susurrarle y Brock responde haciendo una reverencia absurda hacia una mesa de inversores claramente arrepentidos de haber aceptado la invitación.
Dorian vuelve a mirarme, todavía divertido.

—Lo preocupante es que llevas toda la noche juzgándolo y aún no te has ido.
—Eso es porque una parte de mí sigue creyendo que alguien adulto tendrá que acabar poniendo orden aquí.
—¿Y la otra parte?
Miro alrededor otra vez y veo a Brock brindando encima de una silla, a Devon perdiendo años de vida en silencio y a Theo riéndose como un hombre que todavía no entiende las consecuencias de nada. Luego vuelvo a encontrarme con los ojos verdes de Dorian.
—La otra parte empieza a sospechar que vosotros funcionáis exactamente así todo el tiempo.
Empiezo a caminar hacia la barra del fondo intentando aprovechar el caos que Brock ha montado alrededor de la pista para desaparecer un rato, pero apenas consigo avanzar unos metros antes de notar otra vez a Dorian a mi lado. No hace ruido al acercarse. Simplemente aparece, como si llevara toda la noche detectando cada uno de mis intentos de fuga.
—Empiezo a pensar que tienes un problema serio con el espacio personal —le suelto sin girarme hacia él.
—Empiezo a pensar que tú tienes un problema serio con escaparte de las conversaciones interesantes.
—Todavía no hemos tenido ninguna —le advierto.
Dorian se lleva el vaso de whisky a la boca sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal.
—Eso me ha dolido un poco.
—Sobrevivirás.
—No sé. Tengo pinta de ser bastante sensible.
Resoplo antes de llegar a la barra y, cuando lo hago, un camarero aparece enseguida delante de mí con una copa nueva y, justo cuando voy a cogerla, la mano de Dorian intercepta el movimiento.
—Eh —le suelto.
Él observa el líquido un instante antes de cambiar la copa por otra distinta.
—Esta no.
—¿Perdona? —pregunto arqueando una ceja.
—Llevaba vodka —me advierte.

—No llevaba vodka.
Miro la nueva copa que acaba de dejarme delante y luego vuelvo a mirarlo a él.
—¿Acabas de secuestrar mi alcohol?
—Te estoy evitando una mañana de resaca muy humillante.
—No tienes pruebas de eso.
Dorian inclina un poco la cabeza hacia mí, despacio, con una expresión divertida que empieza a irritarme.
—Te has quedado hablando conmigo voluntariamente durante casi media hora. Las pruebas empiezan a acumularse.
Odio que una parte de mí quiera reírse otra vez. Pero, por suerte, la banda cambia de canción y varios invitados aplauden cuando Brock consigue arrastrar a Theo al centro de la pista para un brindis improvisado, que Devon observa con la resignación de un hombre que probablemente está calculando cuántas demandas podrían surgir de esta boda antes de que acabe la fiesta.
—Te juro que Mitchell va a terminar teniendo una úlcera esta noche.
Dorian sigue mi mirada hasta Devon, que acaba de apartarle una botella de tequila a Brock con la misma expresión con la que alguien desactiva una bomba.
—Devon lleva intentando controlar esta boda desde hace cinco horas.
—Y Brock lleva intentando destruirla exactamente el mismo tiempo.
—Eso es amistad masculina de alto nivel.
No le respondo enseguida. Me limito a apoyarme en la barra y observo la sala otra vez mientras doy un sorbo a mi copa. Todo el mundo parece encajar aquí de forma natural. Las risas, los trajes impecables, las mujeres que parecen haber nacido para mostrarse elegantes y risueñas, aunque lleven tacones de vértigo…
Yo, en cambio, solo estoy cansada de novias histéricas llamándome a las tres de la mañana, porque las peonías que quieren son ligeramente más blancas que las otras peonías. Harta también de hombres ricos convencidos de que un ramo gigante arregla cualquier traición y de pasarme media vida organizando fiestas perfectas para gente que luego se destroza emocionalmente en los baños de hoteles de lujo.

—Tienes cara de mujer que lleva toda la noche pensando que debería haberse quedado en casa.
La frase me arranca de golpe de mis pensamientos y levanto la vista despacio para mirarlo a los ojos.
—¿Siempre hablas así o hoy estás haciendo un esfuerzo especial?
—Siempre hablo así, a veces incluso me caigo bien.
—Qué duro debe de ser vivir contigo.
Dorian sonríe un poco.
—No estoy intentando impresionarte, Elsie.
—Entonces vas fatal porque llevas toda la noche actuando como un hombre convencido de que es encantador.
—No estoy actuando. Ese es mi principal problema.
La música sube un poco de volumen justo cuando Elara le arrebata una copa a un camarero y empieza a bailar encima de una plataforma decorativa, mientras Amara la observa desde abajo con expresión tranquila, como si estuviera decidiendo en qué momento intervenir antes de que alguien termine cayéndose.
—¿Sabes qué creo de verdad? —me pregunta Dorian, que se ha acercado un poco más a mí para que pueda escucharlo por encima del ruido.
—Me da miedo esa pregunta...
—Creo que llevas aquí desde que empezó la boda intentando decidir si marcharte o cometer una estupidez.
Suelto una risa breve, más cansada que divertida.
—Y tú pareces un experto en decir estupideces.
—Solo en las entretenidas.
El problema es que sigo aquí y ese es el error y no el alcohol, ni la boda, ni siquiera Dorian.
El error es quedarme quieta mientras una parte bastante sensata de mí sigue repitiendo que todavía estoy a tiempo de salir de este hotel, coger un taxi y olvidarme de toda esta gente antes de que algo termine complicándose.
La noche empieza a volverse confusa poco después, aunque entonces todavía no me doy cuenta. Las conversaciones se mezclan unas con otras, las copas aparecen llenas en mis manos sin que recuerde haber pedido otra y Brock empieza a organizar retos

absurdos cerca de la pista mientras Theo, claramente borracho ya, acepta todos como un hombre que mañana va a arrepentirse muchísimo.
En algún momento escucho una voz masculina decir:
—Nadie se va todavía.
No sé quién ha sido. Solo recuerdo la sensación incómoda de que la noche empieza a acelerarse alrededor de nosotros, las voces suenan más altas y todo el mundo parece haberse olvidado ya de cualquier intención razonable. Después recuerdo luces borrosas, risas, el ascensor demasiado lleno y alguien chocando conmigo en un pasillo y la mano de Dorian sujetándome por la cintura antes de que termine estampada contra una pared.
—Vale, confirmo que vas borracha.
—Voy cansada —le aclaro.
—Claro. Por eso llevas diez minutos mirándome como si estuvieras pensando algo ilegal.
Levanto la vista hacia él y me doy cuenta de que está cerca, muy cerca y el pasillo del hotel parece inclinarse un poco detrás de su espalda.
—No te estoy mirando así.
—Ah, ¿no?
Niega despacio con la cabeza antes de bajar la vista a mi boca.
—Pues alguien debería avisar a tu cara porque está enviando mensajes contradictorios.
Intento responder algo inteligente. De hecho, creo que incluso lo hago, pero no lo recuerdo. Lo único que soy capaz de recordar es el calor de su mano en mi cintura, las luces suaves del pasillo y la sensación de que el hotel entero gira despacio alrededor de nosotros. También me acuerdo de una puerta que se abre en un lugar que no debería y una voz cerca de mi oído susurrándome «Esto es una idea horrible».
Y luego nada.
La última imagen clara que conservo de aquella noche es Dorian entrando detrás de mí en una habitación del hotel mientras yo seguía intentando convencerme de que aún podía detener aquello.

No obstante, lo peor no fue entrar con él allí dentro, sino saber, incluso borracha, que no iba a salir igual de allí.

Capítulo 1

Dorian

Unas semanas después

Llegar tarde a un *brunch* organizado por Devon Mitchell debería considerarse deporte de riesgo. Sobre todo cuando dicho *brunch* empieza a las once, son las doce menos cuarto y Brock me ha enviado exactamente nueve mensajes durante el trayecto desde mi apartamento hasta el Soho. El último contiene únicamente una foto de Devon mirando el reloj con expresión homicida y el texto: «Si apareces muerto, fingiremos sorpresa».

Entro en el Lumière con gafas de sol, un café gigante en la mano y la sensación de que mi existencia está a punto de molestar a varias personas antes incluso de sentarme.

—Señor Griffiths —me dice la chica de recepción, que me ha reconocido enseguida.

—Eso ha sonado a «llegas tarde otra vez».

La mujer sonríe apenas de forma profesional.

—Sus amigos están en la terraza privada.

—¿Todos siguen vivos?

—Por el momento, sí —me vuelve a sonreír.

Cruzo el restaurante y veo que varias mesas giran la cabeza a mi paso. Justo antes de llegar a la terraza, me quito las gafas de sol. El sonido de las conversaciones, de los platos y del jazz suave que suena de fondo desaparece un poco en cuanto atravieso las puertas de cristal y los veo.

Devon sentado al fondo de la mesa con una camisa blanca impecable y cara de hombre que probablemente ya ha cerrado dos acuerdos millonarios antes de tomarse el primer café de la mañana. Amara a su lado, lo observa todo con una expresión serena que siempre me hace sospechar que sabe más de lo que dice. Brock monopolizando la conversación desde el otro extremo de la mesa mientras Theo intenta, sin éxito, terminar una frase. Elara descalza debajo de la mesa porque, según parece, «los zapatos caros son una estafa creada por hombres». Max Hammond revisando el móvil con el mismo entusiasmo emocional que tendría un cadáver. Y entonces está ella: Elsie Rogers, sentada cerca del extremo de la mesa, con unas gafas de sol enormes, un jersey claro de cuello alto y una taza de té entre las manos.

No levanta la vista cuando llego, algo que me resulta raro.

—Mira quién ha decidido honrarnos con su presencia —anuncia Brock apoyándose hacia atrás en la silla—. Creíamos que habías muerto en casa de alguna modelo escandinava.

Dejo el café sobre la mesa y me siento en la única silla libre, que casualmente está al lado de Elsie, porque el universo me odia.

—He estado ocupado sobreviviendo a vuestra resaca emocional colectiva.

—Tú no puedes usar la palabra emocional en una frase sin que salte una alarma —murmura Max sin apartar la vista de la pantalla de su teléfono.

—Gracias, Hammond. Tu apoyo significa muchísimo para mí.

—Cuarenta minutos tarde —me dice Devon mirándome durante unos segundos.

—Eso en Manhattan cuenta como puntualidad flexible —le respondo con convicción.

—Eso en cualquier ciudad cuenta como tocarme los cojones.

—Qué bonito es verte expresar sentimientos —le responde Brock alzando su copa.
Elara empieza a reírse mientras Theo intenta explicarle algo a Amara sobre un vídeo que, aparentemente, Brock ha subido y que ahora amenaza con destruir varias reputaciones. Yo apenas los escucho, porque sigo mirando a Elsie. No la observo directamente, pero sí la miro lo suficiente para notar algo raro enseguida. No me mira, ni en conversación, ni hace ni un solo comentario sarcástico.
Después de la boda esperaba muchas cosas: tensión, pullas, incomodidad e incluso una discusión de su parte, pero esto no. Porque esto parece calculado y ahora mismo lo único que consigue es ponerme de mal humor.
—Vaya, Rogers sigue viva —comento inclinándome un poco hacia ella—. Empezaba a pensar que habías entrado en un programa de protección de testigos después de la noche de la boda.
Elsie da un sorbo al té antes de responderme.
—Sigo valorándolo.
Brock levanta inmediatamente la cabeza.
—Ah, perfecto. Ya hemos llegado a la parte interesante del *brunch*.
—Tú consideras interesante cualquier conversación que pueda acabar en demanda judicial —le recuerda Amara.
La sonrisa de Elsie apenas dura un instante antes de desaparecer otra vez, algo que también me resulta raro, porque recuerdo perfectamente cómo se reía en la boda. Aunque también me acuerdo del alcohol de aquella noche, del pasillo del hotel, de su espalda contra la pared, mientras bajaba mi mano hasta su cintura y la forma en que me miraba antes de entrar conmigo en aquella habitación.
No recuerdo todo lo demás, pero sí recuerdo suficiente y nada de aquello encaja con la mujer que ahora mismo parece querer fingir que apenas existo.
—¿Sigues enfadada conmigo? —pregunto acercándome un poco más a Elsie.
—Eso implicaría que me importas lo suficiente —me responde dejando la taza sobre la mesa despacio.
Vale, su contestación me cabrea más de lo que esperaba.

—Hostia —murmura Brock llevándose la mano al pecho—. Hasta yo he sentido el golpe.
Devon resopla mientras aparta una cesta de bollería de delante de Brock.
—¿Puedes dejar de echar leña al fuego un rato?
—No, porque entonces perderíais una parte fundamental de mi encanto.
Brock se recuesta en la silla con una tranquilidad irritante mientras Theo niega con la cabeza y Devon se sirve más café con la resignación de un hombre que ya ha aceptado que ninguno de nosotros va a comportarse como un adulto funcional durante las próximas horas.
La conversación sigue moviéndose entre bromas absurdas, resacas y comentarios sobre el *brunch* hasta que, sin que nadie lo diga directamente, la boda de Juliette y Theo vuelve a convertirse en la protagonista. Durante las últimas semanas, siempre acabamos regresando a aquella noche.
—Theo intentó convencer al DJ de poner reguetón a las dos de la mañana —dice Elara riéndose mientras deja la copa sobre la mesa—. Creo que jamás había visto a Devon tan cerca de cometer un crimen.
—El DJ lloró —añade Brock con orgullo—. Eso significa que la fiesta funcionó.
—La fiesta acabó con tres invitados durmiendo en habitaciones equivocadas —replica Devon sin levantar la vista de la taza de café.
Eso hace que algo cambie en la expresión de Elsie, muy poco, pero lo noto, porque no le he quitado ojo desde que ha llegado.
Brock deja el tenedor sobre el plato y señala a Theo desde el otro extremo de la mesa con expresión acusadora.
—Espera un momento. ¿Quién fue el que apareció en la suite del piso doce convencido de que aquella era su habitación?
Theo empieza a reírse inmediatamente.
—No fui yo.
—Claro que fuiste tú —replica Brock—. Intentaste abrir una puerta con la tarjeta del minibar.
—Aquella noche fue confusa.

—Aquella noche fue una negligencia colectiva...
Elara se inclina hacia delante apoyando los codos sobre la mesa mientras mira a su alrededor con expresión conspiradora.
—Yo sigo diciendo que alguien debería revisar las cámaras del hotel porque hay varias horas de esa noche que no tienen ningún sentido.
La frase hace que varias personas levanten la vista al mismo tiempo. Max aparta por fin los ojos del móvil y durante un instante algo cambia en su expresión. No dura mucho, pero lo suficiente para que me dé cuenta, al igual que Brock.
—Hostia. Hammond acaba de poner cara de hombre que sabe dónde están enterrados varios cadáveres.
—Estoy pensando que ninguno debería volver a beber así —dice Max después de dejar su teléfono sobre la mesa.
—Eso ha sonado sorprendentemente responsable —comenta Brock llevándose una mano al pecho—. ¿Te encuentras bien o tenemos que llamar a un médico?
Max ignora el comentario con la misma paciencia cansada de siempre.
—Hay cosas raras que nadie recuerda bien —dice Amara observando la mesa unos segundos antes de hablar.
Su comentario queda flotando sobre nosotros, mientras Theo se sirve más café y Elara frunce ligeramente el ceño, intentando reconstruir algo en su cabeza.
—Yo recuerdo perfectamente besar a una mujer preciosa en un ascensor —comento apoyándome hacia atrás en la silla y mirando a Elsie—. Aunque algunos detalles siguen bastante borrosos.
Elsie ni siquiera gira la cabeza hacia mí. Pero veo cómo aprieta un poco más fuerte los dedos alrededor de la taza y entonces me doy cuenta de que no es que esté incómoda, sino tensa.
Empiezo a fijarme mejor en ella y me doy cuenta de que no ha probado ni una gota de alcohol, ni apenas ha tocado la comida, tiene mala cara y lleva toda la mañana pasando del enfado al agotamiento en cuestión de segundos. Mi cerebro llega inmediatamente a la conclusión más lógica: está arrepentida de haberse acostado conmigo aquella noche de a boda. Y no sé por qué eso me toca tanto los cojones.

—¿Sabes qué recuerdo yo? —dice Brock apoyándose sobre la mesa —. Recuerdo a alguien insistiendo en que nadie podía marcharse todavía.
El comentario hace que varias miradas se levanten al mismo tiempo, incluida la de Elsie.
—¿Quién? —pregunta Elara.
Brock frunce el ceño.
—No me acuerdo. Solo recuerdo la frase.
Elsie se queda quieta unos segundos, pero su gesto cambia un instante y de pronto tengo la sensación de que ella está recordando algo mientras intenta no hacerlo.
—Yo recuerdo un pasillo —murmura Theo—. Y a Brock intentando abrir una puerta con una tarjeta de crédito.
—Eso fue espíritu de supervivencia —le responde Brock.
—No, eso fue un delito —confirma Theo.
—Técnicamente no conseguimos entrar.
La conversación sigue moviéndose alrededor de la mesa, pero yo continúo mirando a Elsie. Porque hace un momento estaba hablando y ahora parece haberse ido muy lejos de aquí de repente. Tiene la vista fija en la taza y la expresión tensa de alguien intentando mantener el control sobre algo que empieza a complicarse por segundos.
—Tengo que irme —dice Elsie de repente levantándose de la silla.
—¿Ya? Acabamos de pedir postre —protesta Brock.
—Algunas personas trabajamos.
—Eso ha sonado ofensivo hacia mí personalmente —le responde él.
Elsie sonríe mientras recoge el bolso y evita mirarme otra vez. Eso termina de hartarme. La observo atravesar el restaurante y me levanto apenas diez segundos después.
—Oh, esto promete —escucho que dice Brock a media voz, mientras me alejo de la mesa.
—No rompáis nada —añade Devon después de dar un sorbo a su taza de café.
—Ni hagas promesas imposibles —añade Brock.
Alcanzo a Elsie fuera del restaurante, junto a la acera, mientras intenta parar un taxi. El Soho nos rodea con ruido de coches y de

gente caminando con prisas a pesar de ser domingo.
—¿Vas a seguir haciendo esto mucho tiempo? —le pregunto cuando la alcanzo.
—No sé de qué hablas —me responde sin mirarme.
—Claro que lo sabes.
Por fin se vuelve hacia mí y veo de nuevo esa tensión rara en su gesto.
—Dorian…
—No. Ni siquiera hemos hablado de lo que pasó.
—Porque no hay nada que hablar.
Me acerco un paso más a ella.
—Eso es curioso teniendo en cuenta que acabaste prácticamente arrancándome la ropa en el hotel.
—Estábamos borrachos.
—Tú no parecías arrepentida entonces.
La frase me sale más brusca de lo que pretendía y ella cruza los brazos inmediatamente a la defensiva.
—¿Qué quieres exactamente?
Buena pregunta, porque la he seguido fuera del restaurante sin pensar demasiado en ello. Una parte de mí está enfadada y la otra lleva toda la mañana intentando entender por qué Elsie actúa como si quisiera borrarme de su vida después de lo que pasó entre nosotros. Pero empiezo a sospechar que el problema no fue la boda, sino yo.
—Vale —digo mirándola fijamente—. ¿Qué cojones te pasa conmigo?
Elsie abre la boca y durante un momento tengo la sensación de que va a decirme algo importante. Lo veo en su cara y en cómo se altera su respiración, pero entonces aparece un taxi libre detrás de mí y ella retrocede.
—No me pasa nada contigo.
Mentira. Me doy cuenta enseguida de que me está mintiendo y ella también sabe que la he pillado. Pero aun así abre la puerta del taxi y entra antes de que pueda detenerla.
—Elsie.
Me mira desde dentro del coche y tengo la sensación de que parece asustada, pero no de mí, sino de algo peor, pero que no tengo ni la

más mínima idea qué es. Después el taxi arranca y yo me quedo plantado en mitad de la calle con la sensación de que acabo de perderme una parte importante de esta historia.

Capítulo 2

Elsie

La farmacia de la Octava Avenida tiene el aire acondicionado fuerte y un escalofrío me recorre la espalda mientras permanezco varios segundos delante del expositor de pruebas de embarazo. Trato de fingir que estoy comparando marcas, aunque en realidad llevo casi dos semanas haciendo exactamente lo mismo: evitar coger una caja y confirmar algo que todavía puedo seguir llamando posibilidad mientras no exista una prueba objetiva que me diga lo contrario.

Así que tomo aire profundamente y cojo la primera caja que tengo frente a mí, sin fijarme en la marca. Voy hacia la caja para pagar con la mirada fija en el paquete alargado que llevo entre las manos. Por suerte, la dependienta apenas me mira mientras escanea el código. Perfecto, porque es exactamente lo que necesito en este momento: cero interacción humana.

Cinco minutos después, entro en mi apartamento de Brooklyn con una prueba de embarazo en el bolso y la sensación de que quizá todavía puedo seguir fingiendo que esto no está pasando si me distraigo lo suficiente.

Mi piso huele a vela de vainilla y al ramo de flores muerto que olvidé tirar hace tres días. Hay zapatos junto al sofá, carpetas abiertas sobre la mesa del comedor y un vestido colgado de una silla, porque llevo una semana prometiéndome llevarlo a la tintorería y siete días sin hacerlo.

Dejo el bolso sobre la encimera de la cocina y saco la bolsa de la farmacia con la cajita de la prueba de embarazo dentro. La saco y la

observo unos segundos, pero después vuelvo a guardarla. Todavía no me siento capaz… Así que cojo el portátil y respondo tres correos electrónicos, que tenía pendientes desde ayer. Miento a una clienta diciéndole que claro que encontraré las peonías blancas que tanto desea, aunque estemos fuera de temporada, porque aparentemente mi trabajo consiste en desafiar las leyes de la botánica para gente rica que cree que Pinterest funciona como una religión. Después intento reorganizar el calendario de eventos de octubre, pero fracaso, porque cada pocos minutos mi mirada vuelve sola hacia la bolsa de la farmacia. Hasta que finalmente acabo ordenando cajones que ya estaban ordenados, doblando mantas, regando una planta que probablemente ya estaba ahogada antes de que empezara esta pesadilla... A las siete y doce de la tarde sigo sin haber abierto la caja. A las siete y veinte me descubro buscando en Google: «retraso por estrés o embarazo». A las siete y veintisiete cierro el portátil, porque quiero conservar algo de dignidad y justo en ese momento mi teléfono vibra sobre la encimera de la cocina.

Es Dorian. La pantalla ilumina su nombre igual que si el universo hubiera decidido dedicar el día entero a tocarme los cojones. Lo dejo sonar y ahí aparece automáticamente mi enfado.

Porque, de todos los hombres absurdos de Manhattan, tenía que pasarme precisamente con Dorian Griffiths. El hombre que convierte cualquier conversación en una provocación. El hombre que aparece tarde, habla más de la cuenta y sonríe como si el mundo estuviera diseñado para entretenerlo… Sí, sin duda posee el material genético perfecto para protagonizar una catástrofe como esta. Por suerte, el teléfono deja de vibrar y lanzo un hondo suspiro.

Vuelvo a mirar la bolsa de la farmacia y la caja antes de que pueda arrepentirme otra vez y entro en el baño. La luz sobre el espejo parpadea un segundo antes de estabilizarse mientras leo las instrucciones de la prueba dos veces seguidas, aunque llevo sabiendo cómo funciona una prueba de embarazo desde los quince años.

Me tiemblan las manos un poco y eso me irrita.

—Por favor, qué situación tan humillante —murmuro para mí misma.

Sigo las instrucciones y pongo un temporizador en el móvil de tres minutos, el tiempo necesario para que la prueba me dé el resultado. La verdad es que tres minutos son una cantidad ridícula de tiempo cuando estás esperando algo capaz de ponerte la vida patas arriba... Trato de no adelantarme y dejo la prueba sobre el mármol antes de salir al pasillo, porque no quiero pasarme esos ciento ochenta segundos con la mirada fija en la prueba.

Así que voy a la cocina, abro la nevera, la cierro, vuelvo al salón e intento responder otro correo, aunque leo la misma frase cuatro veces seguidas sin entender absolutamente nada y me doy por vencida. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el frigorífico sigue haciendo ese ruido raro, un coche pita en la calle y escucho al vecino de arriba usar el taladro. Todo sigue su ritmo habitual, eso es lo peor, mientras yo evito entrar en mi propio baño para mirar una prueba de embarazo. Justo en ese momento, mi teléfono vibra otra vez sobre la mesa. Lo cojo, porque pienso que es el temporizador que me avisa de que ya han pasado los tres minutos, pero entonces me doy cuenta de que Dorian me ha escrito de nuevo.

—Insistencia masculina nivel acoso —digo en voz alta, pero no le respondo.

Justo en ese momento el temporizador suena. Durante unos segundos me quedo completamente quieta en mitad del salón mirando hacia la puerta del baño con la absurda sensación de que, mientras no entre ahí dentro, todavía existe una pequeña posibilidad de que mi vida siga siendo como hasta ahora.

Respiro hondo y me armo de valor para entrar en el lavabo. La prueba sigue en el mismo sitio en el que la he dejado, aunque tardo unos segundos en obligarme a mirar. Cuando lo hago enseguida veo dos líneas rosas claramente marcadas, aunque mi cerebro tarda un instante en procesarlo, luego otro y otro más… Porque sigo esperando que, si miro el tiempo suficiente, las dos líneas desaparezcan solas.

—No me jodas.

La frase se escapa de entre mis labios casi sin aire. Me muerdo el labio inferior y me apoyo en el lavabo mientras noto una presión en el pecho que no llega a ser pánico ni tristeza sino incredulidad.

Estoy embarazada de Dorian Griffiths. No me lo puedo creer y me echo a reír de golpe.
—Enhorabuena, Elsie. Has conseguido convertir una mala decisión en un proyecto a largo plazo —me digo mirándome al espejo incapaz de reaccionar.
La prueba con las dos líneas sigue frente a mí y cuanto más las miro, más enfadada me siento conmigo, con él, con aquella boda infernal, con el alcohol, con el hotel y con la versión de mí misma que decidió entrar en aquella habitación sabiendo perfectamente que aquello acabaría mal. Porque, sinceramente, si esto tenía que pasarme con alguien, Dorian Griffiths estaba literalmente al final de la lista de opciones razonables.
Mi móvil vuelve a vibrar, por suerte esta vez es Amara. Me apresuro a cerrar el cajón del baño ocultando la prueba antes siquiera de responder la llamada, lo que probablemente dice bastante sobre mi estado mental actual.
—Hola.
—Vale, ¿qué pasa?
Frunzo el ceño inmediatamente.
—Nada.
—Elsie, llevamos años siendo amigas. Reconozco perfectamente ese tono de voz.
—Solo estoy cansada —disimulo.
—Te fuiste del *brunch* con cara de estar pensando si tirarle una silla a alguien.
—Eso podría aplicarse a cualquier día de oficina...
Escucho una pequeña risa al otro lado de la línea.
—Dorian estaba insoportable incluso para sus estándares habituales.
Abro un armario, luego otro, aunque no estoy buscando nada, pero necesito moverme.
—Dorian siempre está insoportable.
—Sí, pero tú normalmente disfrutas discutiendo con él.
«Touché». Me apoyo sobre la encimera y cierro los ojos un segundo.
—No tengo energía para Dorian ahora mismo.
Amara tarda unos segundos en responder y odio que incluso a través del teléfono pueda notar que está pensando.

—¿Ha pasado algo?
La pregunta se queda suspendida entre nosotras y durante un momento siento que estoy peligrosamente cerca de decir la verdad.
La noto empujando detrás de mis dientes intentando salir.
«Estoy embarazada».
Dos palabras capaces de reventarme la vida entera en menos de tres segundos. Pero todavía no soy capaz de verbalizarlo. Todavía necesito un poco más de tiempo antes de que esto deje de pertenecerme solo a mí.
—No pasa nada —miento fatal—. Solo necesito dormir.
Amara no parece convencida.
—Elsie…
—En serio. Estoy bien.
Otra mentira, aunque el problema es que las dos lo sabemos.
—Vale —dice finalmente—. Pero si necesitas algo, llámame.
Asiento aunque ella no puede verme y cuando cuelgo, mi apartamento vuelve a quedarse lleno del ruido normal de siempre: la nevera, los coches, el vecino viendo la televisión demasiado alta…
Camino otra vez hacia el baño, abro el cajón lentamente y la prueba sigue ahí dentro.
Mi móvil vibra sobre la cama unos segundos después y no necesito mirarlo para saber quién es, pero, pese a eso, lo hago. Es Dorian, su nombre aparece iluminando la pantalla mientras yo sigo de pie en mitad de mi dormitorio con la sensación de que mi vida acaba de inclinarse ligeramente hacia un sitio del que ya no sé cómo volver.
El teléfono vuelve a vibrar, pero no respondo.

Capítulo 3

Dorian

Hammond & Rowe ocupa treinta plantas en pleno centro de Manhattan y el edificio entero tiene la agradable calidez de una amenaza fiscal. Todo funciona perfectamente aquí dentro: los ascensores suben sin hacer ruido, las recepcionistas parecen capaces de detectar demandas judiciales a veinte metros de distancia y los abogados caminan tan deprisa que uno empieza a sospechar que cobrar por horas altera químicamente el cerebro.

La recepción principal está llena de mármol oscuro, cristal y empleados impecables hablando en voz baja detrás de pantallas gigantes. George, la mano derecha de Devon Mitchell, levanta la vista de la tableta cuando me acerco al mostrador. Lleva el mismo traje oscuro perfectamente planchado de siempre y su habitual expresión neutra que hace imposible saber si está cansado, enfadado o valorando la posibilidad de cometer un asesinato.

—Brock está arriba —me informa antes siquiera de que abra la boca.

—Qué bonito detalle por tu parte ahorrarme la conversación inicial.

George vuelve la vista a la pantalla.

—El señor Mitchell está reunido y es mejor no interrumpirle si no es por nada importante.

—Tu fe en mí resulta ofensiva.

No me responde ni hace el menor cambio en su gesto. Simplemente pulsa algo en la tableta y me señala el ascensor privado con absoluta profesionalidad indicándome que está disponible para mí.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, me apoyo contra el espejo y saco el móvil del bolsillo. Tengo varios mensajes sin responder, dos llamadas perdidas y un correo de mi gestor, que probablemente contiene malas noticias, y que ignoro automáticamente. Lo único que ocupa mi cabeza esta mañana otra vez es Elsie Rogers y eso empieza a tocarme bastante los cojones.

No soy un hombre que persiga a las mujeres, al contrario, suelo evitarlas. De hecho, me he pasado los últimos diez años perfeccionando ese sistema porque funciona de maravilla. Lo mejor para mí es salir con alguien unas semanas, mantener conversaciones divertidas, sexo espectacular y luego desaparecer antes de que nadie empiece a hacer preguntas incómodas sobre sentimientos o cepillos de dientes en baños ajenos.

Hasta ahora el sistema me ha funcionado perfectamente. Así que no entiendo por qué llevo dos semanas apareciendo en sitios donde casualmente podría cruzarme con Elsie.

Las puertas del ascensor se abren directamente en la planta ejecutiva de Hammond & Rowe y el sonido de teléfonos, teclados y conversaciones a media voz llena el espacio. Varios empleados levantan la vista cuando aparezco y vuelven inmediatamente a sus pantallas con rapidez como si la más mínima distracción de su trabajo les hiciera perder la facturación del día a pesar de que sea primera hora de la mañana.

Devon sale justo de una sala de reuniones mientras se afloja ligeramente la corbata. Lleva una carpeta bajo el brazo y un gesto en la cara propia de quien probablemente ha cerrado un acuerdo millonario antes del primer café de la mañana.

—Si has venido a distraer a Brock, llévatelo fuera del edificio.

—Qué alegría verte también a ti —le respondo con una sonrisa.

—Hablo en serio.

—Aquello del tequila fue culpa suya.

Devon me mira unos segundos.

—Aquello del tequila acabó con un cliente dormido dentro de una fuente.

—Nueva York necesita más espontaneidad.

—Nueva York necesita que encuentres un hobby que no implique demandas judiciales —me suelta sin despeinarse.
Sigo caminando antes de que mi amigo empiece otro de sus discursos sobre madurez emocional masculina, porque desde que está con Elara empieza a hablar como un hombre que ha descubierto los beneficios de la estabilidad psicológica y necesita compartirlos con el resto de la población.
Brock está donde esperaba: dentro de un despacho ajeno, apoyado en una mesa y discutiendo con dos abogados.
—Mira quién ha venido —anuncia Brock apenas aparezco en el despacho—. Creíamos que habías desarrollado alergia a los edificios donde la gente trabaja más de tres horas seguidas.
Uno de los abogados aprovecha mi entrada para escapar inmediatamente del despacho. Inteligente.
—Eso suena ofensivo para alguien que técnicamente también trabaja aquí.
Cojo una botella de agua de la mesa y me dejo caer en una silla mientras Brock sigue observándome con una expresión que conozco de sobras y que sé que siempre significa problemas.
—Vale, voy a hacerte una pregunta importante y necesito sinceridad absoluta.
—Eso suena agotador.
—¿Llevas toda la mañana mirando hacia la cristalera o piensas disimular un poco en algún momento? —me pregunta recostándose en la silla sin dejar de mirarme.
Frunzo el ceño.
—No sé de qué hablas.
—Dorian, desde que has llegado, lo único que has hecho de utilidad ha sido abrir una botella de agua con cara de estar atravesando una crisis existencial muy cara.
—Eso demuestra que sé priorizar.
—Eso demuestra que llevas semanas comportándote como un hombre que acaba de descubrir los sentimientos y quiere denunciar a alguien por ello.
—No tengo sentimientos.

—Eso también decía Devon antes de empezar a mirar a Elara como si quisiera encerrarla en una planta privada del edificio.
—Devon mira así hasta los contratos.
Brock empieza a decir algo, pero entonces veo movimiento al otro lado del cristal y dejo automáticamente de escucharlo. Al levantar la mirada, veo cómo Elsie atraviesa la planta hablando con una asistente mientras sostiene varias carpetas contra el pecho. Lleva su melena rubia suelta, una americana negra y cara de haber dormido menos horas de las que debería. Pese a eso, sigo pensando que es la mujer más guapa de Manhattan… Algo que también empieza a tocarme bastante los cojones. Porque además hoy tiene mala cara, la mirada cansada y una expresión de enfado, que prácticamente podría utilizarse como arma de defensa personal.
—Hostia. Ahora sí pareces un hombre emocionalmente jodido. Qué horror —me suelta Brock, que se ha dado cuenta de que la estoy mirando, y empieza a reírse.
Lo ignoro y me pongo en pie.
—¿Adónde vas? —me pregunta.
—A molestar.
—Así me gusta, siempre manteniendo el pabellón bien alto.
Salgo del despacho mientras escucho a Brock reírse detrás de mí y alcanzo a Elsie junto a una de las salas de reuniones. Está revisando unos documentos de la carpeta que lleva entre los brazos sin levantar la vista.
—Espero que esos papeles incluyan una orden de alejamiento porque empiezo a sentirme personalmente perseguida.
Elsie levanta por fin la vista de las carpetas que lleva entre los brazos y me observa unos segundos con evidente cansancio.
—¿No se supone que hoy tenías reuniones en Midtown? —me pregunta.
—¿Ves? Esto ya parece una relación estable. Empiezas a controlar mi agenda.
—Empiezo a preocuparme por la cantidad de tiempo libre que tienes.
—He venido a ver a Brock.
Ella arquea una ceja lentamente.

—Claro… Y Devon hace *pole dance*, ¿no?
—Tu nivel de fe en mí empieza a ser ofensivo.
Elsie intenta seguir caminando, pero me coloco delante de ella antes de que pueda escapar otra vez. La tensión aparece inmediatamente entre nosotros, física e incómoda, porque estamos demasiado cerca en mitad de una oficina llena de gente que finge trabajar mientras probablemente escucha cada palabra que nos decimos.
—¿Vas a seguir huyendo de mí toda la semana?
—No estoy huyendo.
—Elsie, literalmente acabas de intentar escapar andando deprisa con una carpeta en la mano.
—Tengo trabajo.
—Yo también y aun así saco tiempo para perseguirte.
— Cada vez que abres la boca, la situación empeora por momentos.
Apoyo una mano junto a ella sobre el cristal de la sala de reuniones y noto cómo sus ojos bajan hacia mi brazo antes de volver a mirarme. Su respiración cambia ligeramente y ese pequeño detalle consigue que automáticamente quiera acercarme más… Lo que es una mala idea, muy mala.
—¿Sabes qué creo? —murmuro inclinándome apenas hacia ella.
—No.
—Creo que llevas días intentando convencerte de que aquella noche fue un error.
Elsie aprieta la carpeta con más fuerza.
—Porque lo fue.
Su respuesta me molesta bastante.
—Curioso. No parecías pensar eso cuando me estabas besando contra la pared.
—Estábamos borrachos —me responde con tono seco.
—Pues yo sigo recordándolo bastante bien.
Levanta la vista hacia mí inmediatamente y ahí vuelve otra vez esa electricidad rara entre nosotros, que convierte cualquier conversación en una pésima idea esperando el momento adecuado para explotar.
—Tú recuerdas solo las partes que te interesan.
—También recuerdo que casi me arrancas la camisa.

—Eso no ocurrió.
—Cariño, tengo recuerdos traumáticos al respecto.
Por primera vez desde que me he acercado a ella, una risa breve amenaza con aparecer en su boca y durante un segundo pienso seriamente en besarla aquí mismo, contra la cristalera de Hammond & Rowe y delante de media oficina.
Creo que ella piensa exactamente lo mismo, porque deja de respirar un instante, sus ojos bajan hasta mi boca y rozo su cintura levemente con una de mis manos, pero entonces Elsie se aparta bruscamente llevándose una mano a la boca.
—¿Qué pasa? —le pregunto frunciendo el ceño inmediatamente.
—Nada —me responde negando demasiado rápido con la cabeza.
Pero tiene la cara más pálida que hace apenas un minuto.
—Elsie.
—Estoy bien —me miente.
Se gira antes de que pueda detenerla y prácticamente desaparece hacia el pasillo de los baños. Me quedo quieto varios segundos mirando en la dirección en la que acaba de marcharse mientras una sensación incómoda empieza a abrirse paso lentamente dentro de mí. Porque eso no ha parecido rechazo sino otra cosa. Regreso al despacho de Brock intentando convencerme de que estoy exagerando, aunque fracaso.
—Tienes cara de hombre que acaba de descubrir que los sentimientos existen —comenta apenas entro otra vez.
—Cállate.
—Uy… La cosa es grave.
Ignoro sus carcajadas y saco el móvil para distraerme un momento. Entonces veo una foto que enviaron hace semanas al grupo de la boda y la abro casi sin pensar. La imagen está movida, porque probablemente la tomó alguien que llevaba demasiado alcohol en su cuerpo a aquellas horas. Aun así, ahí estamos Elsie y yo, demasiado juntos y mirándonos de una forma que ahora mismo resulta incómodamente reveladora. Pero no es eso lo que me deja mal cuerpo, sino el fondo de la imagen. Detrás de nosotros, parcialmente oculto entre la gente, hay alguien observándonos. No consigo distinguir quién es, porque la foto tiene mala calidad y las sombras

del salón apenas dejan ver una silueta inmóvil entre los invitados. Aun así, algo en esa imagen me provoca una sensación incómoda inmediata. La misma sensación que tienes cuando recuerdas demasiado tarde que algo empezó a ir mal antes de que nadie se diera cuenta.

Capítulo 4

Elsie

La tercera vez que ignoro una llamada de Elara en menos de veinte minutos, mi mejor amiga toma una decisión completamente racional: presentarse directamente en mi apartamento. Lo descubro cuando llaman al timbre justo en el momento en que estoy intentando decidir si el hecho de llevar media hora mirando una hoja de cálculo sin entender absolutamente nada de lo que pone es por agotamiento o por el inicio oficial de colapso mental.
Abro la puerta todavía con la cabeza en la hoja de cálculo y me encuentro a Elara observándome con el ceño fruncido.
—Hostia, Rogers. Menuda cara que tienes hoy, parece que acabas de descuartizar un cadáver.
—Gracias. Tú también estás especialmente radiante hoy.
Entra en mi apartamento sin esperar a que la invite pasar, deja el bolso sobre el sofá y mira a nuestro alrededor con la insultante facilidad que tiene para apropiarse de cualquier espacio.
—¿Llevas trabajando desde esta mañana?
—Trabajo normalmente desde por la mañana. Así funcionan los empleos —le respondo encogiéndome de hombros.
—No me refería a eso y lo sabes.
Cierro la puerta mientras intento ignorar el cansancio que llevo arrastrando todo el día, aunque me quedo lejos de conseguirlo. El apartamento está igual de caótico que ayer: carpetas abiertas sobre la mesa, una manta de cualquier manera sobre el sofá y dos tazas de café vacías sobreviviendo sobre la encimera de la cocina.

Elara pasea la mirada por el salón antes de volver a mirarme a mí.
—Vale. Confirmado. Necesitas salir de aquí y que te dé el aire.
—Elara…
—Elsie, en la oficina tenías cara de estar decidiendo entre echarte llorar o asesinar a alguien.
—Qué dramática eres —le respondo negando con la cabeza.
—¿Lo dice la mujer que lleva tres días respondiendo correos a las dos de la mañana?
Eso consigue que cierre la boca, porque tiene razón. Llevo días trabajando hasta tarde, evitando dormir demasiado y ocupando la cabeza cada segundo libre que tengo para no pensar. El problema es que mi cerebro sigue encontrando huecos para recordarme constantemente que estoy embarazada de Dorian Griffiths.
—No quiero salir —insisto mientras dejo el portátil sobre la mesa.
Elara se cruza de brazos.
—Perfecto. Entonces me quedaré aquí observándote reorganizar documentos hasta que empieces a desarrollar alguna enfermedad nerviosa o algo peor…
—Eso suena amenazante.
—Porque lo es.
Resoplo y me dejo caer sobre el sofá mientras ella sigue mirándome con una paciencia infinita.
—Solo estoy cansada —trato de justificarme.
—Claro y Devon lee contratos por diversión —resopla.
—Eso sí que es verdad.
—Tienes razón, he puesto muy mal ejemplo.
Por primera vez en todo el día consigo reírme un poco, algo que Elara aprovecha inmediatamente.
—Venga. Vamos a cenar al Lumière un rato. Te arreglas, nos tomamos algo y fingimos durante dos horas que somos personas equilibradas.
—Acabas de describir mi peor pesadilla —le contesto mirándola horrorizada.
—Precisamente por eso te conviene salir de casa.
Intento negarme otra vez, pero fracaso, por lo que cuarenta minutos después estoy en el baño maldiciendo mi existencia mientras intento

decidir si el vestido negro me hace parecer una mujer sofisticada o alguien claramente al borde de un ataque de nervios… O probablemente ambas.
El restaurante Lumière está lleno cuando llegamos. Tengo la sensación de que todo Manhattan viene a este local cuando quiere fingir que tiene todo controlado. Cuando entramos, Elara saluda a media sala antes siquiera de que lleguemos a nuestra mesa y justo ahí entiendo el primer error de la noche, porque Brock está sentado al fondo y él jamás viene solo a este restaurante.
—No —murmuro frenando en seco.
Elara gira la cabeza.
—¿Qué?
—Dime que Dorian no está aquí.
Ella tarda exactamente dos segundos en entender el problema y justo entonces escucho su voz detrás de mí.
—Hostia. Esa mirada ha sido sorprendentemente violenta y Brock me ha visto desnudo en Las Vegas.
Cierro los ojos un instante antes de girarme, porque Dorian está apoyado contra la barra con una copa en la mano y una expresión peligrosamente divertida en la cara. Lleva una camisa negra remangada hasta los antebrazos y el pelo un poco despeinado, lo que en su caso resulta menos accidental de lo que probablemente pretende aparentar. Y ahí está otra vez el problema, porque sigue siendo absurdamente atractivo.
—Qué ilusión verte también a ti —ironizo.
—No lo parece —me responde Dorian con convicción.
—Eso es porque todavía estoy valorando huir por la puerta de emergencia.
Brock empieza a reírse desde la mesa mientras Devon directamente se masajea el puente de la nariz con resignación.
—Sabía que esta cena iba a mejorar en cuanto os vierais —anuncia Brock mirándonos a Dorian y a mí.
—Tú disfrutas muchísimo más cuando las situaciones normales se convierten en un problema —murmura Amara desde su silla.
Brock se lleva una mano al pecho fingiendo indignación.

—Eso es completamente falso. A veces también disfruto provocándolos.
Elara me empuja suavemente hacia la mesa antes de que pueda escapar y termino sentándome justo enfrente de Dorian. Sin duda, el universo me odia personalmente.
La cena empieza relativamente normal, lo que en este grupo significa que Brock monopoliza las conversaciones, Theo intenta mantener cierta dignidad y Devon parece debatirse constantemente entre reírse o demandar a alguien. Yo me limito a intentar concentrarme en mi agua con gas y en no mirar demasiado a Dorian, pero fracaso en ambas cosas, porque él tampoco ayuda. Cada vez que hablo, me mira. Cada vez que aparto la vista, noto que está atento a todos mis movimientos y cada vez que intento ignorarlo, aparece otra vez invadiendo mi espacio personal.
—¿No vas a beber vino? —me pregunta de pronto mientras el camarero llena varias copas alrededor de la mesa.
—No, trabajo mañana.
—¿Cuándo ha sido eso un problema para ti=?
—Gracias por esa imagen tan profesional que tienes de mí.
Dorian se inclina un poco hacia delante.
—Solo digo que empiezo a sospechar que me odias sobria y eso resulta ofensivo.
—No necesito alcohol para encontrarte insoportable.
—Qué alivio. Durante un momento pensé que nuestra conexión especial estaba desapareciendo.
Odio que una parte de mí siga disfrutando hablando con él, porque ahí está el verdadero problema. No es solo la atracción, ni el sexo, ni el embarazo, el verdadero problema entre Dorian y yo es la facilidad con la que seguimos funcionando juntos, aunque debería ser un desastre absoluto.
Un rato después la música cambia y el ambiente del restaurante se vuelve más tranquilo y por primera vez desde que llegamos el grupo se dispersa un poco. Theo y Brock discuten junto a la barra sobre apuestas absurdas. Elara arrastra a Devon hacia la pista pequeña del fondo y Amara recibe una llamada y sale a la terraza a hablar. Así

que, sin darme cuenta, me quedo a solas con Dorian… Maravilloso. Exactamente lo que necesitaba.
—Estás pensando seriamente en huir otra vez, ¿verdad?
—Estoy intentando recordar en qué momento exacto mi vida empezó a parecer una mala idea.
—Hostia. Eso sí ha sonado grave.
—Mi vida se ha complicado últimamente.
La frase se escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Dorian deja la copa sobre la mesa despacio y durante unos segundos algo cambia en su expresión y ahora parece más centrado en mí.
—Elsie.
—¿Qué?
—¿Qué está pasando contigo?
Aparto la mirada inmediatamente, porque durante un instante he estado peligrosamente cerca de contárselo todo y todavía no puedo. De hecho, no tengo ni idea de cómo hacerlo, ni cuándo y, sobre todo, no sé cómo mirar a un hombre como Dorian Griffiths y decirle: «Hola. Tenemos un problema bastante grande y biológicamente compartido».
—Nada —miento.
—Eso no ha sonado creíble ni para ti.
Intento cambiar de tema antes de que siga tirando del hilo.
—El otro día dijiste algo raro en la oficina.
—Eso no reduce mucho las opciones —me responde girándose hacia mí y arqueando una ceja.
—Dijiste que tampoco recuerdas bien parte de la boda.
Por primera vez desde que hemos empezado a hablar, Dorian tarda un poco más en responder.
—Porque es verdad.
Frunzo el ceño.
—Pensaba que era yo la única…
—No. Hay partes de aquella noche completamente borrosas en mi cabeza y no sé por qué.
Algo me hace sentir rara, porque llevo semanas intentando convencerme de que mis recuerdos confusos eran culpa exclusiva

del alcohol y ahora veo que Dorian me acaba de confirmar que no fue el único al que aquella noche se le rompió a trozos en la cabeza.
—Recuerdo cosas sueltas. El ascensor. Brock convencido de que aquella boda aún podía empeorar. Tú enfadada conmigo en el pasillo.
—Eso sí lo recuerdo.
—También recuerdo besarte contra una pared.
El calor me sube inmediatamente por el cuello y hace que me hiervan las mejillas.
—Dorian.
—¿Qué? Es un recuerdo perfectamente válido.
—No es necesario que lo recuerdes…
—Cariño, si hubiera dicho todo lo que recuerdo, ya te habrías ido hace diez minutos.
Levanto la copa de agua intentando esconder el efecto absurdo que sigue teniendo sobre mí, pero es una mala idea, poque cuando vuelvo a bajar la vista, él sigue observándome y no parece estar jugando. Dorian se inclina un poco hacia mí y aparta lentamente un mechón de pelo de mi cara. El gesto es apenas un roce de sus dedos contra mi sien, pero algo cambia inmediatamente entre nosotros. Porque ya no parece una provocación, ni una broma, sino algo más íntimo y peligroso, y justo entonces aparece el verdadero terror. No puedo enamorarme de él estando embarazada de él. La idea me golpea tan fuerte que aparto la vista automáticamente. Porque acostarte con un hombre como Dorian es una mala decisión, pero enamorarte de él mientras llevas a su hijo dentro directamente debería considerarse deporte de riesgo.
Un rato después salimos del restaurante y descubro que está lloviendo ligeramente. Las calles mojadas brillan bajo las luces de los taxis y el aire húmedo enfría un poco el calor que llevo acumulado bajo la piel desde hace más de una hora.
—Voy a pedir un coche —murmuro buscando el móvil dentro de mi bolso.
—Puedo acompañarte —escucho que me dice Dorian, que ha aparecido por sorpresa a mi lado.
—Puedo sobrevivir sola, Griffiths.

—Eso aún está por demostrar.
Resoplo mientras avanzamos juntos hacia la esquina y noto otra vez una cercanía incómoda entre nosotros. El ruido de la ciudad lo invade todo, pero aun así sigo siendo absurdamente consciente de él, de su mano rozando apenas mi espalda, de su perfume, de cómo me mira…
«Más me vale que respire hondo y me tranquilice», me digo para mí y justo en ese momento veo que un taxi aparece al final de la calle justo cuando me giro para decir algo. Pero entonces Dorian me besa. Un beso impulsivo, hambriento y completamente físico que me golpea de lleno antes de que pueda reaccionar. Aunque lo peor de todo es que yo le respondo inmediatamente.

Capítulo 5

Dorian

La beso justo antes de que suba al taxi. Lo hago sin haberlo planeado. No calculo la distancia, ni las consecuencias, ni el posible nivel de estupidez que implica besar a una mujer que lleva semanas evitándome. Pero tenerla frente a mí, bajo la lluvia, con el móvil en una mano, el bolso colgando del hombro y una expresión de mujer que está a punto de convencerse de que marcharse sola es la decisión sensata… hace que no me pueda resistir y hago lo único que, a mi modo de ver, es razonable.

Elsie se queda rígida cuando le rodeo la cintura con una de mis manos, pero luego me agarra de la camisa y me devuelve el beso con una urgencia que me borra de la cabeza todo lo que no sea su boca, su respiración y la forma en que se pega a mí delante de un taxi con el motor encendido.

El conductor toca el claxon y ella se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

—Esto es una idea horrible —me dice fijando su mirada en la mía.

—Sin duda.

—No pareces arrepentido.

—Porque todavía no hemos llegado a la parte mala.

—Dorian…

—Sube al taxi, Elsie —le digo con el gesto serio, aunque no sé por qué se lo digo así. Pero ella lo nota, porque sus ojos se quedan un instante clavados en los míos antes de mirar hacia el coche.
Podría decir que espero a que decida pero estaría mintiendo, porque abro la puerta del coche para que pase y entro detrás de ella antes de que a cualquiera de los dos le dé por recuperar el juicio.
El taxi arranca y durante unos segundos solo se oye la lluvia golpeando la ventanilla y la música de la radio que tiene sintonizada el conductor. Elsie se sienta pegada a la puerta, con el cuerpo tenso y la mirada fija al frente, fingiendo calma, aunque a mí no me engaña.
—Estás muy lejos para ser una mujer que acaba de besarme en plena calle.
—Tú me has besado a mí.
—Eso es solo un detalle técnico.
—Más bien diría que es un detalle importante.
Me inclino hacia ella, apoyando un brazo en el respaldo del asiento.
—¿Quieres que no lo repita?
Elsie gira la cabeza despacio hacia mí y veo que tiene los labios todavía hinchados por mi beso y la respiración menos estable de lo que intenta aparentar.
—No he dicho eso.
—Entonces estás discutiendo por deporte.
—Contigo siempre.
La sonrisa me sale sola, pero no dura mucho, porque ella baja la mirada a mi boca y todo el espacio dentro del taxi se vuelve pequeño. Vuelvo a besarla, pero esta vez más despacio, aunque no por eso resulta más prudente. De hecho, es peor, mucho peor. Porque la primera vez fue impulso y falta de autocontrol, pero ahora es distinto.
Elsie me agarra de la nuca y tira de mí con una impaciencia que no encaja con todas sus evasivas de las últimas semanas. Mi mano se apoya en su muslo, justo donde termina el vestido negro, y noto cómo se le corta la respiración.
—No deberíamos hacer esto otra vez —murmura contra mi boca.
—Estoy bastante seguro de que ya estamos haciéndolo.

—Me refiero a después.
—Me niego a pensar en después cuando el presente está siendo tan interesante.
Ella suelta una risa breve y nerviosa, y ese sonido me engancha de una forma absurda. Porque discutir con Elsie es adictivo, besarla es una mala decisión y hacerla reír empieza a convertirse en un problema que no tenía previsto incorporar a mi vida.
El taxi se detiene frente a su edificio en Brooklyn. Elsie le paga la carrera al taxista con una rapidez casi agresiva y sale del coche primero. La sigo bajo la lluvia con una sensación bastante clara de estar persiguiendo algo que no sé manejar.
—Todavía puedes irte —me dice mientras busca las llaves en su bolso.
—Eso ha sonado muy poco convincente.
—Estoy intentando darte una salida digna.
—Qué generosa.
—No te acostumbres.
Finalmente, consigue abrir el portal al segundo intento y entramos en el edificio. El ascensor tarda muy poco, lo que es una lástima, porque no me da tiempo a observarla con calma de cerca otra vez. Tiene el pelo un poco húmedo por la lluvia, la piel algo de las mejillas algo enrojecida por el frío y los ojos demasiado brillantes.
—¿Has dormido algo esta semana?
Elsie me mira de reojo.
—Qué pregunta tan sexy.
—No estoy intentando ser sexy.
—Pues debes de estar enfermo.
—Empiezo a preocuparme.
Ella aparta la vista.
—No dramatices.
La palabra me deja una sensación rara, porque no suena a ironía ni a una de nuestras discusiones habituales. Suena igual que en el *brunch*, igual que en la oficina, igual que cada vez que intenta alejarse de mí, aunque luego termine besándome otra vez.
El ascensor se abre y ella sale antes de que pueda preguntar nada más. Llegamos a su puerta entre una llave que no entra a la

primera, mi boca en su cuello y una risa de Elsie que intenta sonar irritada, pero fracasa por completo. Cuando por fin consigue abrir, entramos prácticamente tropezando el uno con el otro. Se le cae el bolso al suelo, mi chaqueta termina sobre una silla y yo me doy con la esquina de una mesa en la cadera.
—Tu apartamento intenta asesinarme.
—Solo defiende su territorio.
—Tiene carácter.
—Más que algunos hombres —se ríe.
—Eso ha sido innecesariamente personal.
Elsie me empuja hacia atrás lo justo para cerrar la puerta y luego vuelve a besarme con un ansia que me corta la respuesta. El apartamento huele a un olor dulce, café y algo floral que no sé identificar. Hay mantas sobre el sofá, carpetas abiertas en la mesa y zapatos abandonados cerca de la entrada. Es un piso pequeño, cálido, caótico y también vivo. Nada que ver con mi ático.
Elsie tira de mi camisa mientras yo la acerco hacia el salón. Chocamos con el sofá y ella suelta un sonido entre risa y protesta cuando casi perdemos el equilibrio.
—Esto sigue siendo una idea horrible —me susurra entre besos.
—Ya lo has dicho.
—Lo repito por si tu ego necesita contexto.
—Mi ego está perfectamente informado.
Me agacho para besarle el cuello y noto cómo su cuerpo responde antes que su cabeza. Sus dedos se aferran a mi pelo, pero enseguida intenta apartarse un poco.
—Dorian.
Levanto la cabeza.
—Dime.
—No compliques esto.
La miro y veo que tiene las mejillas encendidas, la boca entreabierta y una expresión de mujer que desea algo mientras intenta convencerse de que no debería desearlo… Yo interpreto lo único que puedo interpretar: tiene miedo.
—Tú también me besaste en el taxi.
—Eso no significa que esto sea buena idea.

—No he dicho que lo sea.
—Entonces deja de actuar como si todo fuera tan fácil.
Ahí está otra vez. Algo que no entiendo.
—No me parece fácil —respondo.
Elsie parpadea, quizá sorprendida porque no he soltado ninguna broma. La verdad es que yo también lo estoy un poco. Durante un instante nos quedamos muy cerca el uno del otro y algo cambia entre nosotros. Ya no es solo atracción, ahora es algo que va más allá, así que la beso, porque eso sí sé hacerlo.
El resto se precipita con rapidez. Me abre la camisa botón a botón y cuando la siento sobre mis rodillas en el sofá, noto cómo se le sube el vestido por los muslos. Nos besamos con la impaciencia de dos personas que llevan semanas fingiendo que no se buscan a cada instante. Nos tocamos y nos acariciamos sin calma ni elegancia, sino con deseo acumulado, manos torpes y frases entrecortadas llenas de deseo que se cuelan por los poros de nuestra piel.
—Eres insoportable —murmura Elsie cuando le beso la clavícula.
—Y aun así sigues aquí.
—Estoy teniendo una noche débil.
—Me gusta tu debilidad.
—No te acostumbres.
Pero sus manos no se apartan de mi cuerpo, ni las mías del suyo. Unos minutos después, acabamos en su dormitorio entre ropa mal quitada y besos que saben a lluvia y a falta absoluta de sentido común. Elsie cae sobre la cama conmigo encima y durante unos segundos la miro y es un error, porque está preciosa. Está despeinada, con el vestido a medio quitar y los labios hinchados de tanto besarme. Aun así, lo que más me desarma es cómo me mira
—Empiezo a pensar que no quiero que dejes de mirarme así —le susurro apartándole un mechón que le cae hacia la punta de la nariz.
No sé de dónde sale esa frase, pero en cuanto la digo, noto el cambio. Elsie se queda quieta y aunque no se aparta del todo, algo dentro de ella retrocede.
—No digas cosas así.
—¿Por qué?

—Porque no sabes lo que estás diciendo.
Esa respuesta me atraviesa el pecho, porque suena a algo más grande que una advertencia. Suena a verdad, a miedo y a una parte de la historia que ella conoce y yo no. Debería insistir y preguntarle por qué lo dice, pero no lo hago, porque vuelve a besarme, y yo soy lo bastante idiota para dejar que el deseo que siento por ella se imponga de nuevo.
Mi mundo se reduce a su boca, sus manos y su manera de buscarme como si durante semanas hubiera intentado convencerse de que no debía tocarme otra vez y acabara de rendirse por completo. La tensión explota entre nosotros llevándose por delante toda la prudencia que normalmente me mantiene lejos de los problemas.
Elsie tira de mi camisa hasta quitármela del todo, mientras yo la acerco más contra mí y le beso el cuello despacio. Noto cómo se le rompe el aire cuando mis manos recorren la piel desnuda de sus piernas, subiendo poco a poco bajo el vestido negro, y la forma en que me agarra el pelo consigue que mi cerebro deje oficialmente de colaborar.
—Sigues pareciéndome una pésima idea —murmura contra mi boca.
—Y tú sigues besándome como si pensaras exactamente lo contrario.
Ella intenta responder algo, pero termina soltando una respiración ahogada cuando vuelvo a besarla y la tumbo sobre la cama conmigo encima. La habitación está medio a oscuras, la lluvia golpea suavemente la ventana y el mundo entero parece haberse reducido a la piel caliente de Elsie debajo de mis manos. Le aparto lentamente el vestido de los hombros mientras beso cada centímetro de piel que aparece y noto cómo se arquea ligeramente contra mí. Todo en ella responde rápido, intenso y sin la más mínima calma. Igual que yo. Porque llevamos demasiado tiempo acumulando esto. Demasiadas discusiones, demasiadas miradas y demasiados intentos fallidos de mantener distancia. Y ahora mismo ninguno parece capaz de parar.
Elsie me besa con una necesidad que me deja sin aire mientras sus manos recorren mi espalda desnuda y yo termino perdiendo completamente la poca paciencia que me quedaba. La poca ropa

que quedaba desaparece entre besos torpes, respiraciones rotas y pequeñas pullas que ninguno consigue abandonar ni siquiera así.
—Eres insufrible —susurra cuando le muerdo suavemente el cuello.
—Y aun así sigues aquí.
—Claramente tengo problemas psicológicos.
—Eso explicaría muchísimas cosas.
Ella se ríe antes de que vuelva a besarla y entonces deja de existir cualquier posibilidad real de control por su parte. La acaricio lentamente, disfrutando de cada reacción, de cómo su respiración cambia bajo mi boca y de la forma en que me busca cuando mis manos recorren su cuerpo desnudo. Todo entre nosotros es urgente y físico, pero también muy intenso.
Cuando entro en ella, cierra los ojos y se aferra inmediatamente a mí. El movimiento nos arranca el aire a los dos y durante unos segundos solo existen nuestras respiraciones agitadas, las sábanas desordenadas y la sensación brutal de encajar demasiado bien juntos. Eso sí que resulta una mala noticia, porque no parece una recaída cualquiera sino algo que llevaba demasiado tiempo esperando el momento exacto para explotar.
Elsie me besa otra vez mientras me muevo dentro de ella y noto cómo sus piernas se tensan alrededor de mi cintura. Todo se vuelve más rápido y desesperado después de eso. Su nombre se me escapa contra su cuello varias veces y cada vez que ella me mira siento una presión rara en el pecho que aparece cuando estoy cerca de esta mujer.
El orgasmo le invade primero a ella, lo sé por cómo se aferra a mí, en el temblor que le recorre el cuerpo y en la forma en que esconde la cara contra mi cuello mientras intenta recuperar aire. El efecto sobre mí es inmediato y termino perdiendo el control apenas unos segundos después, completamente hundido entre sus brazos y con la respiración rota.
Después nos quedamos enredados sobre la cama, todavía con la respiración agitada y la piel caliente por todo lo que acaba de pasar. Elsie está de lado, pegada a mí, con la frente cerca de mi hombro y yo sigo con una mano en su cintura y la sensación de que no quiero quitarla de ahí.

Entonces noto la primera lágrima. Al principio creo que me equivoco, pero luego cae otra. Elsie no hace ruido, ni solloza, ni dramatiza. Simplemente se queda quieta, respirando de una forma contenida que resulta muchísimo peor que cualquier escena llena de drama.

—Eh —le digo incorporándome.

Ella gira la cara, intentando esconderse, algo que me descoloca más que las lágrimas, pero no me responde. La miro sin entender nada, con el pulso todavía acelerado y una sensación incómoda clavándoseme debajo de las costillas.

Y es justo ahí cuando entiendo que el problema no ha sido acostarme con ella.

Capítulo 6

Elsie

Me despierto antes que Dorian y durante unos segundos me quedo completamente quieta, mirando el techo de mi dormitorio mientras intento recordar por qué siento tanta tensión en el pecho. Luego noto el peso cálido de su brazo alrededor de mi cintura, su respiración lenta contra mi nuca y la presión suave de sus dedos sobre mi estómago, y el recuerdo me cae encima de golpe.

La boda, la prueba, el embarazo y… la recaída de anoche.

Cierro los ojos un instante porque, sinceramente, preferiría enfrentarme a una auditoría de Hacienda antes que a esta situación, pero no tengo escapatoria.

Dorian Griffiths sigue dormido detrás de mí y eso ya debería preocuparme bastante, porque tiene pinta de hombre que desaparece antes incluso de que se enfríe el lado de la cama. Todo en él transmite exactamente lo contrario: huidas rápidas después de tener sexo, camas vacías por la mañana y una alergia bastante clara a cualquier cosa que huela mínimamente a compromiso. Sin embargo, aquí está, medio dormido entre mis sábanas, abrazándome como si llevara años despertándose en esta cama y lo peor de todo es que no parece incómodo. Eso sí que me parece peligroso.

Intento moverme despacio para salir de la cama sin despertarlo, pero en cuanto aparto un poco su brazo noto cómo se remueve detrás de mí y escucho su voz todavía ronca por el sueño.

—Eso ha sido feísimo. Me has abandonado mientras estaba inconsciente.
Resoplo antes siquiera de girarme hacia él.
—Solo iba a levantarme.
—Exactamente igual empiezan todas las tragedias.
Me vuelvo un poco hacia él y me lo encuentro despeinado, sin camiseta y con una expresión relajada que me resulta ofensivamente atractiva a estas horas de la mañana. Tiene una marca roja de mis uñas cerca de la clavícula que le dejé anoche y verlo consigue que algo dentro de mi estómago se altere de forma absurda.
—¿Siempre hablas tanto antes del café?
—Solo cuando sospecho que una mujer intenta escapar de mi cama sin despedirse.
—No me estoy escapando.
—Tu tono defensivo sugiere otra cosa.
Me aparto antes de que siga hablando, porque necesito unos segundos lejos de él para recuperar la capacidad de pensar con claridad. El problema es que la claridad lleva días evitándome activamente.
Cruzo mi apartamento una camiseta grande y vieja y noto su mirada siguiéndome hasta la cocina.
—Deja de mirarme así.
—No estoy haciendo nada.
—Precisamente eso es lo inquietante.
Escucho una risa grave detrás de mí justo antes de abrir un armario y sacar café intentando concentrarme en tareas básicas: abrir bote, encender cafetera, respirar, fingir que no llevo dos días ocultándole al hombre que sigue en mi cama que estoy embarazada de él…
Lo estoy haciendo regular, lo sé.
Mi apartamento permanece en silencio a estas horas. Fuera todavía llueve un poco y el ruido lejano del tráfico llega amortiguado desde la calle. La cocina es pequeña, apenas una barra estrecha junto al salón, pero de pronto siento el espacio todavía más reducido cuando noto a Dorian detrás de mí.
—Vale, esto empieza a parecer una relación y me siento obligado a advertirte de que soy pésimo recordando fechas de aniversarios.

Aprieto los labios para no sonreír.
—Solo estoy preparando café.
—Exacto. Ahí empieza la decadencia emocional de las personas.
Me giro un poco y lo encuentro apoyado contra el marco de la cocina observándome con tranquilidad. Lleva los pantalones mal abrochados, el pelo revuelto y la expresión relajada de un hombre que parece completamente cómodo aquí dentro. Y ahí está el verdadero problema, porque yo esperaba arrepentimiento, distancia o, al menos, una incomodidad razonable después de todo lo que pasó anoche.
En lugar de eso, Dorian actúa como si despertarse en mi apartamento fuera lo más normal del mundo.
—¿No tienes reuniones? ¿Mujeres misteriosas? ¿Alguna vida sofisticada a la que volver? —le pregunto mientras espero a que se haga el café.
—Ahora mismo mi prioridad máxima es descubrir si tienes algo comestible que no lleve caducado desde Obama.
—Eres un romántico —le respondo negando con la cabeza.
—No confundas hambre con sentimientos, Rogers.
Abre uno de los armarios mientras yo termino de preparar el café y lo observo moverse por la cocina con una familiaridad que no debería existir entre nosotros. Eso consigue alterarme más que todo lo que pasó anoche entre las sábanas. Porque el sexo ha sido lo fácil, la parte peligrosa empieza aquí, en esta cocina con él descalzo en mi apartamento buscando cereales mientras yo llevo solo una camiseta puesta.
—Esto puede matar a alguien —dice cuando encuentra una caja abierta de cereales, mientras la inspecciona con expresión crítica.
—Eso explica por qué sigue ahí.
—Tu sistema de supervivencia resulta preocupante.
—Y el tuyo consiste en desayunar whisky algunas mañanas.
—Eso solo ocurrió una vez y técnicamente era un *brunch*.
La risa se me escapa antes de que consiga frenarla y enseguida noto que algo cambia en la forma en que me mira. Ya no parece estar solo divirtiéndose, ahora está más pendiente de mí.

Intento apartar la mirada mientras lleno dos tazas de café, pero justo entonces el olor me llega al estómago y una náusea rápida me obliga a apoyarme unos segundos en la encimera.
—Eh —me dice al notar lo que me acaba de pasar.
Su tono cambia inmediatamente y antes de que pueda reaccionar ya lo tengo demasiado cerca otra vez.
—Estoy bien —trato de quitarle importancia.
—Pues tu cara dice justo lo contrario.
—Solo me he mareado un poco.
—Elsie, acabas de quedarte blanca delante de la cafetera.
—Qué observador eres a estas horas.
Intento apartarme para coger las tazas, pero él me sujeta suavemente de la muñeca antes de que pueda moverme, aunque sin apretarme.
—Mírame un segundo —me pide.
Levanto la vista hacia él y el problema aparece inmediatamente. Dorian ya no parece confundido sino preocupado de verdad y eso me desarma mucho más rápido que cualquiera de sus provocaciones.
—¿Qué está pasando contigo?
La pregunta se queda entre nosotros mientras la cafetera sigue sonando detrás de mí y mi corazón empieza a latir tan fuerte que me duele, porque no puedo responderle todavía y mientras siga mirándome así.
—Nada.
La mentira sale rápida de entre mis labios y él lo nota de inmediato.
—Vale. Pues tu «nada» lleva semanas actuando bastante raro.
Aparto la muñeca despacio intentando recuperar aire.
—No todo gira alrededor de ti, Dorian.
—No he dicho eso. Solo intento entender por qué parece que cada vez que nos acercamos tú entras en pánico.
El comentario me deja inmóvil, porque tiene razón. Solo que él no sabe el motivo real. Dorian se apoya ligeramente en la encimera y me observa unos segundos antes de hablar otra vez.
—Anoche lloraste después de acostarte conmigo.

—No dramatices —le respondo notando como el calor sube inmediatamente por mi cuello.
—No estoy dramatizando. Estoy intentando entender qué coño pasó ahí dentro.
Cojo una taza demasiado rápido y parte del café se derrama sobre la barra. Perfecto… Ahora además parezco más torpe de lo habitual.
—Fue una noche intensa —disimulo.
—He tenido noches intensas antes y ninguna terminó con una mujer mirándome como si acabara de comunicarle una tragedia después de follar.
La frase me atraviesa porque no está siendo cruel, solo está completamente perdido. Y cuanto más confundido parece, peor me siento.
—No me arrepiento de lo que pasó anoche —termino soltando casi en voz baja.
Al escucharme, se acerca un poco más a mí y noto cómo me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja con suavidad. Ese gesto me rompe muchísimo más que todo el sexo de anoche, porque ya no es algo que parezca físico, sino íntimo y eso me resulta insoportable ahora mismo.
—Entonces deja de mirarme como si besarme hubiera sido un error —me ruega.
Cierro los ojos un segundo.
«Si supieras que el problema no fue acostarme contigo sino todo lo que vino después», me digo para mí, aunque intento que no me lo note en el gesto.
—Las cosas no son tan fáciles —murmuro.
—No esperaba que lo fueran —me responde sin apartar la mirada de mí.
La respuesta me deja completamente inmóvil, porque la dice con una naturalidad peligrosa, como si lo de anoche no hubiera sido una excepción ni un error y justo ahí me invade el pánico.
—No deberíamos repetir esto —le respondo con rapidez y su expresión cambia de inmediato, porque parece desconcertado, luego incómodo y finalmente algo peor: herido.
—Vale… eso sí no lo esperaba.

—Dorian…
—No, espera. Anoche me besaste en mitad de la calle, prácticamente me arrancaste la ropa en tu apartamento y ahora decides que esto ha sido una mala idea.
—Yo no he dicho eso —le digo a media voz negando con la cabeza.
—Entonces explícame qué estás diciendo porque empiezo a perderme.
Pero no se lo puedo explicar y ese es el problema. Tengo claro que cada minuto que pasa sin decirle la verdad hace todo más complicado y aun así sigo siendo incapaz de abrir la boca.
—Solo necesito espacio —le contesto y noto que mi frase empeora todo al instante.
Dorian baja la vista unos segundos antes de soltar una pequeña risa sin humor.
—Entendido —susurra y se aparta despacio de mí.
Desde donde estoy, lo observo terminar de vestirse mientras intento encontrar alguna forma de arreglar esto antes de que salga por la puerta, pero fracaso.
—No era eso lo que quería decir.
—Curioso, porque ha sonado exactamente así.
—No intento hacerte daño.
—Pues tienes bastante talento natural para lograrlo.
La frase se me clava directamente en medio del pecho, mientras observo cómo coge la chaqueta del respaldo de una silla y camina hacia la puerta. Durante un segundo pienso que va a girarse, que va a insistir y va a obligarme a decir algo, pero no lo hace. Solo me mira unos segundos desde la entrada con gesto cansado.
—Avísame cuando decidas si besarme sigue siendo una catástrofe o no —añade a media voz y después se marcha cerrando la puerta tras de si.
El apartamento entero se queda vacío de golpe y yo me quedo quieta unos segundos en mitad de la cocina antes de sentarme lentamente en el sofá y llevarme las manos a la cara. Entonces lloro en silencio durante unos minutos que me dejan agotada. Cuando consigo respirar otra vez con calma, camino hasta el baño y abro el cajón despacio. La prueba de embarazo con sus dos líneas rosas

sigue ahí dentro. La observo varios segundos antes de coger el móvil y buscar una clínica cercana. Tardo menos de un minuto en pedir cita con un ginecólogo y, cuando cuelgo, el vértigo me invade de verdad por primera vez. Porque hasta ahora todavía podía seguir fingiendo que esto no estaba pasando, pero la cita lo ha convertido en algo real.

Capítulo 7

Dorian

Llevo exactamente treinta y siete minutos mirando el mismo correo sin leer una sola línea. No sé ni quién lo ha enviado. Solo sé que sigue abierto en mi portátil mientras yo vuelvo a comprobar el móvil por cuarta vez en menos de dos minutos y descubro exactamente lo mismo que las tres veces anteriores: Elsie sigue sin responderme, algo que empieza a tocarme los cojones a un nivel bastante preocupante.

Me dejo caer hacia atrás en la silla de mi despacho y giro el teléfono entre los dedos mientras trato de convencerme de que no pasa nada. Porque técnicamente no pasa nada. Anoche discutimos un poco, ella me pidió espacio, yo me marché y cualquier persona emocionalmente estable asumiría que lo lógico es dejar pasar unas horas antes de insistir… El problema es que yo nunca he sido especialmente bueno haciendo lo lógico.

Cuando más perdido estoy en mis pensamientos, la puerta de mi despacho se abre y Brock entra con un café en una mano y una carpeta bajo el brazo.

—Hostia. Tienes cara de hombre divorciado.

—Qué alegría verte también a ti.

Brock deja la carpeta sobre mi mesa y me observa unos segundos con una atención que me pone inmediatamente de mal humor.

—Vale. Confirmado. Estás fatal —suelta negando con la cabeza.

—No estoy fatal.

—Todavía no me has insultado, eso no es normal en ti.

Bloqueo la pantalla del teléfono y lo dejo boca abajo sobre la mesa.
—Estoy trabajando.
Brock mira el portátil abierto delante de mí.
—Dorian, el correo que tienes abierto lleva sin moverse desde que he llegado al edificio.
Frunzo el ceño.
—¿Cuánto rato es eso?
—Treinta minutos.
—Eso no demuestra nada.
—Demuestra que tu cerebro está ocupado intentando entender a una mujer y sinceramente me parece divertidísimo.
Cojo la pelota antiestrés que alguien dejó hace meses sobre mi escritorio y se la tiro directamente a la cara. Brock la esquiva sin esfuerzo.
—Violencia masculina. Mala señal.
—¿Has venido a trabajar o a tocarme los cojones?
—A pesar de ser un hombre, puedo hacer esas dos cosas a la vez.
Se deja caer en la silla frente a mí con la energía propia de quien vive permanentemente entretenido por el caos ajeno.
—Vale, voy a ayudarte porque empiezo a sentir preocupación real por tu estado mental.
—Qué detalle tan conmovedor.
—No pareces un tío intentando acostarse con una mujer —continúa ignorándome—. Pareces un tío intentando entenderla.
La frase me golpea tan rápido que tardo un segundo en reaccionar. Brock lo nota y empieza a sonreír como un psicópata.
—Hostia. Esa cara sí que es preocupante.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—La de hombre que acaba de descubrir que tiene sentimientos y está buscando al responsable.
Brock se ríe mientras se inclina hacia delante.
—Dorian, llevas semanas persiguiendo a una mujer que claramente está evitando hablar contigo y en vez de cansarte pareces cada vez más obsesionado con ella. Esto ya no parece deseo sino un problema psicológico interesante.

—No estoy obsesionado.
—Ayer apareciste en Hammond & Rowe fingiendo que venías a verme a mí.
—Trabajo aquí.
—Claro. Igual que yo voy al gimnasio por salud mental.
Resoplo y vuelvo a coger el móvil sin pensar. Pero nada, no he recibido nada, ni un mensaje, ni una llamada.
La incomodidad que arrastro desde que salí de su apartamento aparece de nuevo. Porque cuantas más vueltas le doy a la conversación de esta mañana, menos sentido le encuentro. No parecía arrepentida, sino asustada y eso es mucho peor.

A última hora de la mañana, ya he encontrado cuatro excusas distintas para escribirle. La primera era razonable, la segunda discutible, la tercera directamente ridícula y la cuarta ha sido preguntarle si seguía viva después de sobrevivir al café que hemos tomado esta mañana, pero sigo sin respuesta.
Devon me encuentra mirando el móvil otra vez cuando entro en la sala de reuniones donde hemos quedado para comer con el resto del grupo.
—Esto empieza a ser triste de ver.
—¿Por qué todos os habéis convertido en expertos en mi vida sentimental de repente? —le pregunto alzando la vista hasta él.
—Porque nunca has tenido una y resulta estadísticamente fascinante.
—Qué bonito concepto de amistad manejas.
Devon deja varias carpetas sobre la mesa mientras George organiza documentos detrás de él con la misma eficiencia silenciosa de siempre.
—¿Has conseguido hablar con Elsie?
La pregunta me sorprende lo justo para cabrearme.
—¿Ahora tú también?
—Ahora yo también ¿qué?
—Me analizas como si fuera un caso clínico.
Devon levanta una ceja.
—Dorian, llevas cinco minutos respondiendo correos sin enviarlos.

George aparta la vista de la tableta apenas un segundo.
—Seis, técnicamente —dice y yo le señalo inmediatamente con el dedo índice de la mano derecha.
—Él da miedo —sentencio refiriéndome a George.
—Él trabaja conmigo —responde Devon—. Aprende rápido.
Media hora después estamos todos sentados en el Lumière y por primera vez desde que conozco a este grupo me doy cuenta de que quizá nadie aquí está realmente equilibrado.
Brock discute con Theo sobre apuestas absurdas relacionadas con un partido de béisbol. Elara disfruta claramente observando el desastre general mientras Amara permanece tranquila junto a ella con una capacidad inquietante para verlo todo, aunque parezca distraída. Max revisa el móvil con gesto cada vez más indescifrable y Alistair Hudson aparece diez minutos tarde, impecable como siempre y con esa mirada extraña que hace pensar que sabe algo que el resto todavía no entiende. Por último, llega Elsie.
Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. La veo entrar en el restaurante y noto inmediatamente que algo sigue sin ir bien. Lleva una chaqueta clara, el pelo recogido en una coleta y unas ojeras suaves que no estaban ahí hace semanas. Cuando nuestras miradas se cruzan, apenas aguanta el contacto un instante antes de mirar hacia otro lado. Ahí vuelve otra vez esa sensación de que no está enfadada, tiene miedo, pero… ¿a qué?
—Hostia —murmura Brock a mi lado—. Tienes la misma cara que Devon cuando alguien intenta colarle una cláusula absurda.
—Cállate —le ordeno.
—No puedo. Esto empieza a preocuparme de verdad.
Elsie saluda al grupo intentando parecer normal y durante unos minutos casi lo consigue. Habla con Elara, discute con Theo sobre una fiesta benéfica y hasta consigue reírse cuando Brock empieza a contar cómo casi lo expulsan de un casino en Atlantic City. Pero yo sigo observándola, porque cada pocos minutos se queda ausente, apenas prueba la comida y porque cuando cree que nadie la mira, parece agotada.
—Por cierto —dice Elara mientras deja la copa sobre la mesa—. El hotel de la boda nos ha enviado un correo rarísimo esta mañana.

Eso hace que Max levante la vista inmediatamente.
—¿Qué correo? —pregunta Devon.
—Al parecer varias cámaras de seguridad fallaron aquella noche.
Alistair, que hasta ahora apenas había hablado, levanta lentamente la cabeza.
—Qué inoportuno.
La frase cae sobre la mesa de una forma rara y Brock frunce el ceño.
—Eso ha sonado sospechosísimo, Hudson.
—La tecnología falla constantemente.
—Sí, pero tú has parecido como un villano diciendo eso.
Alistair se limita a coger la copa.
—Quizá lleváis demasiadas semanas obsesionados con la boda.
Max vuelve inmediatamente al móvil, Amara lo observa unos segundos y luego mira alrededor de la mesa con calma.
—La verdad es que aquella noche tuvo momentos extraños.
—Yo sigo convencido de que Brock intentó secuestrar un carrito de minibar —dice Theo.
—Eso nunca podrá demostrarse legalmente —se defiende Brock.
La conversación continúa, pero ya apenas la escucho, porque Elsie acaba de quedarse completamente pálida. Lo noto justo cuando lleva la mano a la copa de agua y se queda quieta unos segundos mirando la mesa.
—¿Elsie? —pregunta Elara.
Ella levanta la vista demasiado rápido.
—Estoy bien.
Está mintiendo, lo veo enseguida en su gesto y se pone en pie de golpe apartando la silla.
—Necesito tomar el aire un momento.
Sale del restaurante antes de que nadie pueda detenerla y yo reacciono incluso antes de pensarlo.
—Joder —escucho decir a Devon cuando me levanto inmediatamente detrás de ella.
Cruzo el restaurante y la alcanzo en la calle, donde el aire frío de Manhattan golpea con fuerza. Elsie está apoyada contra la pared del edificio respirando despacio.

—¿Qué coño pasa contigo? —pregunto acercándome a ella y veo cómo gira la cabeza inmediatamente hacia mí.
—No me pasa nada.
—Eso empieza a ser oficialmente la mentira más repetida de toda la ciudad.
—Solo me he mareado un poco.
—Llevas días mareándote un poco.
—Dorian, no necesito supervisión masculina.
—Perfecto. Porque esto ya no tiene nada que ver con orgullo masculino.
La frase me sale más brusca de lo que quería. Ella me sostiene la mirada unos segundos y entonces lo veo otra vez: cansancio, culpa y ese miedo que lleva días intentando esconder.
—¿Estás enferma? —le pregunto directamente.
El silencio de después de mi pregunta me pone en tensión, porque durante un segundo creo de verdad que va a contármelo. Elsie entreabre los labios, toma aire y se queda mirándome con una expresión vulnerable y asustada que no le había visto nunca, pero desaparece enseguida.
—No —murmura apartando la vista—. Solo estoy cansada.
Ya no me la creo y lo peor es que ella lo sabe. Me paso una mano por el pelo frustrado mientras intento ordenar todo esto en mi cabeza.
—Vale. Entonces explícame por qué llevas semanas actuando como si fueras a caerte redonda al suelo cada vez que me acerco.
—Tampoco hace falta que montes un drama.
—Deja de decirme eso cada vez que intento hablar contigo.
Ella cierra los ojos un instante y noto cómo se abraza a sí misma bajo la chaqueta.
—No sé qué quieres que te diga.
Ahí está el problema, que yo tampoco lo sé ya. Hace un mes esto era divertido. La tensión, las discusiones, perseguirla y verla enfadarse cada vez que me acercaba demasiado. Ahora ya no tiene gracia, porque parece otra cosa.
—Elsie.

Levanta la vista lentamente hacia mí y por primera vez desde que la conozco, tengo la sensación de que podría perderla antes incluso de entender qué está pasando.

—Necesito irme —me dice y esas dos palabras me dejan clavado en mitad de la acera mientras ella levanta la mano para parar un taxi.

Esta vez no intento detenerla, porque empiezo a entender algo que no me gusta nada: haga lo que haga, ella sigue alejándose igual.

El taxi se detiene frente a nosotros y Elsie abre la puerta sin mirarme. Solo se gira un segundo antes de entrar y puedo ver que tieen los ojos cansados, tristes incluso y eso me deja una sensación horrible en el pecho.

El taxi desaparece entre el tráfico y por primera vez desde la boda entiendo algo que no me gusta nada: ya no estoy intentando acostarme con Elsie Rogers. Estoy intentando que deje de huir de mí.

Capítulo 8

Elsie

Estoy sentada en una silla gris de plástico duro mientras en una pantalla colgada en la pared reproduce en bucle un anuncio sobre tratamientos de fertilidad protagonizado por parejas sonrientes y médicos excesivamente tranquilos. A mi derecha, una mujer embarazada revisa correos en el móvil sin levantar la vista y cerca de recepción, una pareja habla en voz baja mientras una enfermera pronuncia nombres con tono mecánico. Todo resulta limpio, ordenado y extrañamente aséptico, pero también ofensivamente cotidiano. Ese es el problema. Porque yo llevo diez minutos intentando recordar cómo respirar con normalidad mientras sostengo el móvil entre las manos y observo una puerta blanca detrás de la que probablemente van a confirmar oficialmente que mi vida acaba de saltar por los aires.

No quiero dramatizar, de hecho, ni siquiera me siento capaz de hacerlo. Pero me siento atrapada en una especie de bloqueo extraño, donde sigo funcionando en piloto automático mientras mi cabeza intenta fingir que nada existe realmente hasta que alguien lo diga en voz alta.

De repente, la enfermera pronuncia mi nombre y tardo un instante en reaccionar.

—¿Elsie Rogers?

Levanto la cabeza enseguida.

—Sí.

—Puede pasar por aquí, por favor —me indica señalando la puerta que tiene a su espalda al final del pasillo
Me pongo en pie y noto las piernas como si fueran de gelatina, aunque por suerte puedo mantenerme recta y soy capa de seguir a la enfermera por el pasillo silencioso. Las luces blancas del techo me resultan agresivas a estas horas y el sonido de mis propios tacones contra el suelo hace que todo parezca todavía más irreal.
Cuando la enfermera me abre la puerta de la consulta, entro y veo que es pequeña, pero está toda perfectamente ordenada. El médico me saluda con amabilidad mientras revisa algo en el ordenador y yo tomo asiento frente a él intentando aparentar una tranquilidad que no siento.
—¿Qué tal está, señorita Rogers?
La pregunta resulta tan absurda en este momento que casi me echo a reír.
—Bien.
Mentira.
—¿Cuándo fue la fecha de su última menstruación?
Respondo automáticamente.
—¿Ha tenido náuseas? ¿Cansancio? ¿Mareos?
Sí a todo, muchísimo además, aunque solo asiento mientras el médico sigue tecleando en el ordenador.
—Vamos a hacer una ecografía para confirmar las semanas de embarazo, ¿de acuerdo? —me indica señalando la camilla que tiene a un lado del pequeño despacho.
La palabra «confirmar» me golpea directamente en mitad del pecho, porque llevo días intentando convencerme de que podía existir otra explicación, pero ya no queda espacio para nada de eso. Ahora toca convertirlo en real.
Me tumbo sobre la camilla intentando no pensar demasiado. El médico aplica gel sobre mi abdomen y el contacto hace que me tense inmediatamente.
—Relájase un poco, señorita Rogers, acabaremos enseguida —me ruega el médico, aunque me quedo lejos de conseguirlo.
Intento respirar despacio mientras él mueve el ecógrafo y la pantalla empieza a llenarse de sombras borrosas que no consigo interpretar.

Al principio no entiendo qué estoy viendo, pero de repente escucho un sonido que me recuerda al galope de un caballo, es rápido y constante.
—Ahí tenemos el latido —me indica el médico y señala con la mano libre algo minúsculo que se mueve en la pantalla y que yo soy absolutamente incapaz con ninguna forma que reconozca.
El aire se me queda atrapado dentro de los pulmones y no me muevo, de hecho, ni siquiera pestañeo. Simplemente me quedo mirando la pantalla mientras algo se rompe lentamente dentro de mí.
—Todo parece ir bien —explica el ginecólogo con voz tranquila—. Y por las medidas del embrión parece que aproximadamente está de ocho semanas.
«Ocho semanas», me repito para mí en silencio y la cifra cae directamente sobre aquella noche en el hotel de Tribeca, la boda, el alcohol, aquel ascensor, Dorian besándome contra la pared mientras yo fingía que todavía mantenía algo de sentido común…
Ahora ya no hay escapatoria posible, porque mi embarazo ya no es una sospecha, ni una opción remota. Hay algo creciendo dentro de mí y Dorian formaba parte de ello.
El médico sigue hablando y me explica algo sobre vitaminas, revisiones y fechas aproximadas mientras yo continúo mirando la pantalla incapaz de procesar nada más allá de ese sonido de galope veloz que se ha quedado atrapado dentro de mi cabeza como un mantra infinito.
Hay un corazón latiendo dentro de mi cuerpo y la mitad de él pertenece a Dorian Griffiths.
Sin duda, la realidad resulta muchísimo más brutal cuando deja de ser imaginaria.
—¿Se encuentra bien, señorita Rogers? —me pregunta el doctor y yo tardo un segundo en reaccionar.
—Sí —miento, pero esta vez ni siquiera sé cómo explicarle lo contrario a un desconocido.
Quince minutos después salgo de la clínica con un informe dentro del bolso y la sensación constante de que Manhattan se mueve a una velocidad incompatible con mi existencia actual. La ciudad sigue

exactamente igual: los taxis pitan, la gente cruza pasos de peatones hablando por teléfono, un repartidor casi atropella a un hombre con traje delante de una cafetería mientras una pareja discute junto a un semáforo…. Todo continúa funcionando igual que siempre, pero yo me siento completamente desplazada del resto del planeta.

Camino varias calles sin recordar realmente por dónde paso. Giro esquinas en piloto automático y termino entrando en una cafetería, porque necesito sentarme antes de que mi cerebro colapse oficialmente. Pido un café que no quiero y cuando me lo sirven, el olor me revuelve el estómago inmediatamente y tengo que reprimir una arcada. Dejo el vaso sobre la mesa sin probarlo y saco el móvil del bolso. Tengo varios mensajes pendientes, dos correos urgentes de clientes por contestar y tres llamadas perdidas de Dorian.

«Tres».

Me quedo observando el teléfono en silencio durante unos segundos y de repente vibra entre mis manos. Es una llamada de Dorian, pero lo dejo sonar hasta que se corta, aunque vuelve a llamar varias veces que tampoco respondo.

La presión que siento en medio del pecho aumenta inmediatamente, porque ahora ya no estoy ocultándole un problema abstracto, sino a una personita entera que está creciendo dentro de mí.

«Hola, Dorian. ¿Recuerdas cuando nos acostamos en Tribeca? Enhorabuena. Ahora existe una consecuencia biológica permanente», reproduzco esa frase dentro de mi cabeza imaginando la conversación que mantendríamos.

Cuando consigo salir de la cafetería, tomo la estúpida decisión de ir a trabajar. Porque responder correos, discutir qué tipos de flores son las mejores para eventos corporativos y fingir que sigo siendo funcional me parece infinitamente más sencillo que volver sola a mi apartamento.

La empresa está llena de movimiento cuando llego. Melissa habla por teléfono en recepción mientras un repartidor deja varias cajas junto a la entrada y alguien discute al fondo sobre presupuestos para una gala benéfica. Sí, esto es totalmente normal, justo lo que necesito ahora mismo para olvidarme de todo lo demás.

—Pensaba que hoy librabas —me comenta Melissa apenas entro.

—El tráfico estaba horrible —miento automáticamente.
Ni siquiera sé por qué he dicho eso, porque no tiene sentido para alguien que suele ir a trabajar en metro, pero mi cerebro lleva horas funcionando regular.
Cruzo recepción intentando mantener una expresión humana creíble y entro directamente al baño antes de ir a mi despacho. Necesito un minuto para mí. Me apoyo sobre el lavabo y levanto lentamente la vista hacia el espejo. La imagen que me devuelve no ayuda. Estoy pálida. Tengo los ojos brillantes y cara de mujer que acaba de escuchar un corazón latiendo dentro de su cuerpo hace menos de una hora.
—Qué buena pinta tienes, Rogers —murmuro para mí—. Nada preocupante en absoluto.
Abro el grifo y me mojo las muñecas intentando recuperar el aire, aunque no me acaba de funcionar. Cuando salgo del baño, noto la tensión antes incluso de ver o que sucede. Según me acerco al mostrador, veo una presencia demasiado familiar apoyada contra el mármol negro mientras mira el móvil con gesto impaciente.
Dorian lleva la chaqueta abierta y el gesto cansado de quien probablemente lleva varios minutos cuestionándose por qué sigue esperando aquí. Entonces levanta la vista y su actitud cambia en menos de dos segundos. Se incorpora, deja el móvil sobre el mostrador y viene directamente hacia mí sin bromear siquiera. Yo intento seguir caminando como si no lo hubiera visto, pero fracaso, porque él me corta el paso antes de que llegue a la puerta del ascensor.
—¿Qué coño pasa?
La pregunta sale rápida y mucho más seria de lo habitual en él.
—Estoy trabajando —le miento, aunque ni yo me creo la respuesta.
—Te llamo y no solo no respondes, sino que parece que hayas desaparecido de la faz de la tierra. Además, cuando te veo da la sensación de que estás a punto de desmayarte y ahora mismo tienes cara de haber visto un fantasma. Así que voy a volver a preguntarlo. ¿Qué está pasando?
Noto el informe del médico dentro de mi bolso como si pesara una barbaridad.

—No pasa nada.
Dorian suelta aire lentamente y se pasa una mano por el pelo frustrado.
—Vale. Pues eso ya no me lo creo.
Varias personas atraviesan la recepción, pero tengo la sensación absurda de que el edificio entero ha desaparecido y que solo existimos él y yo.
—¿Has venido aquí directamente desde algún sitio? —pregunta entonces bajando ligeramente la voz.
—No es asunto tuyo donde haya ido.
Su expresión cambia inmediatamente.
—Claro que es asunto mío cuando parece que estás a punto de caerte redonda al suelo.
La frase me atraviesa, porque ya no suena a provocación. Intento moverme otra vez, pero él me corta el paso.
—Elsie.
—No hagas esto ahora.
—¿Hacer qué? ¿Intentar entender qué coño te pasa?
—No necesito supervisión masculina.
—Perfecto. Porque esto ya no tiene nada que ver con orgullo masculino.
La tensión empieza a cerrarme la garganta. Estoy al límite desde hace días y ahora ya no puedo quitarme de la cabeza el sonido de aquel latido.
Dorian me observa durante varios segundos y noto cómo pasa lentamente de la preocupación al enfado.
—¿Qué me estás escondiendo?
Trago saliva, porque no puedo decir esto aquí en medio del *hall* de la empresa y mientras Melissa finge ordenar carpetas a pocos metros escuchando probablemente cada palabra.
—Dorian…
—No. Basta ya. Estoy cansado de hacer preguntas y que me respondas con evasivas absurdas.
—No sabes de lo que hablas.
—Entonces explícamelo.

El cansancio termina rompiendo algo dentro de mí, porque ya no puedo seguir soportando esto sola. Porque estoy agotada y Dorian no deja de mirarme como si fuera capaz de desmontarme pieza por pieza hasta encontrar la verdad igualmente.
Así que me rindo. Levanto la vista hacia él y noto que mi voz sale cansada, pero sale.
—Estoy embarazada.
Dorian se queda completamente quieto y mudo. Ni siquiera parece respirar mientras, el ruido de recepción continúa a nuestro alrededor. Trago saliva intentando sostenerle la mirada.
—Y eres tú el padre —añado agotada—. Por desgracia, eres tú.

Capítulo 9

Dorian

—Y eres tú el padre. Por desgracia, eres tú.
Durante unos segundos, el vestíbulo de recepción sigue funcionando alrededor de nosotros con normalidad. Suenan teléfonos, alguien cruza el *hall* cargando unas cajas, una mujer con auriculares habla deprisa junto al mostrador y Melissa finge ordenar carpetas con la concentración de quien acaba de descubrir el cotilleo del año.
Todo continúa en movimiento, menos yo.
«Embarazada».
«Padre».
Las dos palabras entran en mi cabeza y se quedan ahí, enormes, imposibles de colocar en ningún sitio que no me provoque vértigo.
Miro a Elsie, pero ni siquiera sé qué cara tengo. Ella sigue delante de mí, pálida, agotada, con el bolso colgado del hombro y una firmeza extraña en la mandíbula, aunque los ojos la traicionan por completo. Justo en este momento entiendo, aunque tarde y mal, que ha llegado hasta aquí sola. Sola con las llamadas que no ha respondido. Sola con las náuseas. Sola con la clínica a la que probablemente ha ido. Sola con una verdad que también me pertenece y que yo todavía no sé ni cómo asimilar.
—Vale —murmuro al fin.

«Magnífica reacción, Griffiths», me digo para mí e intento tragar saliva, aunque siento la garganta tan seca que no lo consigo.
Elsie cierra los ojos un instante y cuando vuelve a abrirlos veo el daño.
—No hagas eso.
—¿Hacer qué?
—Poner esa cara.
—¿Qué cara exactamente? Porque ahora mismo tengo varias y ninguna parece especialmente útil.
—La de hombre que está intentando soltar una broma antes de aceptar lo que acaba de oír.
Me paso una mano por el pelo y suelto el aire despacio, porque tiene razón. Claro que tiene razón. El problema es que llevo treinta y cuatro años usando el humor como salida de emergencia y ahora mismo todas las puertas de ese edificio parecen cerradas.
—Estoy intentando procesarlo.
—Pues no lo parece.
—¿Y qué quieres que parezca, Elsie? Acabas de decirme que estás embarazada en mitad de la recepción de la empresa.
Ella aprieta los labios y mira de reojo hacia el mostrador, donde Melissa continúa intentando hacer creer que está concentrada en su trabajo y no en nuestra conversación, aunque no lo consigue.
—Créeme, esta tampoco era mi primera opción.
—¿Desde cuándo lo sabes?
—Desde hace unos días —me dice tras unos segundos.
—¿Unos días? —repito, y esta vez no consigo ocultar el golpe—. ¿Has ido sola al médico?
Se queda quieta y ahí tengo la confirmación incluso antes de que hable.
—Sí, he ido hoy —asiente levemente con la cabeza.
—Joder, Elsie —chasqueo la lengua mientras niego con la cabeza.
—No me mires así.
—¿Así cómo?
—Como si estuvieras intentando hacer una broma para no asumir lo que acabo de decirte.

Eso consigue arrancarme una risa seca, nacida del pánico que me invade ahora mismo. Elsie me mira y el gesto que cruza su cara me deja claro que acabo de hacerlo todo peor.
—No me estoy riendo de esto —le aclaro.
—Pues disimulas fatal.
—Estoy en *shock*.
—Yo también lo estaba. Aun así conseguí no hacer bromas delante del ecógrafo.
La palabra ecógrafo me deja clavado, porque de repente dentro de mi cabeza aparece la imagen de ella tumbada en una camilla, escuchando algo que yo no he escuchado, recibiendo una confirmación que también era para mí, aunque no estuviera allí. Algo feo y pesado se me instala en medio del pecho y me impide llenar los pulmones de aire con normalidad.
—¿Está…? —Empiezo la frase y me odio al instante por no saber ni terminarla.
Elsie baja la mirada hacia el bolso.
—Está bien. O eso ha dicho el médico —me cuenta encogiéndose de hombros.
«El médico», me digo en silencio.
Otro hombre ha dicho algo sobre mi hijo antes que yo. Esa idea me resulta absurda, injusta y completamente inútil, pero aun así me afecta. Me acerco un poco a ella y bajo más la voz.
—¿De cuántas semanas estás?
Elsie me sostiene la mirada un instante.
—De ocho.
La boda de Theo y Juliette aparece en mi cabeza con una precisión brutal y Tribeca, el hotel, la música, el alcohol, Elsie riéndose, mi mano en su cintura, una puerta cerrándose... Recuerdos incompletos y la sensación constante de haber cometido un error antes de entender su tamaño.
—Entonces…
—Sí —me corta—. Fue aquella noche.
No sé qué decir otra vez. De pronto todas mis frases, mis pullas y mis salidas brillantes se quedan en algún lugar lejano, inútiles para

esto. Y como no sé qué decir, hago lo peor que puedo hacer: pregunto algo práctico.
—¿Y ahora qué?
Elsie me mira como si acabara de empujarla un centímetro más hacia el borde del precipicio junto al que estamos los dos.
—No lo sé, Dorian.
—Ya, claro...
—¿Eso es todo? —me pregunta arrugando el entrecejo.
—No, no es todo, pero no tengo ni idea de qué se supone que tengo que preguntar primero.
—Pues quizá podrías empezar por no parecer un hombre intentando encontrar la salida.
La frase me atraviesa el pecho como un tiro.
—No estoy buscando una salida.
—No lo sé.
—¿Perdona?
Elsie traga saliva y durante un segundo parece a punto de arrepentirse de haberlo dicho, pero no retrocede.
—No te reconozco así.
—¿Así cómo?
—Sin chistes, sin juegos y sin poder convertirlo todo en una noche absurda que luego desaparece y olvidas.
No contesto enseguida, porque eso sí lo entiendo, de hecho, lo entiendo tan bien que me deja sin defensa.
—No ha desaparecido ni la he olvidado —murmuro.
—Para mí lleva días ocupándolo todo.
Ahí se me corta algo por dentro, porque durante días yo he interpretado sus evasivas como rechazo, arrepentimiento o miedo a lo que había pasado entre nosotros. Mientras cargaba sola una noticia que acababa de partirle la vida.
—¿Qué quieres hacer? —pregunto al fin.
Elsie se queda quieta.
—No lo sé.
La sinceridad me descoloca más que cualquier reproche.
—¿Y tú? —añade.

Abro la boca, aunque no sale nada de mi garganta. Sí, sin duda podrían nombrarme el padre del año incluso antes de empezar.
Elsie suelta una risa mínima, rota por el cansancio.
—No hagas eso —le ruego.
—¿Hacer qué?
—Mirarme ya convencida de que voy a salir corriendo.
—Acabas de quedarte callado durante medio minuto.
—Porque me acabas de decir que vamos a tener un hijo.
La frase sale antes de que pueda pensarla
«Vamos».
Elsie parpadea y por un segundo veo que esa palabra también le ha impactado.
—No sé si hay un «vamos» todavía.
—¿Perdona?
—No lo digo así…
—Pues ha sonado exactamente así.
—Dorian, ni siquiera sé qué estoy diciendo. Vengo de una clínica, tengo un informe del ginecólogo en el bolso y he escuchado un latido hace menos de una hora. Ahora solo intento no venirme abajo en medio de la empresa, así que agradecería que no convirtieras esto en una competición de quién reacciona peor.
Eso me cierra la boca, porque no puedo discutirle nada, porque tiene toda la razón… Otra vez. Aunque eso no quita que ahora me gustaría tocarla, cogerle de la mano y hacer algo que no parezca inútil. Pero está tan tensa que cualquier gesto podría hacer que se viniera abajo y yo no confío ahora mismo ni en mis manos, ni en mi boca, ni en mi capacidad para no empeorarlo todo.
—Necesito aire —digo al fin.
La expresión de Elsie cambia de inmediato y tengo la sensación de que interpreta mi «necesito aire» como un «me voy». Quizá porque hasta hoy, viniendo de mí, habría significado exactamente eso.
—Claro —murmura—. Eso se te da bien.
—Elsie…
—No pasa nada. Ya has procesado suficiente por hoy.
—No me hables así, por favor.

—¿Cómo quieres que te hable? ¿Con suavidad? ¿Con paciencia? Porque te aviso que todo eso se me ha acabado hace rato.
Me paso la lengua por los dientes y asiento una vez, no porque esté de acuerdo, sino porque si sigo aquí voy a decir algo que no arreglará nada.
—Volveré a hablar contigo.
—Haz lo que quieras —me responde cansada.
Salgo del edificio con la sensación de haber dejado algo importante atrás. En la calle, Manhattan todo continúa vulgarmente vivo mientras yo camino sin recordar hacia dónde voy. Finalmente, acabo subiendo a mi coche y conduzco hasta mi ático en piloto automático. Cuando llego, dejo las llaves sobre la encimera y me quedo de pie en medio del salón, rodeado de muebles caros, vistas impresionantes de la ciudad y un orden tan perfecto que de pronto me parece absurdo.
Cojo una botella de whisky, me sirvo un vaso y lo dejo sobre la mesa sin probarlo. El líquido permanece quieto mientras yo sigo con el móvil en la mano, mirando la pantalla apagada. Tengo mensajes pendientes de leer, llamadas perdidas y probablemente alguna emergencia en el trabajo por atender, pero ahora mismo todo eso me parece irrelevante.
«Elsie está embarazada de ocho semanas», me digo para mí en un intento de interiorizarlo, aunque me quedo muy lejos de conseguirlo.
Me siento en el sofá y cierro los ojos, aunque es una idea pésima porque los recuerdos de Elsie empiezan a aparecer con más fuerza en mi cabeza.
«Deberías irte ya» la recuerdo decir, con la espalda apoyada en la pared del pasillo. Luego aparece otra imagen más breve en mi cabeza del pasillo del hotel y la sensación de estar llevándola hacia una mala decisión, pero querer hacerlo igualmente. Y al fondo, durante un segundo, alguien quieto observándonos desde la distancia antes de desaparecer detrás de un grupo de invitados.
Abro los ojos de repente. No sé quién era. Ni siquiera sé si el recuerdo está completo o si mi cabeza está intentando rellenar huecos de aquella noche en Tribeca. Pero la incomodidad me invade

con tanta fuerza que dejo el móvil sobre la mesa y me inclino hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.
Alguien nos vio o quizá no o quizá todo esto no es más que mi cabeza buscando otro culpable, porque aceptar mi parte resulta mucho menos cómodo.
Miro el vaso de whisky intacto y justo en ese instante mi teléfono vibra sobre la mesa. Por un segundo creo que es Elsie y lo cojo demasiado rápido, pero al mirar la pantalla veo que no es ella.

Brock:
¿Tengo que ir a sacarte del ático
o todavía conservas algo de dignidad?

No le respondo y dejo en teléfono de nuevo boca abajo en la mesa, aunque. Ya no puedo quedarme quieto. Camino de un lado al otro del salón, regreso a la cocina, miro por los ventanales y me siento en el sofá para descubrir que las vistas de Manhattan sirven de muy poco cuando lo único que consigo ver dentro de mi cabeza es la cara de Elsie al decirme que estaba embarazada. En cambio, yo solo tuve la genial idea de decirle que necesitaba que me diera el aire y odio un poco por eso.
La imagen de Elsie en la clínica vuelve sin permiso a mi cabeza. La veo sola y tumbada en una camilla, contestando preguntas mientras escucha un latido que yo no he oído. Para después salir de la consulta con un informe en el bolso y con la idea de regresar al trabajo porque no se atrevía a quedarse en su casa.
Me levanto como un resorte, cojo las llaves y salgo de casa dando un portazo. Cuarenta minutos después estoy delante del edificio de Elsie en Brooklyn, con la sensación de estar a punto de hacer algo para lo que no tengo ninguna preparación. La puerta del portal se abre cuando un vecino sale con un perro y aprovecho para entrar antes de que mi cerebro decida esconderse detrás de otra frase brillante. Subo hasta su planta y me quedo unos segundos delante de su puerta sin llamar.
Esto sí es nuevo para mí, porque yo nunca he dudado frente a puertas cerradas. Normalmente entro, salgo o hago que alguien se arrepienta de haberme dejado pasar. Pero ahora tengo la mano

levantada y el corazón haciendo algo raro contra mis costillas, porque quizá Elsie no me abra o quizá sí me abra, pero me diga que llego tarde. O, tal vez, me mire exactamente igual que en recepción, con esa mezcla de cansancio y decepción que no sé cómo quitarme de encima.

Llamo antes de darle más vueltas. Tarda varios segundos en abrir, pero cuando lo hace veo en su gesto que no esperaba volver a verme esta noche. Lleva ropa cómoda, el pelo recogido y tiene el gesto cansado. No parece sorprendida sino preparada para otra decepción.

—¿Has venido a decirme que necesitas más tiempo para respirar? —me pregunta sin moverse de la puerta.

En otro momento habría respondido algo, habría hecho una broma o cualquier cosa para recuperar terreno, pero ahora no me sale.

—No tengo ni idea de cómo se hace esto.

Elsie se queda quieta.

—No sé qué se supone que tengo que decir —continúo, obligándome a sostenerle la mirada—. No sé qué quieres hacer tú, ni sé qué quiero hacer yo todavía y no sé cómo demonios hemos pasado de una boda absurda a esto.

No responde, pero tampoco cierra la puerta y eso me basta para seguir.

—Estoy muy asustado, Elsie, y probablemente voy a meter la pata más veces de las que ahora mismo puedo calcular.

Su expresión cambia un poco y yo respiro hondo y dejo de intentar parecer que tengo una seguridad que no siento.

—No tengo ni idea de cómo se hace esto… pero no pienso dejarte sola.

Capítulo 10

Elsie

Descubro que Dorian Griffiths tiene una capacidad alarmante para aparecer en cualquier lugar de Manhattan sin previo aviso exactamente cuarenta y ocho horas después de asegurarme que no iba a dejarme sola. Lo peor de todo es que empiezo a sospechar que habla completamente en serio.

La primera vez aparece delante de mi despacho con dos cafés en la mano y unas gafas de sol puestas que le dan aspecto de hombre a punto de cometer un fraude financiero a bordo de un yate italiano.

—Te he traído el desayuno.

Miro el vaso que me ofrece.

—Eso es un café.

—Y también desayuno emocional.

—No existe el desayuno emocional.

—Claro que existe. Lo inventaron las personas atractivas para justificar sus malas decisiones.

Le quito el vaso igualmente, porque necesito cafeína para sobrevivir a esta conversación y porque, además, ha traído exactamente el que suelo tomar, algo que me molesta más de lo que esperaba.

—¿Cómo sabías qué tipo de café me gusta?

Dorian se encoge de hombros.

—Llevas semanas pasando por la misma cafetería cada mañana. El camarero ya me saluda con cara de haber asumido que entre nosotros hay algo raro.

Lo observo unos segundos intentando decidir si eso resulta inquietante o absurdamente atento, aunque el problema es que probablemente son ambas cosas.
—No es necesario que hagas nada de esto, ¿eh?
—Todavía no me has explicado exactamente a qué te refieres con «esto».
—A aparecer constantemente en mi vida.
—Ah. Entonces sí necesito hacerlo.
Me mira por encima de las gafas de sol y noto otra vez esa energía rara que lleva persiguiéndome desde la noche del taxi. Ya no parece el hombre que disfrutaba provocándome porque sí. Ahora actúa como si hubiera decidido instalarse en mi rutina sin pedirme permiso, aunque lo peor es que empieza a salirle bien.
Dos días después aparece en mi despacho otra vez, aunque esta vez con comida.
—No pienso dejar que sobrevivas solo a base de café y ansiedad.
—Qué romántico suena eso.
—No es nada romántico, solo es una preocupación médica.
Le quito la bolsa de comida mientras Melissa, que no sé cómo se lo hace, pero cada vez que Dorian pasa por mi despacho aparece, observa la escena con la misma discreción que una reportera de prensa rosa.
—Melissa, si vas a seguir escuchando necesito que al menos me defiendas cuando salga mal.
—Personalmente creo que deberíais besaros y dejar de discutir —responde ella sin apartar la vista de nosotros.
—¿Ves lo que has provocado? —le digo a Dorian.
—Sinceramente, me siento poderoso —me suelta con gesto triunfante.
Entramos juntos en mi despacho y cierro la puerta antes de que media empresa empiece a especular oficialmente sobre mi vida privada. Dorian se deja caer en la silla frente a mi mesa con una naturalidad ofensiva mientras yo saco la comida de la bolsa intentando ignorar el hecho de que conozca mis restaurantes favoritos.
—¿Cómo sabes tan bien dónde pido comida?

—Porque eres previsible cuando tienes hambre.
—Eso ha sonado insultante.
—No era un insulto solo era una observación masculina avanzada.
Resoplo mientras abro el recipiente de pasta y justo en ese momento noto su mirada bajar automáticamente hacia mi vientre. El gesto dura menos de dos segundos, pero lo veo. Y él se da cuenta de que lo he pillado.
—No hagas eso —murmuro.
—¿Hacer qué? —disimula.
—Mirarme así.
Dorian se inclina un poco hacia delante.
—Todavía estoy intentando acostumbrarme a la idea de que ahí dentro hay una personita que técnicamente comparte el cincuenta por ciento de su ADN conmigo y sinceramente me parece una información bastante intensa.
Su frase debería ponerme nerviosa, pero solo me hace gracia y eso es un problema.
—No lo llames «personita».
—¿Prefieres criatura misteriosa? —me pregunta alzando una ceja de una manera que me hace gracia.
—Prefiero que no conviertas mi útero en un tema de conversación habitual.
—Llegas tarde para eso. Llevo dos días hablándole mentalmente.
Levanto la cabeza inmediatamente.
—¿Perdona? —inquiero abriendo mucho los ojos.
—Solo con comentarios básicos. Nada invasivo.
—Dorian.
—Le he dicho que espero que herede tu capacidad de organización, porque si sale a mí probablemente acabará detenido antes de los quince.
La risa se me escapa antes de que consiga impedirlo y el muy idiota sonríe como si acabara de ganar algo importante. Eso es exactamente lo que empieza a asustarme, porque cada día: me hace reír, me trae comida, me acompaña al coche, me escribe para preguntarme si he comido e invade mi vida como si llevara años haciéndolo.

Aunque el verdadero desastre de todo esto es que yo empiezo a esperar que aparezca… cada día.
Tres días después descubro hasta qué punto me estoy acostumbrando a él cuando salgo de una reunión agotadora y lo encuentro apoyado junto al ascensor mirando el móvil.
—Llegas tarde —le digo din pensar.
Dorian levanta lentamente la cabeza y me sonríe con un gesto de satisfacción masculina que me provoca ganas de tirarle algo.
—Hostia —murmura guardándose el teléfono en el bolsillo—. Acabas de admitir que esperabas verme.
—No he dicho eso.
—Pero tu subconsciente sí.
Intento seguir caminando, pero él me alcanza enseguida y me pone una mano en la espalda para guiarme hacia el ascensor. Aunque el contacto apenas dura un instante, noto el calor de sus dedos durante varios segundos sobre mi piel.
—¿Qué haces aquí? —pregunto entrando con él en el ascensor.
—He venido a secuestrarte para cenar.
—Eso suena ilegal.
—Solo si hay testigos.
Las puertas se cierran y el espacio reducido empeora inmediatamente todo. Porque Dorian huele bien, está cerca y últimamente tiene la costumbre irritante de mirarme como si intentara entenderme de verdad.
—No necesito que me supervises de manera constante.
—Eso ya me quedó claro las primeras quince veces que me lo dijiste.
—Entonces deja de aparecer sin avisar.
Dorian mete las manos en los bolsillos mientras me observa unos segundos.
—¿Quieres que deje de hacerlo?
La pregunta me pilla desprevenida porque la hace sin ironía, aunque la peor parte llega cuando descubro que no quiero responder.
El ascensor se detiene en la planta del garaje y salimos juntos mientras intento reorganizar mis propios pensamientos.
—Solo digo que esto empieza a parecer una relación rara —le digo recolocándome el bolso en el hombro.

—Créeme, si fuera una relación rara ya habría invadido oficialmente tu nevera.
—Eso ya lo has hecho.
—Entonces vamos adelantados.
Media hora después estamos cenando en un restaurante pequeño de Brooklyn porque, según Dorian, «los sitios tranquilos reducen las probabilidades de que Brock aparezca espontáneamente».
—No creo que Brock funcione así.
—Brock funciona exactamente así. Es como una maldición con mucho dinero.
Durante la cena conversamos de forma peligrosamente fluida y fácil. Discutimos sobre nombres horribles para bebés, sobre si Dorian sería capaz de cambiar un pañal sin provocar una emergencia ecológica, sore si está convencido de que nuestro hijo heredará mi mala leche y su tendencia al caos. Y en algún momento entre una broma y otra me doy cuenta de algo que me deja completamente helada: esto ya no parece un accidente sino el inicio de algo y eso me aterroriza muchísimo más que el embarazo.
Dorian está hablando sobre cómo Brock jamás debería acercarse a un niño pequeño cuando de repente me doy cuenta de que lleva varios segundos mirándome sin continuar la frase.
—¿Qué? —pregunto incómoda.
—Nada.
—Eso nunca significa nada bueno.
—Solo estaba pensando que llevabas días sin parecer tan agotada —me responde inclinándose ligeramente sobre la mesa.
—Estoy cansada igualmente.
—Ya, pero ahora al menos comes.
—Qué observador te has vuelto de repente —le contesto arqueando una ceja.
—Tú también mirarías mucho si alguien importante pareciera a punto de desmayarse constantemente.
La frase cae entre nosotros de una forma distinta a las bromas habituales. Porque Dorian no ha dicho «importante» pensando en el embarazo. Me ha mirado a mí al decirlo y eso me obliga a apartar la

vista inmediatamente. Ya no sé cómo estar cerca de él sin que todo esto empiece a doler un poco.
Cuando salimos del restaurante está lloviendo otra vez y Dorian insiste en acompañarme hasta casa. Yo ya ni siquiera discuto demasiado porque empieza a conocer todas mis respuestas antes de que las diga.
Cuando llegamos a mi apartamento, el ambiente cambia inmediatamente en cuanto cierro la puerta detrás de nosotros. No pasa nada concreto y precisamente ese es el problema. Porque él deja la chaqueta sobre el sofá, yo me descalzo junto a la entrada y de pronto todo parece íntimo de una manera absurda.
Dorian se sienta en una esquina del sofá mientras yo intento reorganizar unas revistas que no necesitan reorganización.
—Vas a romper algo si sigues fingiendo que esos papeles son interesantísimos.
—Estoy ocupada.
—No, estás nerviosa.
Levanto la vista hacia él.
—¿Y tú cómo estás tan tranquilo?
Dorian tarda unos segundos en responderme.
—No estoy tranquilo.
Su sinceridad me deja parada.
La lluvia golpea suavemente las ventanas mientras el salón queda envuelto en una calma incómoda. Él me mira desde el sofá y yo sigo junto a la mesa intentando recordar por qué mantener la distancia parecía una idea sencilla antes de que empezara a importarme. Porque ese es el verdadero problema: ya me importa.
—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunto al fin.
Dorian frunce ligeramente el ceño.
—¿Hacer qué?
—Todo esto. Aparecer constantemente, escribirme, traerme comida, actuar como si... —me callo antes de terminar la frase.
—¿Como si qué?
Trago saliva.
—Como si esto fuera normal.

Dorian me observa unos segundos y noto que la respuesta se le escapa de entre los labios antes de pensarla.
—Porque desde que me lo dijiste no consigo pensar en otra cosa.
El ambiente cambia de inmediato. Dorian se incorpora despacio del sofá y se acerca un poco más hasta donde estoy. Yo debería moverme, pero no lo hago. Está tan cerca que noto el calor de su cuerpo y cuando me mira los labios entiendo enseguida lo que va a pasar o lo que podría pasar y justo en ese momento me entra el pánico de verdad. Acostarme con Dorian Griffiths fue un desastre, pero enamorarme de él podría destruirme por completo. Así que retrocedo un paso y luego otro.
Dorian baja la vista un instante y su expresión cambia un poco. No parece enfadado sino confundido otra vez y odio el efecto que eso tiene sobre mí.
—Vale —murmura al cabo de unos segundos—. Creo que empiezo a detectar un patrón preocupante en nuestra dinámica.
Intento cruzarme de brazos, pero fracaso porque sigo demasiado consciente de él, de la lluvia sonando al otro lado de las ventanas y del hecho de que hace apenas una semana este hombre era solo una mala decisión recurrente y ahora ocupa probablemente la mitad de mis problemas emocionales.
—No hagas un drama.
Dorian deja escapar una risa breve.
—Es increíble la cantidad de veces que utilizas esa frase mientras tu vida se pone patas arriba.
—Mi vida no se pone patas arriba.
—Elsie, llevas diez segundos mirándome como si besarme pudiera activar una alarma nuclear.
—Porque quizá pueda hacerlo.
Él ladea ligeramente la cabeza.
—Eso ha sonado sospechosamente intenso.
Resoplo y camino hasta la cocina intentando poner distancia física entre nosotros antes de cometer otra estupidez. El problema es que Dorian me sigue y termina apoyado en el marco mientras yo abro la nevera, aunque no tengo hambre.
—¿Qué haces? —me pregunta sin dejar de mirarme.

—Necesito agua.
—Has abierto el congelador.
Cierro la puerta inmediatamente.
—No necesito que me estés vigilando constantemente.
—No estoy vigilándote. Estoy intentando evitar que sobrevivas a base de cubitos de hielo.
Cojo una botella de agua y le doy un trago demasiado rápido mientras intento recuperar el control de mi propio cuerpo. Porque él sigue aquí, ocupando espacio dentro de mi cocina pequeña con esa facilidad irritante que tiene para convertir cualquier conversación en algo íntimo.
—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —murmuro dejando la botella sobre la encimera.
Dorian levanta una ceja esperando a que continúe.
—Que Brock ya ha decidido que nuestro hijo será expulsado de varios colegios antes de los diez años.
La risa se me escapa sin querer y él sonríe al verlo.
—Eso. Exactamente eso —le señalo con un dedo—. Ese es el problema.
—Sigo sin entenderte.
—Me haces sentir que todo eso podría ser normal.
Dorian tarda un segundo en responderme y por primera vez desde que empezó este desastre parece no tener una frase ingeniosa preparada.
—No sabía que eso fuera algo malo.
—Contigo sí.
—Qué opinión tan fea tienes de mí, Rogers.
Apoyo las manos sobre la mesa intentando ordenar un poco mi cabeza, aunque empiezo a asumir que eso ya es imposible cuando él está cerca.
—Dorian, tú no eres precisamente una persona estable.
—Gracias. Siempre soñé con que una mujer me dijera eso en su cocina.
—Sabes perfectamente a qué me refiero.
—Explícamelo igualmente.

Levanto la vista hacia él y noto enseguida cómo algo cambia entre nosotros. Las bromas siguen ahí, pero ya no sirven para esconder lo importante.
—Tú nunca te quedas —le digo al final.
La sonrisa desaparece un poco de su cara.
—Eso crees tú.
—No, eso lo cree literalmente todo Manhattan.
Dorian baja la mirada unos segundos antes de acercarse hasta apoyarse a mi lado en la mesa.
—¿Y tú qué haces cuando las cosas se complican?
La pregunta me pilla desprevenida.
—Yo me quedo.
Él suelta una pequeña risa.
—No, Rogers. Tú trabajas hasta agotarte, finges que tienes todo bajo control y luego desapareces para que nadie vea que te estás hundiendo.
Abro la boca para discutirle eso, pero me callo enseguida porque odio lo bien que me conoce.
Fuera sigue lloviendo y el apartamento parece más pequeño desde que él está aquí dentro. Dorian baja la vista hacia mí y durante unos segundos nos quedamos quietos y cerca el uno del otro. Su mano roza la mía y noto un vuelco absurdo en el pecho.
—No sé qué estamos haciendo exactamente —admite a media voz —, pero desde que me dijiste lo del embarazo no consigo pensar en otra cosa. Ni en nadie más tampoco.
El aire se me queda atrapado dentro del pecho, porque esto ya no suena a tensión sexual, sino a algo muchísimo peor.
Dorian me mira un momento más antes de acercarse despacio. Se inclina hacia mí lentamente y noto cómo mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza consiga pensar algo coherente. Sus ojos bajan hasta mi boca, al igual que los míos y ahí me entra el pánico, porque el problema ya no es el embarazo, sino que empiezo a querer que Dorian Griffiths se quede.
Me aparto justo antes de que pueda besarme, aunque él se detiene inmediatamente.
—Elsie…

Niego con la cabeza demasiado rápido mientras doy otro paso atrás.
—No puedo.
Dorian frunce ligeramente el ceño.
—¿No puedes qué?
Pero no sé responder a eso sin admitir algo que todavía me da terror decir incluso para mí misma. Así que hago lo único que llevo días haciendo cada vez que esto empieza a parecer más serio... Alejarme.
—Necesito estar sola un rato —murmuro evitando mirarlo directamente.
Dorian se queda quieto frente a mí y noto el momento en el que entiende que no me estoy apartando por miedo al embarazo, sino que ahora el problema es él y quizá eso le asusta un poco también.

Capítulo 11

Dorian

Despertarme en casa normalmente me gusta. El silencio, las vistas y la sensación de que Manhattan se queda lejos durante unas horas. Hoy, en cambio, son las seis y media de la mañana, llevo despierto desde las cuatro y sigo mirando el techo pensando en Elsie.

En el ático todo permanece como siempre: ordenado e impecable, aunque hoy también me parece incluso frío. La cocina parece sacada de un catálogo caro y el salón sigue tan perfectamente ordenado que resulta ridículo que alguien pueda sentirse incómodo aquí.

El problema no es el apartamento, sino que no consigo quitarme de la cabeza la imagen de Elsie apartándose de mí en su cocina de nuevo.

Me paso una mano por la cara y me incorporo lentamente sobre la cama. La ciudad empieza a despertarse al otro lado de los ventanales mientras yo intento convencerme de que necesito una ducha, café y ocho reuniones seguidas para volver a funcionar como una persona normal.

Sin embargo, fracaso antes incluso de salir del dormitorio. Porque mientras me preparo el café pienso automáticamente que Elsie diría que mi cafetera parece diseñada por un villano alemán. Cuando abro la nevera, me acuerdo de ella criticando mi alimentación y cuando descubro que no tengo absolutamente nada que parezca comida real en casa, mi cerebro hace algo todavía peor:

«¿Ella habrá desayunado?», me pregunto y chasqueo la lengua mientras me mantengo quieto varios segundos con la puerta de la

nevera abierta.
«Hostia, esto sí que es preocupante», me digo para mí y me voy a la ducha sin querer seguir dándole vueltas a lo mismo.
A las nueve de la mañana ya he revisado el móvil siete veces sin un motivo real y Brock lleva exactamente veinte segundos sentado delante de mí en la sala de reuniones observándome con una expresión entre fascinación y ganas de tocarme los cojones.
—¿Quieres dejar de mirarme así? —le pregunto cerrando la carpeta que tengo frente a mí.
—No puedo. Es la primera vez que te veo sufrir sin que haya abogados, alcohol o una mujer casada de por medio.
—Qué concepto tan bonito tienes de mí.
—Trabajo contigo desde hace años —me responde mi amigo encogiéndose de hombros.
Brock se reclina en la silla mientras juguetea con la etiqueta de una botella de agua y yo intento volver a concentrarme en el informe financiero que tengo delante. Lo consigo aproximadamente durante tres segundos.
—¿Sabes qué es lo más divertido? —continúa él.
—Estoy seguro de que voy a arrepentirme de preguntar.
—Que tú creías que el embarazo era el problema gordo.
Levanto la vista hacia él lentamente.
—¿Y no lo es?
—No. El problema es que ahora Elsie te importa demasiado y no tienes ni puta idea de qué hacer con eso.
La frase me deja quieto un instante.
—Estás insoportable últimamente —le suelto a Brock mientras niego con la cabeza.
—Estoy inspirado. Son cosas distintas.
Resoplo y vuelvo a mirar la carpeta, aunque ya ni siquiera sé qué estaba leyendo, porque la frase sigue ahí:
«El problema es que ahora Elsie te importa demasiado».
Brock me observa unos segundos más antes de perder parte de la sonrisa.
—No pareces asustado por el bebé —dice entonces con menos ironía —. Pareces asustado porque te importa ella.

Ese es el verdadero problema y no el embarazo, ni la idea de convertirme en padre cuando todavía hay plantas en mi casa que han muerto bajo mi supervisión. El hecho de que Elsie me importe de una forma que no sé manejar es lo más jodido. Conociéndome, lo normal hubiera sido que el embarazo me hubiera hecho salir corriendo y, en cambio, llevo días apareciendo cada dos por tres, incapaz de dejar de pensar en si ha comido o si sigue tan agotada como lo estaba el día anterior.

—No pongas esa cara —murmura Brock.

—¿Qué cara?

—La de hombre que acaba de entender algo importante y preferiría volver a ser idiota.

—Voy a despedirte.

—No puedes, ya lo sabes…

A las cinco de la tarde sigo igual de mal. A lo largo del día he hecho llamadas, he firmado documentos, he asistido a una reunión con tres inversores incapaces de tomar decisiones rápidas y en mitad de una conversación sobre presupuestos descubro que estoy pensando que Elsie habría dicho algo cruel sobre uno de ellos a la mínima de cambio. Eso me obliga a cerrar los ojos un instante.

Estoy perdido, por completo, lo sé.

Dos horas después, me descubro saliendo de una tienda ecológica de Brooklyn con una bolsa llena de cosas que jamás pensé que compraría en mi vida: fruta, pan integral, té sin cafeína, unas galletas recomendadas para las náuseas y un libro sobre alimentación durante el embarazo que he escondido al fondo de la bolsa porque preferiría morir antes que dejar que alguien descubra su existencia.

Cuando llego al edificio de Elsie me quedo unos segundos dentro del coche observando las ventanas iluminadas de su apartamento desde la calle. La verdad es que no tengo ni idea hago aquí exactamente. Bueno, sí lo sé… Solo que la respuesta resulta humillante.

Subo igualmente. Elsie tarda un poco en abrir y cuando finalmente lo hace veo que lleva unos pantalones cómodos, una camiseta enorme y el pelo recogido en un moño del que salen varios mechones rubios. Me fijo en su gesto y veo que tiene cara de

cansancio, algo que me preocupa, porque empieza a convertirse en un hábito.
—Traigo comida —anuncio levantando la bolsa.
Elsie mira el contenido y luego me mira a mí.
—Pareces un padre divorciado intentando recuperar la custodia de los niños.
—He buscado cosas recomendables para embarazadas.
Ella se queda completamente quieta.
—¿Has hecho qué? —me pregunta abriendo mucho los ojos con gesto de incredulidad.
Entro en el apartamento antes de que pueda echarme y dejo la bolsa sobre la encimera de la cocina.
—Internet está lleno de información aterradora, por cierto. Al parecer ahora mismo no puedes comer la mitad de Manhattan.
—Dorian —empieza, aunque la corto enseguida.
—También he descubierto que comer sushi estando embarazada es prácticamente es un crimen federal.
Ella intenta mantenerse seria unos segundos y luego fracasa, porque se empieza a carcajear, aunque escucharla hace que me sienta aliviado automáticamente.
—No puedo creerme que hayas buscado eso —dice entre risas.
—Yo tampoco puedo creerlo… Solo ha sido un momento de bajón, espero que no me afecta en mi reputación.
Elsie abre la bolsa y empieza a sacar cosas mientras me observa con una mezcla extraña entre incredulidad y algo que no sé qué es pero que me pone nervioso.
—¿Té sin cafeína? —pregunta levantando una caja.
—No me juzgues. La señora de la tienda daba miedo y parecía convencida de que el café iba a destruirte el sistema nervioso por siempre jamás.
—¿Le has pedido consejo a una señora desconocida?
—No. Ella decidió implicarse emocionalmente sin mi consentimiento.
Elsie vuelve a reírse y luego se queda quieta unos segundos mirándome. En ese instante, siento que algo cambia otra vez, porque estamos juntos en su cocina pequeña, hablando de cosas absurdas y actuando como si esto empezara a parecer una especie

de vida compartida improvisada. Supongo que debería resultarme incómodo, pero la verdad es que me siento ridículamente bien aquí.
—No hacía falta que hicieras esto —murmura finalmente.
—Ya. Pero quería hacerlo.
La frase se me escapa antes de pensarla y noto inmediatamente cómo ella baja la vista un instante para después centrarse en guardar cosas en la cocina mientras yo invado el espacio que la rodea.
—No pongas eso ahí —me dice cuando muevo unas tazas para colocar el té sin teína.
—Tu cocina no tiene lógica.
—Mi cocina funciona perfectamente.
—Tienes las cucharas en un cajón distinto al de los cubiertos normales. Eso es propio del comportamiento criminal.
—Eso es organización.
—No, eso es terrorismo doméstico.
Ella resopla y me aparta un poco para coger una botella del armario. Su brazo roza el mío un segundo y noto inmediatamente esa tensión rara que aparece cada vez que estamos cerca. Porque últimamente todo entre nosotros parece quedarse peligrosamente al borde de algo que no sé muy bien cómo definir.
Elsie se apoya contra la encimera mientras bebe agua y yo me quedo mirándola unos segundos. Pese a que va vestida con ropa de andar por casa, despeinada y tiene cara de cansancio, a mí me parece preciosa.
—¿Qué? —pregunta al notar que la estoy mirando.
—Nada.
—Eso nunca significa nada bueno contigo.
—Estaba pensando que sigues teniendo cara de no dormir suficiente.
Ella pone los ojos en blanco.
—Qué sexy eres últimamente.
—Estoy evolucionando emocionalmente. Dame tiempo.
Ella intenta disimular la sonrisa, pero le dura muy poco. Apenas unos segundos después vuelve a ponerse seria y noto otra vez esa distancia entre nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunto apoyándome en la encimera de la cocina y me quedo frente a ella.
—Nada.
—Rogers.
—No me mires así.
—¿Así cómo?
—Como si esto fuera sencillo —me dice tras haberse quedado unos segundos callada.
—No lo es —le respondo acercándome un poco más a ella y noto inmediatamente cómo contiene el aire.
—Entonces deja de actuar como si supieras hacerlo.
—Nunca he dicho eso.
Elsie me sostiene la mirada y por primera vez en días dejo de intentar parecer tranquilo, porque no lo estoy. Realmente, estoy agotado de fingir que entiendo algo.
—Estoy perdido, ¿vale? —admito finalmente—. No tengo ni idea de qué hago aquí la mitad del tiempo.
Ella parpadea ligeramente.
—Dorian…
—No sé cómo se supone que funciona esto. Solo sé que desde que me dijiste lo del embarazo no consigo dejar de pensar en ti y sinceramente empieza a tocarme bastante los cojones.
La frase le arranca una pequeña risa incrédula.
—Qué declaración tan bonita.
—Es lo máximo que puedo ofrecer ahora mismo.
Elsie baja la cabeza con una pequeña sonrisa y noto inmediatamente cómo cambia el ambiente entre nosotros. Ya no hay esa tensión impulsiva y desordenada que acababa siempre en besos ansiosos contra una pared. Ahora es algo más lento y eso resulta muchísimo peor.
Me acerco un poco y ella no se aparta. Puedo notar su respiración entrecortada incluso antes de tocarla y cuando rozo con mi mano su cintura veo cómo contiene el aire. Tras eso, levanta despacio la vista hacia mí y después mira mi boca. Yo hago exactamente lo mismo y ahí está el problema. Los dos sabemos que esto ya no va solo de deseo y por eso da tanto miedo.

Me inclino hacia ella lentamente, sin bromas y sin intención de convertirlo en otra recaída absurda. Solo quiero besarla, pero justo antes de hacerlo, se aparta de golpe y ese rechazo me afecta bastante más de lo que esperaba.
—Joder —murmuro apartándome.
—No puedo —me responde abrazándose a sí misma-.
—Otra vez no.
—Dorian…
—No estoy intentando acostarme contigo.
—Ya lo sé.
—Entonces deja de reaccionar como si fuera eso.
Elsie traga saliva y aparta la mirada.
—No entiendes nada.
Ahí me enfado de verdad por primera vez desde que empezó todo esto.
—Pues explícamelo —le digo.
—No puedo hacerlo —me responde negando con la cabeza.
—Claro, esa es tu solución favorita para todo últimamente.
—No seas injusto.
—¿Injusto? Llevo días intentando acercarme a ti y cada vez que esto empieza a parecer algo de verdad sales corriendo.
Elsie levanta la vista rápidamente.
—Porque me das miedo.
La frase me deja completamente quieto y ambos nos miramos varios segundos. Justo entonces entiendo que no está hablando del embarazo.
—Necesito irme antes de que esta conversación acabe fatal —murmuro.
Ella no intenta detenerme, algo que me molesta mucho. Cuando llego a la puerta me giro un instante hacia ella y la encuentro exactamente donde la he dejado, quieta en mitad de la cocina con expresión agotada.
—Descansa un poco esta noche, ¿vale? —le digo al final.
Elsie asiente apenas y yo salgo del apartamento cerrando la puerta detrás de mí mientras tengo la convicción de que Brock tenía razón.

Nunca he estado asustado por el bebé, sino porque Elsie empieza a importarme de verdad.

Capítulo 12

Elsie

Nunca habría dicho que Amara Turner tiene una capacidad irritante para detectar cambios emocionales antes incluso de que una persona los haya procesado oficialmente por sí misma.
—Estás sonriendo otra vez —me suelta mientras aparta su teléfono a un lado de la mesa y da otro sorbo a su café.
Levanto la vista hacia ella desde la carta del *brunch* y frunzo el ceño.
—No estoy sonriendo.
—Llevas diez minutos haciéndolo.
—Eso es mentira.
Amara alza ligeramente una ceja con esa calma elegante que la convierte en una persona con la que es muy difícil de discutir a las nueve de la mañana.
Estamos sentadas en una cafetería pequeña del Upper West Side llena de plantas y mujeres vestidas con estilazo. Fuera llueve otra vez, porque Manhattan parece haber decidido convertir mi embarazo en una experiencia atmosférica completa.
—Solo estoy cansada —añado mientras dejo la carta sobre la mesa.
—Claro… y yo llevo meses sin ganas de matar a Brock Somerset.
Eso me arranca una carcajada, mientras Amara me observa unos segundos por encima de la taza.
—Ahí está otra vez.
—No empieces.
—No estoy empezando nada. Solo digo que hace dos semanas hablabas de Dorian como si fuera la causa de tu intoxicación

alimentaria y ahora cada vez que pronuncias su nombre pareces ligeramente menos agresiva.
—Eso no es verdad.
—Elsie, ayer dijiste literalmente: «Está siendo insoportable, pero me ha traído sopa porque leyó en internet que el jengibre ayuda con las náuseas». Y luego sonreíste durante un rato.
Me dejo caer contra el respaldo de la silla mientras resoplo.
—Está invadiendo completamente mi vida.
—Ajá.
—Aparece sin avisar, reorganiza mi cocina, habla con mi barriga como si el bebé pudiera responderle y el otro día discutió con una dependienta porque quería asegurarse de que el salmón estaba bien cocinado.
Amara intenta contener la risa.
—Eso suena bastante intenso.
—Yo diría que suena preocupante —respondo negando con la cabeza.
—Pues no parece que te moleste tanto.
Abro la boca para discutirle eso, pero me quedo callada un instante porque el problema es que quizá tiene razón y odio muchísimo que la tenga en algo como esto.
La camarera deja nuestros desayunos sobre la mesa y el olor del café hace que mi estómago proteste inmediatamente.
—Sigo pensando que la naturaleza tiene un sentido del humor horrible —murmuro apartando la taza—. Llevo años sobreviviendo gracias a la cafeína y ahora mi cuerpo ha decidido tratarla como si fuera veneno.
Amara corta un trozo de tostada antes de responderme.
—¿Cómo está llevando Dorian todo esto?
La pregunta me pilla desprevenida, porque la verdad es que no sé responderla exactamente.
—Está raro —termino diciendo.
—Eso no aclara nada. Todos los hombres de nuestro entorno están raros.
—No, pero Dorian está raro de otra manera.

Amara me observa con atención mientras espero encontrar una explicación que tenga sentido a lo que le acabo de decir.
—Pensaba que iba a desaparecer —admito finalmente—. O que actuaría de forma irresponsable o que intentaría convertir esto en una broma constante para no asumirlo.
—¿Y qué está haciendo?
Muerdo un trozo de tostada antes de responder.
—Aparecer.
Amara no dice nada, pero noto perfectamente que entiende lo que significa para mí esa palabra.
—Está en todas partes —continúo—. Me escribe para preguntarme si he comido. Se preocupa cuando me nota cansada. Me acompaña a casa, aunque no se lo pida. Ayer casi discutió con un taxista porque frenó demasiado brusco.
—Eso ha sido un poco sexy.
—Amara.
—¿Qué? Los hombres protectores son un cliché por alguna razón, ¿no?
Niego con la cabeza intentando no reírme.
—El problema es que empieza a parecer sincero.
Ahí Amara deja lentamente la taza sobre la mesa.
—Eso sí te da miedo, ¿verdad?
Su pregunta cae entre nosotras como una bomba y durante unos segundos solo escucho el ruido de los platos y de las conversaciones de nuestro alrededor.
—No quiero depender de él —murmuro al final.
—No parece que estés hablando de dependencia.
Aparto la vista hacia la lluvia tras el cristal, porque sé perfectamente de qué estoy hablando en realidad. La verdad es que estamos entrando en un terreno donde Dorian empieza a sentirse importante y eso me resulta muchísimo más peligroso que el embarazo.
La conversación deriva hacia la boda casi sin querer cuando Amara menciona una llamada reciente con el hotel de Tribeca.
—Siguen faltando registros de acceso de aquella noche —comenta mientras revisa algo en su móvil.
Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Todavía?
—Al parecer varias puertas quedaron abiertas durante horas y algunas tarjetas entraban en habitaciones que no correspondían.
Eso consigue que levante la cabeza.
—Espera. ¿Qué?
Amara se encoge ligeramente de hombros.
—Nada grave. Solo raro. Había demasiada gente moviéndose por el hotel y varios empleados cambiaron turnos aquella noche.
Me quedo pensando unos segundos, porque cuanto más hablamos de aquella boda, menos sentido parece tener nada.
—Recuerdo gente entrando y saliendo constantemente de plantas privadas —murmuro—. Y juraría que vi a una mujer usando una tarjeta maestra cerca de las suites.
—Elara dice que alguien entró en su habitación pensando que estaba vacía.
Eso me provoca un escalofrío extraño.
—Aquella noche fue un desastre.
—Sí, aunque hay partes que no parecen solo un desastre.
Esa frase se queda conmigo incluso después de que cambiemos de tema y dos horas más tarde sigo dándole vueltas, mientras entro en un bar informal de Brooklyn donde hemos quedado todos para tomar algo.
El sitio está lleno de música, ruido y mesas demasiado pequeñas para la cantidad de personas que forman este grupo.
—Hostia. La mujer embarazada favorita de todo Manhattan —dice Brock al verme entrar.
—Voy a tirarte uno silla a la cabeza —le advierto mientras me acerco.
—Eso sería violencia prenatal.
Devon deja escapar un suspiro cansado desde el otro lado de la mesa.
—Brock, te juro que cada día entiendo mejor por qué la humanidad inventó las demandas.
Elara, sentada junto a él, parece encantada con el caos que se ha formado en un momento.

—Personalmente creo que Brock sería un padrino desastroso y precisamente por eso necesito ver esa catástrofe en directo —dice Elara divertida.
—Gracias por la confianza que tenéis todos en mí como futuro adulto responsable —murmura Brock llevándose la copa al pecho con dramatismo.
Max, sentado al otro lado de la mesa, levanta la vista un segundo.
—Lo preocupante es que Dorian ya actúa como si esto fuera real —comenta con calma.
Varios empiezan a reírse… menos yo y Dorian, porque Max no estaba haciendo una broma.
Me siento junto a Amara mientras Theo empieza a discutir con Brock sobre si un bebé puede reconocer voces dentro del vientre.
—Claro que puede —defiende Brock—. Por eso hay que ponerle música buena desde pequeño y evitarle el reguetón.
—Tú no deberías educar ni a un pez —responde Devon.
Las conversaciones se mezclan alrededor de la mesa y durante unos minutos consigo relajarme un poco hasta que noto movimiento detrás de mí. No necesito girarme para saber quién es, porque lo sé cuando una mano cálida aparece suavemente en la parte baja de mi espalda y la voz de Dorian llega justo detrás.
—Perdón por el retraso. He tenido una reunión con gente que utiliza la palabra sinergia sin sentir vergüenza.
Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro al notarlo tan cerca. Dorian ni siquiera ha dudado si acercarse a mí, porque él simplemente se pone a mi lado como si se fuera su lugar natural desde siempre y eso me altera muchísimo.
—Llegas tarde —le digo mientras él se inclina un poco hacia mí.
—Pero he venido guapo y eso compensa bastante.
—Eso lo has dicho tú.
—No, también lo ha dicho una señora que ha subido conmigo en el ascensor hace un rato.
Elara se ríe inmediatamente.
—Suena fatal lo natural que empieza a parecer esto entre vosotros —murmura Elara apoyando la barbilla en la mano mientras nos observa.

—Eso ha sonado inquietante viniendo de ti —le responde Dorian.
—Y me molesta muchísimo, créeme. Prefería cuando solo discutíais y tomabais malas decisiones entre vosotros.
Dorian coge una silla y se sienta a mi lado rozándome la rodilla sin darse cuenta o quizá sí se da cuenta con él nunca estoy segura.
—¿Has comido algo hoy? —me pregunta bajando un poco la voz.
—Hola a ti también.
—Eso significa que no.
—He desayunado con Amara.
Dorian asiente ligeramente, satisfecho, y luego roba una patata de mi plato.
—Eso era mío.
—Ahora es nuestro —me responde con una gran sonrisa.
—Qué comunista te has vuelto de repente.
Él sonríe un poco y noto otra vez esa sensación rara de intimidad privada en medio del caos del resto del grupo.
Mientras Brock empieza a contar una historia absurda sobre un primo suyo expulsado de un colegio religioso, Dorian sigue tocándome distraídamente cada pocos minutos. Una mano en mi espalda al levantarse el camarero, sus dedos rozando los míos al coger una servilleta y la rodilla pegada a la mía debajo de la mesa. Pequeñas cosas que empiezan a parecerme peligrosamente naturales.
—Entonces —dice Theo de repente mirándonos—, ¿cuándo vais a empezar a vivir juntos oficialmente?
Casi me atraganto con el agua.
—¿Perdona? —pregunto tosiendo un poco.
Brock se inclina inmediatamente hacia delante.
—Hostia, sí. Necesitamos fechas. Esto ya parece una comedia romántica.
—No vamos a vivir juntos —atajo con rapidez.
Dorian levanta ligeramente una ceja a mi lado.
—Vaya energía tan acogedora acabas de desprender.
—No tergiverses mis palabras.
—Solo digo que rechazarme delante de doce personas ha sido una experiencia humillante.

El grupo empieza a reírse mientras noto cómo el calor me sube por el cuello y se me enrojecen las mejillas.
—Además —continúa Dorian cogiendo tranquilamente otra patata de mi plato—, técnicamente ya paso más tiempo en su apartamento que en el mío.
—Eso no ayuda.
—Solo soy sincero.
—Por favor, decidme que vais a discutir sobre decoración infantil en algún momento —añade Elara que parece estar disfrutando muchísimo de esto.
—Dorian elegiría algo ilegal seguro…—murmuro.
—Eso es mentira. Elegiría algo elegante.
Las risas vuelven a la mesa, pero entonces noto algo raro. Max está mirando a Dorian con una seriedad que desentona completamente con el ambiente. Justo en ese momento, Dorian me toca la espalda distraído, mientras sigue hablando con Devon y veo cómo Max baja la vista un instante antes de coger la copa. No parece incómodo, sino alguien que acaba de darse cuenta de algo importante antes que el resto.
El encuentro termina varias horas después y cuando salimos a la calle la lluvia ya casi ha parado.
—Te acompaño —dice Dorian automáticamente mientras yo me coloco la chaqueta. No me lo pregunta, simplemente lo suelta y ya está, aunque ni siquiera parece darse cuenta.
Caminamos juntos por Brooklyn mientras el resto del grupo se dispersa detrás de nosotros y durante unos minutos la conversación se vuelve tranquila, algo que me asusta bastante.
—Brock va a traumatizar a ese niño antes de que nazca —comento mientras cruzamos una calle.
—Ya estoy considerando prohibirle acercarse al bebé sin supervisión adulta —me responde metiéndose las manos en los bolsillos.
—Eso implicaría que tú eres la supervisión adulta y sinceramente eso tampoco me tranquiliza mucho.
—Qué fe tienes en mí, Rogers —se carcajea.
Cuando llegamos delante de mi edificio me giro hacia él lentamente.
—Gracias por hoy.

—No tienes que agradecerme eso —me dice sin dejar de mirarme.
—Eso ha sonado sospechosamente maduro.
—Estoy evolucionando emocionalmente a gran velocidad —me contesta moviendo de forma cómica las cejas.
La sonrisa me dura apenas un instante antes de desaparecer un poco, porque el miedo a acostumbrarme a esto y a él vuelve a hacer su aparición.
Dorian da un paso hacia mí y por un segundo pienso que va a besarme otra vez. Mi cuerpo entero se tensa automáticamente, pero él solo me aparta un mechón de pelo de la cara y después me besa suavemente la frente.
En la frente… ni siquiera intenta besarme en la boca.
Eso me afecta más que cualquiera de las veces que hemos acabado besándonos sin pensar, porque antes todo parecía físico, impulsivo y fácil de negar, pero ahora no. Ahora empieza a parecer que Dorian realmente se preocupa por mí y eso resulta bastante más peligroso.

Capítulo 13

Dorian

El Nocturne está en un local discreto en una calle del Soho, donde la gente rica finge beber whisky por el sabor y no para ahogar sus problemas en alcohol. El pub esta forrado de madera oscura, ambientado con luces bajas, de fondo suena jazz y tiene varias mesas de billar colocadas estratégicamente por todo el local entre enormes sillones de tonos oscuros.
Brock está inclinado sobre la mesa, con el taco en la mano y una sonrisa insoportable en la cara.
—Tienes aspecto de hombre secuestrado emocionalmente —me suelta mientras calcula el tiro.
—Y tú de hombre que está a punto de decir una gilipollez.
—Entonces eso significa que seguimos siendo nosotros.
Golpea la bola y falla por muy poco. Yo rodeo la mesa, cojo mi vaso y observo las bolas con una concentración que no tengo.
—¿Has vuelto a verla? —me pregunta Brock.
No le respondo y oigo cómo suelta una carcajada.
—Confirmado. Estás jodido, tío.
—Qué dramático eres.
—No, dramático eras tú cuando fingías que aquello no significaba nada después de acostarte con mujeres con las que nunca repetías. Esto es otra cosa.
Aprieto la mandíbula y golpeo la bola blanca con fuerza y meto una de las bolas entra limpiamente.

—Eso ha sido agresivamente sentimental—. Brock levanta ambas cejas.
—Estoy jugando al billar.
—Estás intentando asesinar a las bolas, porque Elsie Rogers te tiene pensando en pañales, comida orgánica y sentimientos.
Le lanzo una mirada asesina, pero no tengo una respuesta rápida preparada y eso me molesta casi tanto como que tenga razón. Porque llevo días funcionando mal en reuniones, en llamadas y en mi propia casa. Todo acaba llevándome a ella. Cuando escucho una canción, pienso que Elsie la odiaría. Me toca un camarero torpe y pienso en el comentario que haría. Cuando escucho una mujer reírse en la barra, en lugar de girarme para mirarla, me pregunto si Elsie habrá cenado… Esto sí que resulta humillante.
—¿Qué es lo que te asusta de verdad? —me pregunta Brock al dejar el taco apoyado contra la mesa para mirarme con un gesto algo más serio.
—No estoy asustado.
—Mentira. Pero voy a reformular mi pregunta porque hoy estoy generoso: ¿qué te está volviendo loco exactamente?
Doy un trago al whisky, aunque no me apetece.
—No sé hacerlo bien.
—¿El qué? —me pregunta arrugando el entrecejo.
—Estar a su lado sin agobiarla y no meter la pata cada vez que abro la boca.
—Hostia.
—No pongas esa cara.
—Es que jamás pensé que ibas a decir algo tan adulto sin una amenaza judicial de por medio.
Resoplo y dejo el vaso en la mesa.
—Lo digo en serio.
—Ya lo sé —responde él, y por una vez no se ríe—. Elsie no necesita un héroe, tío. Quizá lo que necesita es simplemente a alguien que no salga corriendo.

Una hora después salgo de Nocturne con la lluvia fina golpeándome la cara y el teléfono en la mano. Podría volver a casa, de hecho, es

lo que debería hacer, pero en lugar de eso, veinte minutos más tarde estoy delante del edificio de Elsie mirando las ventanas iluminadas de su apartamento.
Subo antes de arrepentirme y llamo una vez a la puerta, aunque no me responde. Cuando estoy a punto de girarme para marcharme, escucho unos pasos lentos al otro lado y la puerta se abre un instante después. Elsie aparece descalza, con una camiseta, pantalones cortos, una manta sobre los hombros y completamente despeinada. La televisión suena de fondo y la luz cálida del salón le cae sobre la cara todavía marcada por el sueño.
Durante un instante se me olvida decir cualquier cosa. No porque esté sexy, que lo está, sino porque está tierna y eso me deja mucho más vendido.
—¿Sabes qué hora es? —me pregunta con voz ronca.
—Técnicamente sí.
—Te odio.
—Eso ya lo sabía antes de subir.
Elsie resopla, pero se aparta para dejarme entrar. El apartamento huele a té y algo dulce que no sé identificar. En el sofá hay una manta a medio doblar, un libro abierto boca abajo y varios papeles que probablemente son de trabajo.
—¿Te has quedado dormida en el sofá? —pregunto mientras cierro la puerta.
—Felicidades por tu capacidad deductiva. ¿Has venido solo para eso?
—No podía dormir —miento.
Ella se gira despacio hacia mí y algo cambia en su expresión.
—¿Has salido con Brock?
—Sí.
—Entonces vienes intoxicado socialmente.
—Eso pasa siempre que hablo con él más de veinte minutos.
Elsie se deja caer en el sofá y se frota la cara con ambas manos. Yo me siento a su lado, dejando unos centímetros de separación entre los dos. Ella se tensa al principio, pero no se aparta y eso me impacta.
—¿Has cenado? —le pregunto.
—¿Otra vez con eso? —resopla sonoramente.

—Esa pregunta no me vale como respuesta.
—Sí, he cenado.
—¿Comida real?
Abre un ojo lentamente.
—Eres insoportable.
—Solo estoy evolucionando emocionalmente. Ten paciencia.
Se le escapa la risa bajita y yo me quedo mirándola demasiado tiempo. La televisión ilumina parte de su cara y me fijo en cómo le cae el pelo por los hombros y cómo le resbala la manta desde su regazo hasta el suelo.
—¿Qué? —pregunta al notar mi mirada.
—Nada —le contesto encogiéndome de hombros.
—Eso nunca es verdad contigo.
Podría hacer una broma, de hecho, debería hacerla, pero no me sale.
—Brock cree que estoy enamorado de ti.
Elsie gira la cabeza hacia mí muy despacio.
—¿Perdona? —me pregunta arqueando una ceja.
—También cree que nuestro hijo será expulsado de varios colegios privados antes de cumplir los doce años
—Eso último me parece bastante probable contigo como influencia genética.
Me río y ella también, aunque enseguida baja la mirada, se recoloca la manta sobre las piernas y noto cómo intenta recuperar la distancia entre su cuerpo y el mío.
—No puedes decir esas cosas así tan tranquilo —murmura.
—Créeme, no estaba tranquilo cuando lo he dicho.
—¿Y qué le has respondido?
—Nada.
—Eso sí que es preocupante.
—Brock casi se emociona.
Elsie sonríe un poco y la lluvia sigue golpeando los cristales con un ritmo lento mientras la televisión sigue sonando sin que ninguno le preste atención. Su pierna roza la mía al acomodarse y ese contacto mínimo lo cambia todo y ella también lo nota.
—Estás pensando muy fuerte otra vez —dice sin mirarme.

—No sabía que eso se pudiera hacer.
—Contigo sí.
La observo mientras habla y vuelvo a sentir esa certeza incómoda que lleva días persiguiéndome: no quiero irme…Ni ahora, ni dentro de diez minutos, ni cuando esto empiece a ponerse complicado otra vez.
—Dorian —me dice a media voz.
—¿Qué?
—No me mires así.
—¿Así cómo?
—Como si fueras a besarme.
No respondo enseguida, solo bajo la vista a su boca y veo cómo contiene el aire. Su mano sigue sobre la manta, cerca de la mía, y durante unos segundos ninguno de los dos se mueve.
—Dime que pare —murmuro.
Elsie no dice nada, solo se inclina hacia mí y me besa primero. Sus labios rozan los míos con una suavidad que me deja completamente quieto antes de que la agarre por la cintura y la acerque más a mí. Nada se parece a las otras veces. No hay pelea, ni desafío, ni ese caos que nos servía para fingir que entre nosotros solo hay deseo. Ahora, en cambio, me besa en su sofá, medio dormida, con la lluvia cayendo fuera y una mano temblándome ligeramente sobre su cuello. Eso me jode por completo.
—Sigues siendo una mala idea —murmura contra mi boca.
—Sí.
—Solo quería dejarlo claro.
—Me tranquiliza muchísimo que lo hayas dicho.
La risa se le rompe en un suspiro cuando vuelvo a besarla. Recorro su espalda con mis manos bajo la camiseta y noto su piel cálida estremeciéndose bajo mis dedos. Ella se sienta sobre mí, despacio, y yo dejo de respirar un segundo cuando sus piernas me rodean.
—Hostia, Rogers…
Elsie me mira y ahí entiende que estoy perdiendo el control, no porque la quiera desnuda, aunque también, sino porque ya no sé cómo esconder lo que siento.

Le beso el cuello, la mandíbula, la piel expuesta de su hombro y ella inclina la cabeza hacia atrás y sus dedos se hunden en mi pelo. Todo ocurre lento, con una intensidad que no deja espacio para las bromas y cuando intento soltar alguna frase para protegerme, no sale nada. Elsie lo nota y me acaricia la cara con una suavidad que no tiene nada que ver con el sexo y me quedo quieto un instante, atrapado en ese gesto.

—Esto ya no parece una recaída absurda —susurra.

—Lo sé —le respondo apoyando la frente contra la suya.

No digo nada más porque no tengo una frase brillante para esto. Solo la beso otra vez y ella me responde con una necesidad tranquila, que acaba conmigo mucho más que cualquier urgencia.

La llevo hasta el dormitorio sin separarme de su boca. Allí la luz es baja, la lluvia sigue golpeando las ventanas y el mundo parece haberse reducido a su respiración, a mis manos y a la forma en que ella deja de huir un poco más cada vez que la toco. Le saco la camiseta despacio y ella me ayuda a quitarme la camisa. Nos miramos un instante antes de volver a besarnos. Después, la tumbo sobre la cama con cuidado, besándole la piel del cuello, del hombro, del pecho, y noto cómo se arquea bajo mí con una respiración rota que me atraviesa. Bajo mis manos por su cuerpo sin prisa, mientras ella me acaricia la espalda y la nuca. Mientras la acaricio, Elsie cierra los ojos y se aferra a mí, temblando entre mis brazos.

—Mírame —le pido en voz baja.

Levanta la vista hacia mí y ahí se me rompe lo poco que me quedaba de distancia, porque en sus ojos ya no veo solo deseo, veo que siente algo de verdad.

Justo después, me acomodo entre sus piernas y entro en ella despacio. Los dos soltamos el aire a la vez cuando me clavo en ella y disfrutamos del contacto de nuestros cuerpos. Nos quedamos quietos durante un segundo que parece mucho más largo de lo normal. Después empiezo a moverme lentamente, sin apartar la mirada de la suya. No quiero correr, porque deseo sentirla y disfrutar de ella con calma.

Elsie me besa con la respiración entrecortada mientras sus piernas se cierran alrededor de mi cintura. Cada movimiento nos acerca más

y me destroza un poco más. Le susurro su nombre contra la boca y el cuello hasta que dejo de hablar por completo, porque cuando me callo, todo se vuelve más real.

Ella llega primero al éxtasis y tiembla contra mí, con la cara escondida en mi cuello y las manos aferradas a mi espalda. Yo la sigo unos segundos después, perdiéndome en ella con una intensidad que me deja sin aire y sin resistencias. Después no nos separamos, aunque nos quedamos enredados bajo la manta, con la respiración todavía agitada, su cabeza sobre mi pecho y mi mano acariciándole la espalda sin pensar. La televisión sigue encendida en el salón, la lluvia continúa chocando con los cristales y por primera vez no siento la necesidad de levantarme, vestirme o hacer algún comentario idiota para romper el momento y marcharme cuanto antes. Elsie tampoco se mueve y eso lo hace todo distinto. Porque hasta ahora siempre había habido una retirada rápida. Una forma de convertirnos en algo menos importante de lo que éramos, pero ahora no. Esta vez nos quedamos y justo entonces entiendo, con una claridad que me deja completamente jodido, que ya no estamos jugando.

Capítulo 14

Elsie

Me despierto porque alguien está abriendo y cerrando cajones en mi cocina con la misma delicadeza con la que entra un elefante en una cacharrería. Durante unos segundos sigo medio dormida, con la cara hundida en la almohada y la sensación cálida de unas sábanas que todavía conservan el olor de Dorian sobre mi piel. Luego escucho un golpe seco, una maldición y abro un ojo lentamente.

—¿Por qué tienes ocho tipos distintos de té y ni una sola sartén decente? —protesta Dorian desde la cocina.

Cierro los ojos otra vez con el convencimiento que lo que acabo de oír ha sido una alucinación provocada por la explosión de hormonas que reina en mi cuerpo.

—Rogers, creo que una de tus tazas intenta humillarme.

«No, definitivamente sigue aquí», me digo para mí y lanzo un largo resoplido. Me incorporo despacio sobre la cama y me quedo quieta un segundo intentando procesar la imagen mental de Dorian Griffiths moviéndose por mi apartamento pequeño como si hubiera decidido instalarse permanentemente en él.

Anoche tuvimos sexo. Sexo real, lento y del que hace que una mujer inteligente se plantee empezar terapia preventiva.

Me paso una mano por la cara y salgo del dormitorio todavía medio dormida. En cuanto entro en el salón me encuentro a Dorian apoyado frente a la encimera de mi cocina con una taza rosa en la mano donde pone «Drama Queen» en letras enormes. La visión resulta tan ridícula que tengo que contener la risa.

—No pienso beber café en esto —me anuncia mirándome con absoluta seriedad.
—Pues vas tarde porque esa es la taza que más utilizo.
Dorian baja lentamente la vista hacia la taza y luego vuelve a mirarme.
—Eso explica muchísimas cosas sobre tu personalidad.
Lleva la camisa arrugada de anoche y el pelo completamente despeinado. Está descalzo en mitad de mi cocina y aun así sigue pareciendo un hombre que probablemente posee media Manhattan. El problema es que encaja aquí mejor de lo que debería.
—¿Qué haces despierto tan pronto? —pregunto mientras me acerco.
—He intentado volver a dormir, pero tu nevera me ha preocupado.
—¿Mi nevera?
—Tienes queso, agua y algo que podría ser hummus o material de construcción. No estaba claro.
Abro la nevera y veo el recipiente olvidado al fondo.
—Eso lleva muerto semanas.
—Perfecto. Me tranquiliza saber que he sobrevivido al contacto visual con lo que sea que contenga ese recipiente.
Resoplo intentando no reírme mientras saco leche para el café. Dorian se mueve detrás de mí y noto su mano apoyarse suavemente en mi cintura para apartarme un poco de la encimera. El gesto dura apenas dos segundos, pero es más que suficiente para que mi cuerpo recuerde con total precisión cómo me tocaba anoche.
—Estás pensando muy fuerte otra vez —murmura cerca de mi oído.
—Tú hablas muchísimo para alguien que acaba de insultar al espécimen que habita dentro de mi nevera.
—No lo he insultado, solo intento entender cómo sobrevives aquí sin supervisión adulta.
Le doy un golpe suave con el codo y él se ríe bajito. Justo en ese momento, me doy cuenta de que la normalidad de todo esto debería ponerme nerviosa. En cambio, me gusta y ese es exactamente el problema.
Dorian abre otro armario de la cocina.
—¿Qué buscas ahora? —le pregunto.
—Comida.

—Ya has desayunado media hora de críticas gratuitas. Debería tener más que suficiente.
—Estoy alimentando a un futuro ciudadano de Manhattan. Necesito proteínas.
Levanto la cabeza inmediatamente.
—No utilices esa voz seria para hablar del bebé porque luego me alteras.
Dorian se gira despacio hacia mí con una caja de cereales en la mano.
—¿Ahora también te alteran las frases responsables?
—Si las dices tú, sí.
Él sonríe un poco y vuelve a abrir armarios como si él también pagara el alquiler. Mientras, yo le observo unos segundos en silencio y pienso que a pesar de que ayer por la mañana me aterrorizaba que apareciera constantemente en mi vida, ahora está descalzo en mi apartamento buscando una sartén y algo de comer mientras habla solo sobre vitaminas prenatales. Esto no tiene sentido.
—¿Qué? —pregunta al notar que lo estoy mirando.
—Nada —le respondo encogiéndome de hombros.
—Eso nunca significa nada bueno contigo.
Aparto la vista antes de responder, porque la verdad resulta incómoda: me gusta verlo aquí, cómo convierte mi cocina en algo caótico y cómo habla conmigo sin parecer agotado de hacerlo. Sin duda, eso debería preocuparme muchísimo más de lo que me preocupa.
Una hora después sigo pensando exactamente lo mismo mientras él busca en el armario de mi baño un ibuprofeno.
—¿Por qué tienes seis cremas hidratantes distintas? —pregunta desde dentro.
—Porque soy mujer y la sociedad nos obliga a parecer descansadas, aunque queramos morir.
—Eso ha sido sorprendentemente honesto.
—Estoy embarazada. Ya no tengo energía para fingir ningún tipo de estabilidad emocional.
Dorian aparece otra vez en el salón apoyándose en el marco del pasillo.

—Hablando de eso, esta noche tienes que venir conmigo a un evento.
Levanto la cabeza del portátil inmediatamente.
—¿Perdona?
—Es un evento pequeño con gente aburrida, mucho dinero y poco alcohol decente.
—Qué forma tan horrible de vender un plan.
—Solo te estoy poniendo en contexto.
Cierro lentamente el portátil.
—Dorian, no pienso ir a una reunión de empresa estando embarazada y con cara de cansancio extremo si no estoy obligada a ir, porque la he organizado yo.
Él me observa unos segundos.
—Primero: sigues siendo guapísima, aunque lleves una manta encima y parezcas a punto de ponerte a asesinar en serie. Segundo: necesito que vengas conmigo, porque es un compromiso externo a la empresa.
Ese «necesito» hace algo raro dentro de mi pecho.
—¿Por qué?
Dorian se encoge ligeramente de hombros.
—Porque quiero que vengas conmigo.
Eso me deja sin respuesta durante un segundo.
—No sabes jugar limpio nunca, ¿verdad?
—No sé a qué te refieres.
—A eso… A decir cosas normales con cara de hombre peligroso.
La sonrisa que se le escapa dura poco.
—¿Vas a venir?
«Debería decirle que no, sí, es lo que debería hacer…», me digo para mí.
—Vale —murmuro al final.
Dorian tarda un segundo en reaccionar.
—Hostia. Ha funcionado.
—No me hagas cambiar de opinión.
—Ya es tarde, ahora ya estoy emocionalmente ilusionado.
Dos horas después estoy sola en mi apartamento mirando mi armario con la misma angustia con la que algunas personas miran

sus resultados médicos. No tengo nada que ponerme. Nada. Todo me parece: demasiado ajustado, formal, aburrido e incompatible con la idea de aparecer junto a Dorian Griffiths en un evento lleno de gente perfecta y asquerosamente forrada de pasta.
Acabo llamando a Amara, porque mi dignidad ya ha muerto bastante durante estas últimas semanas.
—Necesito ayuda —le digo en cuanto responde.
—Eso suena grave.
—Dorian me ha invitado a un evento externo a la empresa y no tengo nada que ponerme.
Hay un pequeño silencio al otro lado.
—Voy para allá.
Cuarenta minutos después Amara entra en mi apartamento cargando: un vestido negro, una paleta de maquillaje, unos zapatos de tacón altísimo y una expresión de mujer que disfruta muchísimo de esta situación.
—No pienso ponerme eso —protesto mirando los tacones.
—Claro que sí.
—Parecen diseñados para torturar de forma lenta pero implacable.
—Elsie, llevas semanas escondiéndote detrás de sudaderas tan enormes como tus ojeras. Así que, prepárate, porque esta noche vas a recordar que sigues siendo espectacular.
Tres horas más tarde cuando termino de vestirme y me miro al espejo, apenas me reconozco. Amara es peligrosamente buena maquillando. Además, el vestido que me ha dejado se ajusta suavemente a mi cuerpo sin marcar demasiado el vientre, que prácticamente aún no ha crecido demasiado, y el maquillaje consigue que parezca una mujer descansada y funcional. Un milagro absoluto.
—Vale —murmuro observándome—. Quizá te quiera un poco.
—Lo sé.
El timbre suena justo en ese momento y Amara sonríe inmediatamente.
—Perfecto. Vamos a traumatizar emocionalmente a Griffiths.
Cuando abro la puerta, Dorian se queda completamente quieto y eso ya dice bastante. Dorian lleva un traje oscuro, el pelo peinado hacia

atrás y la expresión tranquila de hombre acostumbrado a controlar salas enteras con una mirada. Sin embargo, ahora mismo solo me está mirando a mí despacio y desde los pies hasta la cara.
—Hostia —murmura finalmente y Amara suelta una risa satisfecha detrás de mí.
—Gracias. Yo también estoy orgullosa de mi trabajo.
—Llevas maquillaje —añade Dorian sin apartar los ojos de mí.
—Corrector de ojeras antibalas —le aclaro cruzándome de brazos—. Tecnología avanzada.
Él se acerca un paso más a mí.
—Estás increíble.
La forma en que lo dice me deja completamente descolocada, porque no suena a cumplido sino a algo totalmente sincero.

El evento se celebra en un edificio privado cerca de Bryant Park y en cuanto entramos recuerdo inmediatamente quién es Dorian Griffiths fuera de mi cocina. La gente lo mira, lo saluda y lo busca constantemente. Hombres con trajes caros se acercan a darle la mano, mientras mujeres elegantísimas le sonríen de forma exagerada al hablar con él. Mientras, Dorian se mueve entre todos con una facilidad insultante, porque este es su hábitat natural. Lo noto en cómo habla, actúa y en cómo todo el mundo reacciona cuando aparece. Pese a eso, no deja de buscarme visualmente cada pocos minutos y eso es lo que más me desconcierta, más incluso que el lujo del evento.
—¿Quieres beber algo? —me pregunta acercándose otra vez a mí después de hablar con dos inversores.
—Agua.
—Qué conversaciones tan salvajes tenemos últimamente, ¿eh?
Le doy un golpe suave en el brazo y él sonríe antes de apoyar la mano en mi espalda para guiarme hacia la barra. El gesto sale tan natural que mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza otra vez.
Más tarde, mientras Devon discute con un cliente sobre inversiones absurdas y Elara disfruta observando el drama social ajeno, me doy cuenta de algo: todos empiezan a tratarnos como si fuéramos pareja. Nadie lo cuestiona, ni lo comenta. Simplemente actúan así.

Dorian tampoco parece darse cuenta, porque me trae comida sin preguntarme, me toca distraídamente al pasar y se acerca automáticamente hacia mí después de cada conversación como si fuera lo más natural del mundo, pero yo no puedo evitar que todo esto me supere.

Cuando entramos en el taxi ya es casi medianoche y Nueva York sigue llena de luces, tráfico y gente caminando bajo esta lluvia que no deja de caer últimamente. Dorian se afloja un poco la corbata mientras se deja caer contra el asiento y yo apoyo la cabeza un instante en la ventanilla intentando recuperar algo de energía.

—Odio los eventos corporativos —murmuro.

Dorian gira ligeramente la cabeza hacia mí.

—Eso no es verdad. Te lo has pasado bien hablando con unos y con otros.

—Solo he sido desagradable con dos.

—Tres. El del peluquín espantoso también cuenta.

Se me escapa una pequeña risa y el cansancio me cae encima de golpe después de toda la noche. Cierro los ojos un segundo y, sin pensarlo demasiado, me acerco un poco más a él hasta terminar apoyando la cabeza sobre su hombro. Dorian se queda quieto inmediatamente y ninguno de los dos dice nada, porque ambos entendemos que esto ya no se parece en nada a lo que empezó entre nosotros.

Capítulo 15

Dorian

Desayunar con Max Hammond debería considerarse oficialmente una actividad de riesgo. Eso es algo que descubro exactamente a las ocho y cuarto de la mañana mientras él toma un café frente a mí en la zona privada del ala ejecutiva con la misma expresión tranquila de hombre capaz de detectar debilidades ajenas antes incluso de que existan oficialmente. El problema es que hoy la debilidad ajena soy yo.

—Tienes mala cara —comenta dejando la taza sobre la barra.

—Qué conversación tan estimulante para empezar el día.

—No pretendía estimularte. Solo describirte.

Resoplo mientras reviso unos correos en el móvil intentando aparentar normalidad. Pero fracaso rápido, porque llevo aproximadamente veinte minutos leyendo el mismo mensaje sin entender una sola palabra de lo que pone.

Anoche dormí en casa de Elsie. Dormí de verdad. Sin salir corriendo después de tener sexo, sin inventarme una excusa y sin sentir la necesidad de desaparecer antes de que todo se volviera más serio y eso me está dejando el cerebro completamente inutilizable.

—Brock cree que vas a acabar viviendo en Brooklyn rodeado de plantas y biberones —continúa Max con calma.

—Brock también cree que los documentales financieros son entretenimiento.

—No te desvíes del tema.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me apoyo contra el respaldo de la silla.
—¿Tenéis todos una obsesión colectiva con mi vida ahora o cómo funciona esto exactamente?
Max me observa unos segundos sin responderme enseguida.
—¿Piensas quedarte con Elsie cuando deje de ser divertido?
La pregunta me golpea tan rápido que noto algo tensándose dentro del pecho, porque ahí está el verdadero problema. Hasta ahora todo esto había sido deseo, caos, discusiones y sexo. Ahora, en cambio, hay ecografías, médicos y planes de futuro. Y yo nunca he sido un hombre que piense demasiado más allá del día siguiente.
—Qué pregunta tan acogedora para un martes por la mañana —murmuro intentando sonar relajado.
Max ni se inmuta.
—No te estoy juzgando, Dorian. Solo quiero saber si tú mismo sabes dónde te estás metiendo.
No le respondo, porque ese es exactamente el problema que empieza a volverme loco. Quiero quedarme con Elsie, lo sé, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo sin acabar estropeándolo todo.
Dos horas después sigo igual de alterado. Firmo documentos, respondo llamadas y discuto con un inversor incapaz de decidir nada en menos de media hora. Aun así, mi cabeza sigue atrapada en la misma pregunta: «¿Piensas quedarte cuando deje de ser divertido?».

Cuando llego a la clínica para la ecografía llevo toda la mañana raro y Elsie lo nota enseguida. Está sentada en la sala de espera mirando el móvil, pero en cuanto levanta la cabeza y me ve, frunce ligeramente el ceño.
—Tienes cara de querer asesinar a alguien —me dice mientras me meto las manos en los bolsillos.
—Ha sido una mañana larga —resoplo.
—Eso no explica esa expresión.
Me siento a su lado y noto inmediatamente cómo busca mi mirada unos segundos más.
—¿Qué ha pasado?

—Nada —niego con la cabeza.
—Dorian.
—Rogers.
Ella resopla.
—Te estás poniendo insoportable otra vez.
Esa frase normalmente me habría hecho gracia, pero hoy no y eso es una mala señal.
La consulta resulta peor esta vez y creo que es porque todo lo relacionado con el embarazo ya no parece algo lejano ni abstracto. El médico nos habla sobre semanas, revisiones y próximas citas, mientras yo miro la pantalla del ecógrafo intentando entender cómo algo tan pequeño puede ponerme la cabeza del revés de esta manera.
Entonces se escucha el latido, rápido y constante. Miro de reojo a Elsie y noto cómo se tensa un poco. Cuando giro la cabeza hacia ella la veo observando la pantalla sin apartar los ojos, con una mano apoyada sobre el vientre sin darse cuenta siquiera de que lo está haciendo. Ese gesto me impacta, porque de pronto ya no veo que esto es un error ni una situación caótica de la que podamos salir en algún momento. Veo algo real y que ha llegado para quedarse. Me cuesta respirar un segundo y tengo que apartar la vista.
Cuando salimos de la clínica, Elsie me observa de reojo mientras caminamos.
—Vale, ya puedes decirme qué te pasa —me dice recolocándose el bolso en el hombro.
—No me pasa nada.
—Eso empieza a sonar sospechosamente parecido a mis propias mentiras.
Intento responder algo rápido, pero no me sale ninguna frase útil. Otra mala señal. Seguimos caminando unos metros y ella vuelve a mirarme.
—¿Te ha agobiado la ecografía?
—No.
Mentira, claro que me ha agobiado, porque ahora ya no puedo fingir que esto sigue siendo una mala decisión reversible.
—Pues llevas todo el rato muy raro —insiste ella.

—Quizá estoy cansado.
—No. Cuando estás cansado haces más bromas. Ahora estás callado.
La miro un instante y aprieto la mandíbula. Odio muchísimo que ya me conozca tan bien.
Terminamos entrando en una cafetería cerca de la clínica porque Elsie dice que necesita comer algo antes de volver al trabajo. Yo pido dos cafés automáticamente y ella me mira al instante.
—La señora de la tienda ecológica estaría muy decepcionada contigo.
—La señora de la tienda ecológica puede irse a la mierda.
Eso le arranca una pequeña carcajada y durante unos segundos consigo relajarme un poco. Hasta que vuelve a hablar.
—Tengo que reorganizar el calendario del próximo mes —murmura mirando algo en el móvil—. Entre las revisiones, el trabajo y todo lo demás esto empieza a complicarse bastante.
Asiento distraídamente.
—También tendré que mirar apartamentos más grandes dentro de unos meses seguramente —dice pensando en voz alta.
La frase entra en mi cabeza y algo se bloquea de golpe. Elsie levanta la vista enseguida al notar mi cara.
—¿Qué?
—Nada.
—Otra vez no.
Me paso una mano por la nuca intentando relajar la presión que empieza a acumularse dentro de mi pecho, pero no lo consigo.
—No hace falta organizar toda tu vida ahora mismo.
—Dorian, no estoy organizando mi vida, solo trato de organizar cosas básicas.
—Ya, bueno… quizá no hace falta hablar de mudanzas y horarios médicos como si lleváramos veinte años casados.
La expresión de Elsie cambia al instante y deja el móvil sobre la mesa despacio para mirarme.
—¿Perdona?
—Solo digo que quizá estamos acelerando esto un poco.
—Estoy embarazada de casi tres meses. Claro que esto va rápido.

Sé que tiene razón. Lo que pasa es que ahora mismo no consigo pensar con claridad.
—No puedes ponerte así cada vez que menciono algo del futuro —continúa ella.
—No me estoy poniendo de ninguna manera.
Elsie suelta una risa breve, pero sin humor.
—Claro. Por eso llevas desde que has llegado actuando como si quisieras salir corriendo.
La frase me golpea justo donde más duele.
—No estoy huyendo.
—Pues empieza a parecerlo.
Aprieto la mandíbula.
—Quizá deberíamos dejar de actuar como si ya tuviéramos todo decidido.
Elsie parpadea lentamente.
—Nadie está haciendo eso.
—No lo sé.
—¿Qué significa exactamente «no lo sé»? —me pregunta frunciendo el deño.
La presión dentro de mi pecho empieza a convertirse en miedo de verdad, porque una parte de mí entiende perfectamente qué está pasando: me importa ella, me importa todo esto y es precisamente eso lo que me da miedo.
—No sé qué quieres de mí —suelto al final.
En cuanto las palabras salen de mi boca entiendo que acabo de decir lo peor que podía decir y Elsie se queda completamente quieta.
—Exactamente ese es el problema —murmura unos segundos después con decepción en su tono.
—Elsie…
—No, tranquilo. Ya lo he entendido.
—No quería decir eso.
—Entonces ¿qué querías decir?
Abro la boca, pero no digo nada, porque no tengo respuesta a su pregunta. Porque la verdad es mucho más humillante: quiero quedarme, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo sin acabar cargándomelo todo.

—Voy a volver al trabajo —me dice poniéndose de pie y cogiendo su bolso.
—No te vayas así.
Ella me mira unos segundos y noto perfectamente cómo vuelve a levantar barreras conmigo, las mismas que tanto me había costado que bajara.
—No pasa nada, Dorian. Tú mismo acabas de dejar bastante claro dónde estás.
—No pongas palabras en mi boca que no he dicho —le contesto cabreado.
—Pues explícate mejor la próxima vez.
—Estoy intentando procesar todo esto igual que tú.
—No. Tú estás intentando encontrar una salida cada vez que esto deja de parecerte divertido.
La frase me atraviesa el pecho porque una parte horrible de mí sabe que tiene razón.
Nos quedamos mirándonos varios segundos en mitad de la cafetería mientras todo sigue moviéndose a nuestro alrededor. Entonces veo la carpeta que contiene la ecografía asomando dentro de su bolso y por primera vez entiendo algo con una claridad brutal: esto ya no puede desaparecer. Ni el bebé, ni ella, ni lo que siento.
—Necesito aire —murmuro levantándome.
Elsie baja la vista inmediatamente y noto que acabo de romper algo, porque ya no parece enfadada, sino cansada y eso es muchísimo peor.
Salgo de la cafetería y empiezo a caminar sin rumbo bajo la lluvia de Manhattan. Los coches pasan junto a la acera levantando el agua de los charcos y yo intento respirar con normalidad, pero no puedo. Porque por primera vez entiendo que si Elsie decidiera echarme de su vida… No sería capaz de soportarlo.

Capítulo 16

Elsie

El apartamento vuelve a parecer pequeño en cuanto Dorian no está en él. Eso es lo primero que noto al cerrar la puerta después de entrar y escuchar el clic del cierre resonando en mitad del salón vacío. Durante unos segundos me quedo quieta junto a la entrada, con el bolso todavía colgado del hombro mientras intento convencerme de que no pasa nada, aunque fracaso enseguida. Porque hace apenas dos semanas este sitio era solo mi apartamento y ahora parece un lugar donde falta alguien.

«Qué maravilla. Exactamente el tipo de problema emocional que necesitaba», pienso dejando las llaves sobre la mesa.

Me quito los zapatos lentamente y avanzo hacia el salón. La manta sigue arrugada sobre el sofá desde anoche. Hay una taza negra abandonada junto al fregadero y cuando la cojo reconozco inmediatamente el café horrible que prepara Dorian. Eso me irrita mucho, porque significa que ya distingo incluso esas cosas.

Dejo la taza dentro del fregadero y entonces veo una de sus camisas tirada sobre sobre el brazo del sofá, arrugada y completamente fuera de lugar dentro de mi apartamento. La observo unos segundos con los brazos cruzados y una sensación rara dentro del pecho. Anoche estaba aquí, durmiendo conmigo, besándome y discutiendo conmigo en una cafetería horas después.

Dorian Griffiths se ha instalado en mi rutina con una facilidad que empieza a parecer peligrosa.

Cojo la camisa con intención de sacarla de mi vista, pero en cuanto la cojo noto su perfume todavía impregnado en la tela y cierro los ojos un segundo con rabia.
—Perfecto, Elsie. Ya puedes empezar oficialmente tu descenso emocional hacia el desastre —murmuro dejándola sobre una silla.
Justo en ese momento mi móvil vibra encima de la mesa.

Dorian:
¿Has llegado bien?

Miro la pantalla varios segundos hasta que aparece otro mensaje de él.

Dorian:
Brock dice que he gestionado la pelea
como un adolescente con problemas de apego.

Y justo debajo otro.

Dorian:
Quizá tiene razón.

La risa se me escapa antes de que pueda evitarlo y eso solo consigue enfadarme más. Porque incluso después de hacerme daño sigue encontrando la forma de colarse dentro de mi cabeza.
Lanzo el móvil sobre el sofá y me paso ambas manos por la cara intentando ordenar un poco todo esto. El problema no es que Dorian sea un desastre. Eso ya lo sabía. El problema es que me he acostumbrado a él demasiado rápido, a sus mensajes, a su voz, a sus manos sobre mi espalda, a que aparezca constantemente donde yo estoy y ahora ya no sé cómo volver atrás.
Dos horas más tarde sigo exactamente igual de alterada y por eso termino sentada frente a Elara en un restaurante italiano pequeño de Manhattan contándole una versión resumida de mi crisis emocional, mientras ella corta una bola de mozzarella con absoluta tranquilidad.
—Déjame ver si lo he entendido bien —dice levantando la vista hacia mí—. ¿Te has acostado varias veces con un hombre emocionalmente

inestable, increíblemente atractivo y con claras tendencias al caos y ahora te sorprende que la situación sea complicada?
—Cuando lo dices así parezco idiota.
—No, tranquila. Ya lo parecías antes también.
Le lanzo una servilleta arrugada y ella se ríe. Elara tiene esa capacidad irritante para decir cosas horribles con cara de persona encantadora y por eso resulta imposible enfadarse del todo con ella.
—No es solo eso —murmuro removiendo la pasta de mi plato sin hambre—. Es que ya no parece una aventura absurda ni una mala decisión puntual. Ahora está ahí todo el tiempo.
—¿Y eso es malo?
Levanto la cabeza inmediatamente.
—Sí.
Elara arquea una ceja.
—No te lo crees ni tú.
Resoplo y me dejo caer contra el respaldo de la silla.
—Me he acostumbrado a él demasiado rápido.
—Ah. Ahora sí estamos llegando al problema real.
La miro en silencio unos segundos, porque ese es exactamente el problema. No me asusta el sexo, ni el embarazo, ni siquiera las discusiones. Lo que me asusta es depender emocionalmente de alguien incapaz de garantizarme una estabilidad decente.
Elara parece leerme la cabeza.
—El problema con hombres como ellos no es que huyan —dice tranquilamente mientras deja su copa de vino sobre la mesa—. Es que consiguen que quieras perseguirlos.
La frase me golpea tan fuerte que me quedo quieta, porque entiendo perfectamente lo que quiere decir.
—Odio muchísimo que tengas razón —murmuro.
—Ya. A mí también me pasa conmigo misma constantemente.
Eso me arranca una pequeña carcajada y durante unos segundos consigo relajarme un poco. Hasta que mi cabeza vuelve otra vez a la boda. No sé muy bien por qué. Quizá porque toda esta situación empezó allí y cuanto más tiempo pasa, más extraña me parece aquella noche.

—Últimamente sigo recordando cosas raras de la boda —comento distraídamente.
Elara levanta la vista.
—¿Qué tipo de cosas?
Frunzo ligeramente el ceño intentando ordenar recuerdos que siguen llegando fragmentados a mi cabeza.
—No sé… momentos raros. Gente entrando y saliendo constantemente de plantas privadas. Tarjetas abriendo habitaciones que no eran suyas.
Elara deja lentamente el tenedor sobre el plato.
—Yo también recuerdo cosas extrañas.
La observo un segundo.
—¿Como qué?
Ella tarda un momento en responderme.
—Recuerdo a Dorian intentando sacarte de una de las plantas del hotel.
Eso consigue que levante la cabeza.
—¿Qué?
—No estabais discutiendo exactamente, pero parecíais tensos. Luego apareció alguien hablando con él y tú desapareciste hacia la zona de los ascensores.
Intento recordar la escena y algo borroso aparece dentro de mi cabeza: Dorian sujetándome del brazo, música de fondo sonando bastante fuerte, una discusión masculina cerca de los ascensores y alguien pasando una carpeta oscura de una mano a otra mientras todo el mundo parecía demasiado nervioso.
—Aquella noche fue un caos absoluto —murmuro mientras me invade una sensación de incomodidad.
—Sí, aunque a veces tengo la sensación de que algunas cosas no fueron casualidad.
El comentario se queda flotando entre nosotras unos segundos, pero ninguna sigue tirando del hilo. Porque ahora mismo nuestros problemas sentimentales ya son suficientemente complicados por sí solos.
Cuando vuelvo a casa horas después sigue lloviendo. Me quito la chaqueta lentamente al entrar y dejo el bolso sobre la mesa

intentando no pensar demasiado en nada. Lo que es otra mala idea, porque el apartamento vuelve a parecerme raro sin Dorian. Abro uno de los armarios de la cocina y encuentro las galletas que compró para las náuseas. En la nevera me topo con la botella de zumo que dejó ayer y una nota escrita en un post-it amarillo pegado junto al microondas.

«No comas solo cereales otra vez.

Firmado: tu supervisor nutricional favorito».

Me quedo mirando el papel varios segundos y luego apoyo la frente contra la puerta de la nevera y cierro los ojos.

—Voy a matarlo —murmuro.

Pero justo en ese momento, el timbre suena. Frunzo el ceño y camino hasta la puerta descalza. Cuando abro, me encuentro con que Dorian está al otro lado con el pelo mojado por la lluvia, la camisa pegada al cuerpo y la expresión agotada. Al verlo así, algo se me encoge en medio del pecho.

Él me observa unos segundos antes de hablar.

—No sé hacer esto bien —me dice con tono cansado, pero totalmente sincero.

—Eso ya lo había notado —le respondo cruzándome de brazos.

Dorian baja la vista un segundo y suelta el aire lentamente. Por primera vez desde que empezó todo esto parece realmente perdido, no arrogante ni irónico, solo perdido.

—He intentado irme a casa y actuar como si pudiera dejar esta conversación para mañana —murmura pasándose una mano mojada por el pelo—. Pero no ha funcionado.

Lo observo unos segundos sin decirle nada, porque me ha hecho daño y sigo enfadada. Una parte de mí quiere cerrarle la puerta en las narices, pero otra parte recuerda su voz esta mañana preguntándome si había desayunado, la forma en que me miró durante la ecografía y el miedo real que había en su cara antes de marcharse.

—No estoy intentando huir, Elsie. Solo… no sé cómo hacer esto sin equivocarme todo el tiempo —dice antes de que le responda.

Me apoyo contra el marco de la puerta mirándolo en silencio. Luego suspiro lentamente y me echo a un lado.
—Entra antes de que acabes cogiendo una pulmonía.
Dorian levanta la vista hacia mí y durante un segundo veo algo parecido a alivio en su expresión y eso quizá resulta todavía peor que todo lo demás.
Dorian entra despacio, como si no estuviera seguro de tener derecho a hacerlo, y eso me irrita casi tanto como me ablanda.
—Estás empapado —murmuro cerrando la puerta.
—Ha sido una estrategia brillante por mi parte. Pensé que presentarme con aspecto miserable aumentaría mis posibilidades de supervivencia.
—No te confíes.
—No lo hago.
Se queda en mitad del salón, mojando mi suelo, con los hombros tensos y la mirada clavada en mí, aunque parece no saber dónde poner las manos.
Camino hasta el baño, cojo una toalla limpia y se la lanzo.
—Sécate antes de que me destroces el parqué.
—No sabía que te importara tanto el parqué.
—No me importa, pero me molesta que tengas razón cuando dices que mi apartamento intenta asesinarte.
Dorian atrapa la toalla y se la pasa por el pelo con una pequeña sonrisa.
—Gracias.
—No te emociones, que solo es una toalla, no un perdón.
Él asiente despacio.
—Lo sé.
Ese «lo sé» me deja sin ganas de seguir atacándole, porque no lo dice como una broma, ni como defensa.
—Has dicho algo horrible esta mañana —le digo cruzándome de brazos al sentarme en el sofá.
—Sí —me responde bajando la toalla lentamente.
—No puedes preguntarme qué quiero de ti como si yo estuviera pidiéndote una cosa absurda. No estoy exigiéndote que sepas ser

perfecto, solo trato de no sentirme sola dentro de algo que también es tuyo.
Su mandíbula se tensa, pero no aparta la mirada.
—Lo sé.
—Deja de decir «lo sé» si no vas a explicarme nada más.
Dorian suelta aire y deja la toalla sobre el respaldo de una silla.
—Me asusté.
La frase cae entre nosotros sin adornos y, por eso mismo, me descoloca.
—Ya lo había notado.
—No por el bebé —añade antes de que pueda responder—. O no solo por eso. Me asusté porque empezaste a hablar de apartamentos, calendarios y meses por delante y de repente entendí que esto no va a desaparecer, aunque yo me vaya una noche a beber con Brock.
Aprieto los labios y noto cómo algo dentro de mí se mueve.
—Eso tampoco es una gran revelación para mí.
—Pero para mí sí. Y no lo digo para justificarme, sino porque soy un idiota y a veces necesito llegar tarde a las conclusiones más obvias.
Una parte de mí quiere reírse, pero otra quiere llorar o quizá pegarle con la toalla mojada.
—No puedo ser tu campo de pruebas emocional —le digo a media voz.
Dorian se acerca un paso, pero se detiene antes de acercarse demasiado e invadir mi espacio.
—No quiero que lo seas.
—Pues esta mañana lo ha parecido.
— Esta mañana has empezado a hablar del futuro y me entró el pánico. No tengo una explicación más bonita.
El pecho se me encoge y me maldigo para mí porque está diciendo justo lo que no debería cuando sigo enfadada.
—Eso no arregla lo que has dicho.
—No.
—Ni significa que yo pueda confiar en que no vas a volver a salir corriendo la próxima vez que algo te supere.
—Tampoco.

Espero que haga una broma. Cualquier cosa que me permita volver a enfadarme con él, pero no la dice. Se limita a quedarse frente a mí, mojado, despeinado y con una honestidad incómoda que no sé qué hacer con ella.
—Entonces ¿qué hacemos? —le pregunto.
Él baja la vista un instante hacia mi vientre y luego vuelve a mirarme a los ojos.
—No lo sé todo. Pero lo único que tengo clara ahora mismo es que quiero intentarlo sin hacerte sentir que tienes que perseguirme.
—No pienso perseguirte —le digo.
—Bien.
—Ni convencerte.
—Perfecto.
—Ni esperar a que decidas si te apetece quedarte según el día.
Dorian asiente con seriedad.
—Eso también me parece razonable.
—Me estás dando la razón y eso me pone nerviosa.
Por fin se le escapa una risa pequeña.
—Estoy probando una técnica nueva. Se llama no empeorar la situación.
—Totalmente revolucionaria…
—Brock no la aprobaría.
Se me escapa una carcajada sin que pueda evitarlo y me odio un poco por ello. Dorian lo nota, pero esta vez no sonríe como si hubiera ganado algo. Solo respira con un poco más de calma.
Me recuesto en el sofá porque de pronto estoy agotada y él se queda de pie, esperando a que yo marque la distancia, algo totalmente nuevo para él.
—Puedes sentarte —murmuro.
—¿Seguro?
—No te pongas prudente ahora. Me confunde.
Se sienta en el extremo contrario del sofá, dejando espacio entre los dos y ese hueco dice más que muchas disculpas. Porque lo deja ahí para mí y para que sea yo la que decida.
Durante un rato no hablamos. No resulta cómodo, pero tampoco incómodo. Solo estamos cansados, con la lluvia cayendo fuera y una

toalla mojada abandonada sobre mi silla.
—He encontrado tu post-it en la nevera —digo al final.
Dorian gira la cabeza hacia mí.
—¿El de los cereales?
—Sí.
—Solo era una intervención nutricional.
—No, eso era una amenaza pasivo-agresiva.
—También —ser ríe.
Miro hacia la cocina y luego vuelvo a mirarlo.
—Eso es lo que más rabia me da —admito.
—¿El post-it?
—No, que estás por todas partes.
Su expresión cambia un poco.
—Elsie…
—En mi cocina, en mis mensajes, en mi nevera, en las citas médicas, en mi cabeza. Y cuando dices algo como lo de esta mañana, me doy cuenta de que has entrado mucho más de lo que yo pensaba y que ahora no sé cómo sacarte sin tener la sensación de que pierdo algo.
Dorian se queda muy quieto y yo también, porque no pensaba decir eso de forma tan clara ni tan pronto. Él traga saliva y por primera vez desde que lo conozco parece no tener nada para defenderse preparado.
—No quiero que tengas que sacarme —murmura.
—Entonces aprende a quedarte sin convertir cada paso en una emergencia.
Dorian asiente despacio.
—Voy a intentarlo.
—Eso no es una promesa perfecta.
—No sé hacer promesas perfectas.
—Mejor, porque las perfectas suelen ser mentira.
—Pero sí puedo prometerte que no voy a desaparecer porque esto deje de ser fácil.
Me quedo mirándolo, aunque todavía no me lo creo del todo, pero deseo creerle y eso ya es un problema enorme.

—Puedes quedarte esta noche —digo al final, mirando hacia la mesa para no mirar su cara—. En el sofá.
Dorian tarda un segundo en responder.
—El sofá intenta romperme la espalda.
—Es eso o la calle.
—Entonces… el sofá suena maravilloso.
Me levanto antes de que me ablande más de la cuenta y camino hacia el dormitorio para buscar una manta. Cuando vuelvo, Dorian sigue en el mismo sitio, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada. Parece enorme en medio de mi salón pequeño, pero también parece cansado y fuera de lugar.
—No ronques —le advierto dejándole la manta sobre el regazo.
—No ronco.
—Eso dicen todos los hombres antes de arruinar noches ajenas.
—Rogers…
Nos miramos un instante y algo parecido a una sonrisa aparece entre los dos, imperfecta y bastante triste. No estamos bien, ni reconciliados, ni seguros, pero está dentro de mi apartamento y yo he sido quien ha abierto la puerta.
Me doy la vuelta para irme al dormitorio, aunque antes de cruzar el pasillo me detengo.
—Dorian.
Él levanta la vista.
—¿Sí?
Trago saliva y apoyo una mano en el marco de la puerta.
—Mañana hablaremos de lo que ha pasado. Sin huir.
—Sin huir —repite asintiendo con la cabeza.
Yo también asiento antes de entrar en mi habitación y cerrar la puerta despacio. Al otro lado, escucho a Dorian moverse por el salón unos segundos y entonces el apartamento vuelve a quedarse en calma, pero ahora ya no lo siento vacío.

Capítulo 17

Dorian

Despertarme en el sofá de Elsie Rogers debería resultar incómodo, provisional y ligeramente humillante. El problema es que solo resulta incómodo.

Abro un ojo y tardo varios segundos en recordar dónde estoy. El techo no es el de mi ático, el ruido de la calle se oye más fuerte de lo habitual en mi casa y mi espalda acaba de informarme de que este sofá no fue diseñado pensando en hombres de un metro noventa.

Me incorporo despacio y noto la manta que ella me dejó anoche cayéndome hasta la cintura. La miro unos segundos y veo que es una manta vieja, suave, de un color indefinido entre gris y un color indeterminado, que dejó de tener nombre hace años. Huele a detergente, a ella y a una tranquilidad que no sé si me pertenece, pero que empieza a gustarme cada vez más.

«No estamos bien», pienso mientras me paso una mano por la cara. Pero sigo aquí y eso ya es bastante nuevo.

Me levanto intentando no hacer ruido, aunque el sofá cruje de forma absolutamente ofensiva. Camino hasta la cocina y me quedo observando sus armarios con la sensación de estar entrando en territorio hostil. Elsie tiene el tipo de cocina en la que nada está donde debería estar. Las tazas viven lejos de los platos, las cucharas aparecen en un cajón aparte del resto de cubiertos y la cafetera parece decidida a castigar a cualquiera que no haya nacido en Brooklyn. Aun así, preparo café. Mal, pero lo preparo…Tengo la

certeza de que algo no va bien en cuanto el líquido empieza a salir con un color demasiado oscuro y una densidad demasiado espesa.
—Perfecto —murmuro—. Café con textura...
Estoy buscando azúcar cuando escucho su voz desde el pasillo.
—¿Estás intentando envenenarme o solo matar a mi cafetera?
Me giro y veo a Elsie aparece con una camiseta enorme, el pelo revuelto y cara de mujer que acaba de despertarse dispuesta a pelear con quien se le ponga a tiro. Está descalza, medio dormida y preciosa de una forma que me borra cualquier comentario inteligente.
—Estoy preparando café —respondo levantando la taza.
—Eso no es café. Eso es petróleo —afirma observando el contenido.
—Digamos que es un café con carácter.
—Como mínimo debe tener antecedentes penales.
Cuando pasa a mi lado, me quita la taza de la mano. El roce de sus dedos contra los míos dura apenas un segundo, pero mi cuerpo se acuerda de demasiadas cosas demasiado rápido. Anoche, después de la pelea, no la toqué, dormí en el sofá y respeté las distancias. Eso debería hacerme sentir noble. En lugar de eso, me siento como un adolescente idiota intentando no mirar las piernas de una mujer embarazada que lleva una camiseta mía, porque al parecer mi vida ha decidido volverse una comedia cruel.
—Esa camiseta es mía —digo antes de poder evitarlo.
Elsie baja la vista hacia la prenda.
—La encontré en el sofá.
—Eso no explica por qué la llevas puesta.
—Es cómoda —suelta encogiéndose de hombros.
—Rogers, eso suena peligrosamente a convivencia.
Ella me apunta con la cucharilla.
—No te emociones. Solo estoy aprovechando recursos textiles abandonados.
—Me siento utilizado.
—Bienvenido a la vida adulta.
Se mueve por la cocina arreglando el desastre que he provocado con la cafetera y yo me quedo apoyado contra la encimera observándola.

No digo nada y me limito a observarla, algo que también es nuevo para mí.
Antes, cuando miraba a Elsie, pensaba en besarla, provocarla o quitarle la ropa antes de que volviera a insultarme. Ahora, en cambio, pienso en que sabe exactamente dónde está cada cosa, en que frunce la nariz cuando el café le sale bien y en que mi camiseta le queda mejor a ella que a mí. Esto empieza a ser gravísimo.
—Deja de mirarme así —murmura sin girarse.
—No estoy haciendo nada.
—Eso es lo sospechoso.
Sonrío un poco.
—¿Has dormido?
—Sí.
—¿De verdad?
Elsie deja la cafetera sobre el fuego y me mira por encima del hombro.
—Dorian, no puedes vigilar mis horas de sueño mientras destrozas mi cocina.
—Puedo hacer varias cosas mal a la vez.
Eso le arranca una carcajada, que no dura mucho, pero me basta para respirar mejor durante unos minutos, porque media hora después discutimos por espacio en el baño.
Ella intenta lavarse la cara mientras yo busco mi cepillo de dientes, que ha desaparecido, probablemente devorado por sus cremas hidratantes.
—No puedes ocupar todo el lavabo —protesta Elsie empujándome con la cadera.
—Tengo hombros anchos. Es una condición genética, no puedo hacer nada —le suelto encogiéndome de hombros.
—Tienes ego con articulaciones.
Me aparto unos centímetros y ella se inclina para coger una crema. Su brazo roza el mío, su pelo me toca la mandíbula y durante un segundo el baño se vuelve demasiado pequeño. Elsie también lo nota, se queda quieta y yo bajo la vista hacia su boca.
—No —murmura.
—No he dicho nada.

—Pero ibas a hacerlo con la cara.
—Mi cara tiene autonomía limitada.
Ella resopla, aunque no se aparta enseguida y eso me deja tocado para el resto de la mañana.
Después me voy a una reunión y me descubro enviándole mensajes cada vez que mi cabeza se escapa del trabajo.

Dorian:
He investigado sobre quesos
prohibidos durante el embarazo.
Esto parece una dictadura láctea.

Elsie:
Trabaja.

Dorian:
Estoy trabajando…
En nuestra supervivencia nutricional.

Elsie:
La palabra «nuestra» te está quedando grande.

Dorian:
Pero la llevo con elegancia.

Elsie no responde durante diez minutos.

Elsie:
He comido.

Me quedo mirando esas dos palabras como un idiota, mientras Brock, sentado al otro lado de la mesa de reuniones, me observa con una sonrisa repugnante.
—Te ha escrito.
Bloqueo el móvil.
—Métete en tus asuntos.
—Esa cara solo puede significar dos cosas: sexo o carbohidratos. Y como estás en una reunión conmigo, voy a apostar por los carbohidratos.
—Estás enfermo.
—Solo me mantengo atento al desarrollo de tu crisis doméstica.
No le contesto porque, sinceramente, no sé cómo defenderme.

Las siguientes semanas transcurren de una forma rara: sin que nadie decida nada y, al mismo tiempo, cambiándolo todo. Dejo una camisa en su apartamento, luego unas zapatillas, un cargador, un libro sobre embarazo que intento esconder debajo del sofá y que Elsie encuentra en menos de veinticuatro horas.
—¿Esto es tuyo? —me pregunta levantándolo con dos dedos.
—No.
—Dorian.
—Quizá Brock lo compró.
—¿Brock te ha comprado un libro llamado *Embarazo sin perder la cabeza*?
—Podría ser una broma —disimulo encogiéndome de hombros.
Elsie se queda mirándome.
—Lo has subrayado.
—Sí. Me fiaba más del papel que de internet.
Intenta no reírse, pero fracasa y yo descubro que su risa empieza a convertirse en una recompensa peligrosa para mí.
Unas semanas después la acompaño a otra revisión médica. Esta vez no llego tarde, no hago bromas sobre la sala de espera y no finjo que el folleto de lactancia es un menú de restaurante experimental. Supongo que empiezo a estar preparado y sé comportarme… Hasta que escucho el latido. El sonido llena la consulta y me deja completamente quieto. Elsie mira la pantalla con los ojos brillantes y yo noto que algo dentro de mí se queda sin sitio donde esconderse. Ya no es una idea, ni una consecuencia, ahora es real, tiene un corazón y un cuerpecito y una parte de él es mía.
—Vale —digo soltando aire muy despacio—. Perfecto. Genial. Ahora hay oficialmente un mini ser humano con mi ADN. Fantástico.
Elsie se ríe con ganas. Yo la miro y su risa me salva de hacer algo mucho peor.
—Estás blanco —susurra ella.
—Acabo de escuchar un corazón diminuto funcionando dentro de ti. Creo que tengo derecho a decir estupideces durante unos minutos.
Cuando salimos de la clínica, Elsie me coge la mano en la calle sin decir nada. Solo un momento, pero yo lo siento durante todo el día. Esa noche acabo otra vez en su apartamento. No sé en qué punto

exacto hemos dejado de fingir que mis visitas son excepcionales, pero ahora tengo una bolsa con comida en una mano y las llaves del coche en la otra mientras Elsie abre la puerta en pijama y con cara de haber sobrevivido a una jornada laboral horrible.
—Traigo cena —anuncio.
—Si es algo con quinoa, puedes volver a irte.
—No vuelvas a insultarme así.
Ella coge la bolsa y revisa el contenido.
—Pasta.
—Con verduras.
—Has escondido verduras debajo de queso.
—Estoy aprendiendo a negociar contigo.
—Eso ha sonado casi paternal.
—Retiro lo dicho, entonces. He comprado queso.
Entramos en la cocina y en menos de diez minutos estamos discutiendo por el espacio, por el orden de los cubiertos y por si mi forma de cortar el tomate constituye un delito.
—Dame el cuchillo —me ordena Elsie estirando la mano.
—Tengo esto controlado.
—Dorian, estás haciendo sufrir al tomate.
—Es un tomate fuerte.
Ella intenta quitármelo y acabamos pegados frente a la encimera, con su espalda contra mi pecho y mi mano todavía sobre el cuchillo. La cocina es pequeña y mi paciencia, en ese momento, mucho más. Así que inclino la cabeza y le beso el cuello.
—Estamos haciendo la cena —me advierte cerrando los ojos un instante al notar el roce de mis labios sobre su piel.
—El tomate puede esperar.
—Nuestro hijo necesita nutrientes.
—Nuestro hijo necesita padres menos tensos.
Ella suelta una risa entrecortada y esa mezcla de humor y deseo me empuja justo al lugar del que llevo todo el día intentando mantenerme lejos. La giro despacio hacia mí sin prisa con la necesidad absoluta de besarla hasta que deje de pensar. Elsie me agarra de la camiseta y tira de mí y eso basta. La beso y ella me responde enseguida, abriendo los labios bajo los míos con una

impaciencia que me enciende por completo. Mis manos bajan hasta sus muslos y la siento sobre la encimera mientras su respiración se rompe contra mi boca.
—Esto es culpa tuya —murmura ella.
—Siempre me das mucho poder en tus malas decisiones.
—No te acostumbres.
—Llegas tarde para eso.
Le beso el cuello, la línea de la mandíbula y el hombro que su pijama ha dejado al descubierto. Ella me pasa las manos por el pelo y tira lo justo para hacerme perder el hilo de cualquier pensamiento útil. Justo en ese momento, la bolsa de comida cae al suelo, una cuchara termina en algún sitio debajo de la mesa y Elsie se ríe contra mi boca cuando intento apartar un recipiente sin dejar de besarla.
—Tu cocina me odia —murmuro.
—Mi cocina tiene criterio.
—Tu cocina está celosa.
Ella vuelve a reírse y luego me besa de una forma que me deja sin bromas. Ahí cambia todo. El deseo sigue ahí. Está en sus piernas alrededor de mi cintura, en mi mano bajo su pijama y en cómo se le calienta la piel cada vez que la toco.
Pero también hay una confianza absurda, una comodidad nueva y la sensación de que no estamos usando el deseo para esquivar lo que sentimos, sino para acercarnos un poco más.
La llevo hasta el sofá, porque la encimera es pequeña y porque mi autocontrol lleva rato dando pena. Caemos entre cojines entre risas. Elsie se queda encima de mí un momento y me mira con el pelo cayéndole alrededor de la cara.
—¿Qué? —pregunta.
—Nada.
—Eso nunca es nada contigo.
Le aparto un mechón de la mejilla.
—Estaba pensando que podrías dejar de estar tan guapa en momentos logísticamente complicados.
—Qué forma tan rara de pedir sexo.
—Estoy evolucionando. Dame margen.

Me besa antes de que pueda añadir nada más y lo que ocurre después no tiene el ansia salvaje de antes. Tiene algo más difícil de soportar. Nos tocamos con deseo, sí, pero también con una atención que me deja más expuesto que cualquier desnudez. Le quito la camiseta despacio, ella me desabrocha los pantalones con manos rápidas y torpes y durante unos minutos solo existen su boca, su piel y la forma en que vuelve a buscarme cada vez que me separo un centímetro. Cuando entro en ella, Elsie hunde la cara en mi cuello y me agarra de los hombros. Me quedo quieto un segundo solo para sentirla y entender que esto ya no se parece a ninguna otra vez.

—Dorian… —murmura con la voz rota.

Empiezo a moverme despacio, pegado a ella, besándole la boca cada vez que la respiración nos deja. Sus manos recorren mi espalda, mis hombros y mi nuca. Las mías no saben dónde quedarse, porque quiero tocarla entera y, al mismo tiempo, no quiero perderme ni una reacción de su cara.

Ella se ríe una vez, muy bajito, cuando el sofá cruje bajo nosotros.

—La cama habría sido más digna —susurra.

—Mi dignidad murió en tu baño esta mañana.

—Eso fue por intentar usar mi crema facial.

—Era hidratante. Parecía universal.

La risa se nos mezcla con otro beso y después ya no hablamos mucho más, porque nuestros cuerpos acaban diciendo mejor lo que ninguno sabe pronunciar.

Elsie se mueve conmigo, contra mí, alrededor de mí, hasta que el placer le cambia la cara y yo pierdo cualquier intención de ir despacio. La beso cuando llega, sintiendo cómo tiembla bajo mis manos, y la sigo poco después con la frente apoyada contra la suya y el nombre de ella saliéndome de la boca sin ningún tipo de defensa.

Después nos quedamos enredados en el sofá piel con piel y sin hacer una broma para cortar el momento. Elsie tiene una pierna sobre las mías, la camiseta del pijama abandonada en el suelo y la cabeza apoyada contra mi pecho. Yo le acaricio la espalda despacio, todavía intentando recuperar el aire.

Elsie sigue encima de mí, medio dormida, con una pierna sobre las mías y la respiración tranquila contra mi pecho.
«Podría acostumbrarme a esto».

Capítulo 18

Elsie

Descubro que comprar cosas para el bebé junto a Dorian Griffiths es una experiencia cercana al colapso nervioso exactamente doce minutos después de entrar en una tienda infantil del Upper East Side y verlo discutir con una dependienta sobre la seguridad estructural de una cuna.
—No digo que vaya a romperse —le aclara él señalando una esquina de madera con gesto serio—. Solo digo que si un adulto de mi tamaño se apoyara aquí con suficiente fuerza, esto cedería.
La mujer lo mira horrorizada.
—Señor, los adultos no deberían meterse dentro de la cuna.
—Eso suena poco inclusivo por su parte.
Me tapo la cara con una mano mientras intento no reírme.
—No le hagas caso —le digo a la dependienta—. Lleva semanas leyendo foros de padres primerizos y ahora cree que es ingeniero infantil.
—Solo estoy investigando.
—Ayer buscaste «¿Puede un bebé desarrollar traumas por colores agresivos?» a las tres de la mañana.
Dorian se gira hacia mí lentamente.
—Porque el naranja de aquella habitación era ofensivo.
—No era naranja, era melocotón —le aclaro.
—Para nada, ese color provocaba ansiedad cromática.
La dependienta decide abandonar la conversación y se aleja hacia otra pareja, mientras yo sigo caminando entre minicamisetas,

peluches y muebles absurdamente caros.
La verdad es que todavía no entiendo cómo hemos llegado aquí. Hace unas semanas Dorian solo era una mala decisión para mí y ahora está comparando cosas para nuestro bebé con la concentración de un experto negociador en acuerdos internacionales. Eso debería asustarme más de lo que me asusta.
—Este cochecito parece preparado para sobrevivir a una guerra —comenta él levantando uno negro enorme.
—También pesa como un tanque.
—Nuestro hijo merece suspensión de calidad.
—Nuestro hijo ni siquiera ha nacido todavía.
Dorian arquea una ceja.
—Precisamente por eso tenemos tiempo para tomar buenas decisiones.
La frase entra en mi cabeza y noto algo raro dentro del pecho, porque ya no habla del bebé como una consecuencia absurda de aquella boda. Habla como alguien que ya se imagina formando parte de todo esto dentro de unos meses y eso me descoloca por completo. Intento dejar de pensar en ello mientras sigo mirando ropa diminuta que parece diseñada para bebés ejecutivos de Manhattan.
—No pienso ponerle un mono con orejas de oso —le advierto.
—Cobarde.
— Eso parece un disfraz capaz de traumatizar a un niño.
—Es adorable.
—Dorian, solo mide veinte centímetros.
—Y ya tiene mejor armario que Brock.
Eso me arranca una carcajada y él sonríe un poco al escucharla. Últimamente pasa mucho. Me observa como si cada carcajada mía fuera una pequeña victoria personal y odio profundamente lo bien que me hace sentir eso.
Dos horas después terminamos cargados de bolsas, una manta absurdamente suave que Dorian insistió en comprar porque «un bebé necesita buenos tejidos» y veinte minutos de discusión sobre nombres horribles para el bebé.

—No pienso llamar a mi hijo Alexander —le digo mientras salimos a la calle.
—¿Por qué no? Es elegante.
—Porque parece el nombre de un hombre que demanda restaurantes por servir el vino a temperatura incorrecta.
—Es un motivo razonable.
—Tú demandarías restaurantes por diversión —añado negando con la cabeza.
—Solo si se lo merecen.
Empieza a llover ligeramente mientras caminamos por Manhattan y Dorian me quita automáticamente dos bolsas de la mano antes de que pueda protestar. El gesto le sale tan natural que ya ni siquiera discutimos por ello. Eso también me da miedo.
—¿Y qué nombres te gustan a ti? —me pregunta mientras esperamos a que el semáforo cambie a verde para cruzar la calle.
—No lo sé todavía.
—Rogers, llevas semanas rechazando todos los míos.
—Porque todos suenan a directores ejecutivos o a villanos de película.
—Eso es falso. Ethan era normal.
—Ethan suena a chico que hace *paddle surf* y tiene podcast.
Dorian se queda callado dos segundos.
—Ahora me cae mal Ethan.
Me río otra vez y él me mira de reojo con esa expresión que últimamente aparece cada vez más. Menos chulesca. Más tranquila. Y precisamente por eso mucho más peligrosa.

El grupo está reunido en el Lumière esa noche y Brock tarda aproximadamente ocho segundos en volver insoportable la conversación.
—Quiero dejar claro que pienso ser el padrino favorito de ese niño.
Devon levanta lentamente la vista desde su copa.
—Eso implicaría que algún adulto irresponsable te deje acercarte a un recién nacido.
—Tengo muchísimas cualidades paternales.
—Has perdido tres teléfonos este mes —le recuerda Amara.

—Eso solo demuestra mi capacidad de adaptación.
Elara se ríe apoyando la barbilla en la mano.
—Yo solo quiero presenciar el momento en que Dorian descubra que los bebés lloran también de madrugada.
—Ya lo sabe —intervengo antes de que él responda—. Lleva semanas viendo vídeos educativos.
Todos giran la cabeza hacia Dorian.
—Hostia —murmura Brock llevándose una mano al pecho—. Ya está completamente perdido.
—No estoy perdido.
—Además, subrayó un libro —añado.
—Esto es peor de lo que imaginaba —afirma Brock llevándose la mano al pecho con teatralidad.
Dorian me lanza una mirada asesina.
—Tú prometiste que eso iba a quedar entre nosotros.
—No. Lo que prometí fue no hacer fotos.
—¿Y las hiciste?
—Quizá —me encojo de hombros mientras hablo.
Amara se ríe bajito mientras Devon niega con la cabeza como un hombre agotado por la humanidad.
—No entiendo cómo habéis conseguido volver doméstico a Griffiths. Hace seis meses ese hombre consideraba compartir cepillo de dientes una violación de los derechos humanos.
—Sigo pensándolo —protesta Dorian.
—Mentira —le digo automáticamente—. Hace semanas que dejaste un cepillo en mi apartamento.
Toda la mesa estalla en carcajadas.
—Cuestión de practicidad —se defiende él.
—Lo que tú digas —respondo divertida.
Dorian abre la boca para responderme, pero entonces algo cambia en el ambiente. Porque Max, que llevaba varios minutos distraído mirando el móvil, levanta la cabeza de golpe hacia la entrada del restaurante y se queda completamente quieto. Sigo su mirada y veo que una mujer acaba de entrar en el Lumière. Es morena, elegante y tiene una presencia que hace que varias personas se giren al verla. Es Diana. No la conozco bien, porque apenas la he visto un par de

veces, pero reconozco inmediatamente la tensión que aparece en Max al verla.
Su mandíbula se endurece y los músculos de su espalda también. Y por primera vez desde que lo conozco deja de parecer tranquilo. Ella también lo ve. Solo dura un instante, pero resulta suficiente. Diana aparta la mirada primero y continúa caminando hacia otra mesa del restaurante mientras Max baja lentamente la vista hacia su copa.
Nadie dice nada. Ni Brock, ni Devon, ni siquiera Elara. Eso me llama muchísimo la atención, porque este grupo comenta absolutamente todo.
Dorian nota que estoy observando a Max y acerca un poco más su silla a la mía debajo de la mesa.
—No digas nada ahora —murmura cerca de mi oído.
—¿Tan grave es?
—Más bien… complicado.
Vuelvo a mirar a Max y tengo clarísimo que ahí hay una historia importante que ninguno se atreve a nombrar todavía. Por suerte, unos segundos después, Elara cambia de tema antes de que el ambiente se vuelva más raro.
—Bueno, volviendo a temas menos traumáticos… sigo pensando que Griffiths va a convertirse en uno de esos padres insoportablemente protectores.
—Eso es ridículo —protesta Dorian.
—Ayer discutiste con una mujer en una tienda, porque el peluche tenía ojos «emocionalmente inquietantes» —le recuerdo.
—Parecía poseído.
—Era un conejo de peluche —añado.
—Era un demonio textil.
Las risas vuelven a la mesa y el ambiente se relaja otra vez, pero algo sigue flotando dentro de mí después de observar a Max. Porque por primera vez entiendo que todos nosotros estamos jugando a construir algo mientras arrastramos historias que todavía pueden explotarnos en la cara.
Más tarde, cuando salimos del restaurante, Manhattan sigue húmeda por la lluvia y Dorian me coloca automáticamente la chaqueta mejor sobre los hombros.

—Empiezas a resultar peligrosamente eficiente cuidándome —murmuro mientras caminamos hacia el coche.
—Estoy desarrollando habilidades nuevas.
—Eso da miedo.
—A mí también.
Subimos al coche y durante unos minutos conduce por la ciudad hablando de tonterías, de nombres imposibles y de cómo Brock acabaría enseñándole palabrotas al bebé antes de los tres años.
—No pienso dejarlo solo con Brock hasta que tenga edad legal para defenderse —afirma Dorian.
—Eso es bastante razonable.
Él sonríe un poco y luego se queda callado unos segundos.
—He estado pensando que quizá deberíamos mirar apartamentos más grandes después del verano.
La frase la dice de forma tranquila y natural. Sin drama y sin darse cuenta siquiera de lo que implica. Yo giro lentamente la cabeza hacia él y veo que sigue conduciendo con una mano sobre el volante de forma relajada.
—Brooklyn empieza a quedarse pequeño —continúa—. Y necesitaríamos una habitación más. También deberíamos buscar algo en una buena zona escolar.
Mientras le escucho, me quedo completamente quieta, porque ni siquiera está planteándolo como una posibilidad lejana. Está hablando de futuro, del nuestro, y lo hace como alguien que ya se imagina dentro.
Dorian nota mi cara unos segundos después y me mira de reojo.
—¿Qué?
—Nada.
—Rogers…
Trago saliva y aparto la vista hacia las luces de Manhattan al otro lado de la ventanilla.
—Solo… me sorprende escucharte hablar así.
—¿Así cómo?
—Como alguien que piensa quedarse.
Dorian tarda un segundo en responderme.
—Supongo que porque quiero hacerlo.

El pecho se me aprieta tan fuerte que tengo que mirar hacia otro lado inmediatamente, porque lo peor de todo no es escucharlo decir eso sino la felicidad absurda que siento al oírlo.

Cuando horas después estamos en mi cama, la habitación está oscura, la lluvia sigue golpeando suavemente las ventanas y Dorian duerme medio pegado a mí, con un brazo alrededor de mi cintura y la respiración relajada contra mi cuello. Últimamente dormimos juntos, nos despertamos juntos, discutimos por el café, por muebles para el bebé y por nombres horribles. Vivimos dentro de una especie de rutina improvisada que empezó como un accidente y que ahora ya se parece demasiado a una vida real.
Me muevo un poco y Dorian abre un ojo automáticamente.
—¿Qué pasa?
—Nada. Vuelve a dormirte.
—¿Estás bien?
Asiento despacio y él se acerca más a mí casi dormido, enterrando la cara contra mi pelo. Me quedo quieta escuchando su respiración y entiendo que lo peor no es enamorarme de Dorian Griffiths, sino que ya no puedo imaginarme nada de esto sin compartirlo con él.

Capítulo 19

Dorian

Descubro que Alistair Hudson tiene una habilidad irritante para soltar frases que parecen inofensivas y quedarse después dentro de la cabeza durante horas. Exactamente eso ocurre un martes por la tarde, en una reunión en la empresa, que en teoría debería girar alrededor de contratos, inversiones y cifras millonarias y que acaba convirtiéndose en una crisis emocional encubierta sin que entre en los planes de nadie.

—La gente como nosotros siempre encuentra la forma de arruinar lo que más le importa —comenta Alistair mientras revisa unos documentos sentado frente a mí al otro lado de la mesa de la sala de reuniones.

Lo dice tranquilo, sin dramatismo y sin siquiera mirarme directamente. Precisamente por eso la frase resulta peor.

—Qué conversación tan esperanzadora —le respondo levantando la vista hacia él con lentitud.

—Solo digo que el autocontrol deja de servir cuando las cosas importan de verdad.

Sigo observándolo unos segundos y veo cómo continúa leyendo el contrato con la calma propia de alguien acostumbrado a pensar demasiado antes de hablar. Alistair nunca parece alguien que se mueva por las emociones y eso vuelve sus comentarios todavía más incómodos.

—¿Eso era sabiduría empresarial o intentas arruinarme la tarde deliberadamente? —pregunto apoyándome contra el respaldo de la

silla.
—Llámalo experiencia —me responde permitiendo que aparezca una sonrisa mínima en su boca.
No le respondo, aunque tampoco hace falta. Porque el problema es que la frase ya ha encontrado sitio dentro de mi cabeza.
La reunión termina veinte minutos después, pero yo sigo exactamente igual de alterado cuando salgo del edificio y subo al coche. Manhattan está cubierta por una capa fina de humedad, que convierte las avenidas en un reflejo interminable de luces rojas y amarillas. Normalmente eso me ayudaría a despejarme un poco, pero hoy no, hoy solo consigo pensar en Elsie, en su apartamento, en la ecografía y en cómo hablamos de apartamentos, horarios médicos y nombres absurdos para el bebé como si todo esto fuera estable y como si yo también lo fuera.
Aprieto una mano sobre el volante mientras el tráfico avanza lentamente y durante un instante aparece una imagen que llevaba años sin cruzarse por mi cabeza: mi padre llegando tres días tarde a mi cumpleaños con una sonrisa perfecta y un reloj carísimo en la muñeca, mientras mi madre y yo fingíamos que no pasaba nada. Mi padre no era un mal hombre, de hecho, eso sería más fácil de gestionar para mí. El problema de mi padre es que era inconsistente. Aparecía muchísimo cuando quería sentirse importante y desaparecía en cuanto algo le exigía que estuviera presente. Él era el de las promesas a medias, la presencia intermitente y el cariño de cara a la galería.
De pronto me doy cuenta de algo que me deja el estómago completamente cerrado y es que empiezo a reconocer cosas suyas en mí. Cuando llego al apartamento de Elsie estoy agotado de mi propia cabeza. Ella abre la puerta descalza y en cuanto me ve, sonríe ligeramente.
—Tienes cara de querer demandar a alguien.
—Ha sido un día largo —disimulo, entro y dejo las llaves sobre la mesa mientras ella vuelve hacia la cocina.
—He pedido comida —me informa—. Porque no confío en tu capacidad culinaria después del incidente del café tóxico.
—Aquello fue una experiencia sensorial intensa.

—Aquello parecía alquitrán caliente.
Normalmente eso me habría hecho gracia enseguida, pero hoy tardo más en reaccionar y Elsie lo nota.
—¿Qué te pasa? —me pregunta girándose hacia mí.
—Nada.
—Otra vez esa respuesta no.
Me aflojo la corbata lentamente mientras intento disimular.
—Solo estoy cansado.
Ella me observa unos segundos más antes de suspirar.
—Vale. Pues intenta no asesinar emocionalmente a nadie esta noche.
La frase pretende ser una broma, pero me golpea de lleno por razones que ella no entiende y porque exactamente eso es lo que empiezo a temer que puede suceder.
La cena transcurre entre bromas a medias y varios intentos míos de parecer relajado, aunque fracaso por completo, pero me esfuerzo en disimularlo tanto como puedo. Un rato después, Elsie termina sentada en el suelo del salón rodeada de bolsas y cajas abiertas mientras revisa ropa diminuta para el bebé.
—No entiendo cómo algo tan pequeño necesita tantas cosas —murmura levantando unos calcetines absurdamente minúsculos.
La observo desde el sofá y me parece que está preciosa y feliz, aunque esa felicidad empieza a darme miedo de verdad.
—Mira esto —dice enseñándome un pijama ridículo con estrellas—. Es horrible.
—Es diminuto. Por tanto, automáticamente resulta adorable.
Ella sonríe mientras sigue organizando cosas a su alrededor. Después, coge otra caja.
—Creo que voy a mover la estantería al dormitorio para hacer espacio.
La frase parece completamente normal, pero en cuanto la escucho noto algo que se tensa dentro de mí. Porque ya no estamos hablando solo de mover muebles o de hacer espacio en un apartamento. Ahora hablamos de habitaciones, de futuro y de una vida donde se supone que yo voy a quedarme.
Elsie levanta la vista enseguida.

—¿Qué?
—Nada.
—Dorian.
Me paso una mano por la nuca intentando bajar la presión que empieza a acumularse dentro de mi pecho.
—No hace falta reorganizar todo ahora mismo.
Ella frunce ligeramente el ceño.
—Solo quiero mover una estantería para que quepan mejor las cosas.
—Ya, pero llevamos semanas hablando de habitaciones, apartamentos y escuelas como si todo estuviera decidido ya.
El ambiente cambia inmediatamente y Elsie deja la caja en el suelo despacio.
—¿Perdona?
—Solo digo que quizá estamos yendo muy rápido.
—Estoy embarazada de casi cinco meses. Claro que esto va rápido.
Sé que tiene razón y ese es precisamente el problema, porque cuanto más real se vuelve todo, más miedo tengo de convertirme exactamente en el hombre que nunca quise parecerme.
—No puedes ponerte raro cada vez que hablamos del futuro —continúa ella levantándose del suelo.
—No me estoy poniendo raro.
—Claro. Por eso llevas dos horas con cara de hombre al que acaban de decir que su vida va a complicarse muchísimo.
Aprieto la mandíbula.
—Quizá no deberías dar por hecho ciertas cosas todavía.
Elsie se queda quieta.
—¿Qué significa eso exactamente?
No respondo enseguida y ella lo interpreta todavía peor.
—Hostia… —murmura soltando aire lentamente—. ¿En serio estamos otra vez aquí?
—No estoy diciendo eso.
—Entonces explícate mejor.
La presión dentro de mi pecho empieza a crecer otra vez y ya no sé distinguir qué parte es miedo y qué parte es puro instinto de huida.
—No sé si soy la persona que crees que soy —suelto al final.

El daño aparece en su cara inmediatamente y eso me destruye más rápido que si hubiera pegado un grito, porque Elsie no parece enfadada, sino decepcionada.
—Yo nunca te he pedido que seas perfecto —dice bajando la voz—. Solo te he pedido que dejaras de actuar como si quedarte fuera una condena.
—No entiendes lo que intento decir.
—No, Dorian. El problema es que sí lo entiendo.
Da un paso atrás y ese gesto me duele más que cualquier discusión que hayamos tenido.
—Llevas semanas construyendo algo conmigo y cada vez que empiezas a sentir que es de verdad te entra el pánico.
—No es tan simple.
—Claro que lo es. Te asusta quedarte.
—¿Y a ti no te asusta depender de alguien que puede decepcionarte?
La pregunta me sale más agresiva de lo que pretendía y Elsie parpadea lentamente.
—Por supuesto que me asusta —responde—. La diferencia es que yo no utilizo ese miedo para destrozar todo cada vez que empiezo a ser feliz.
Su frase me atraviesa el pecho, porque de nuevo tiene razón.
Miro alrededor del apartamento y de pronto veo pruebas de mí por todas partes: mi cargador junto al sofá, una sudadera encima de una silla, libros, cajas abiertas, ropa diminuta del bebé… Vida, rutina y algo parecido a hogar. Sin embargo, mi primera reacción ante todo eso ha sido entrar en pánico exactamente igual que mi padre. La sensación me deja sin aire.
Elsie me observa unos segundos más esperando algo, quizá una explicación, una solución o cualquier cosa, pero no tengo ninguna, porque cuanto más la quiero, más miedo tengo de arruinarle la vida.
—Dorian… di algo.
Abro la boca, pero no sale nada. Elsie baja la vista un instante y cuando vuelve a mirarme noto que algo acaba de cerrarse dentro de ella.
—Vale —murmura asintiendo despacio—. Ya está.

—Elsie…
—No. No vuelvas a intentar arreglarlo ahora.
Da media vuelta y empieza a recoger las cajas del suelo con movimientos rápidos.
—No quiero pelear contigo —le digo a media voz y ella se ríe sin humor.
—Pues felicidades. Porque creo que acabas de pelear exactamente solo.
Me acerco un paso hacia ella.
—No estoy intentando irme.
Entonces Elsie levanta la cabeza y me mira con una tristeza que me deja completamente roto.
—Pero siempre acabas colocándote emocionalmente cerca de la puerta.
No tengo respuesta para eso, porque vuelve a tener razón. Nos quedamos mirándonos unos segundos y entonces hago exactamente lo que juré que no haría: coger las llaves. Elsie lo ve enseguida, pero esta vez no intenta detenerme y eso me destroza mucho más de lo que esperaba.
Camino hacia la puerta notando su mirada clavada en mi espalda y, justo cuando voy a abrir, escucho su voz detrás de mí.
—No puedes seguir haciéndome esto.
Me quedo quieto un instante. Quiero girarme, volver atrás y arreglarlo, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo sin acabar cargándome algo más. Así que salgo otra vez del apartamento.
La lluvia me golpea la cara en cuanto piso la calle y empiezo a caminar rápido por Manhattan sin saber muy bien adónde voy. Los coches pasan levantando agua junto a la acera, la gente sigue moviéndose bajo los paraguas y la ciudad continúa funcionando con total normalidad, pero yo no. Porque por primera vez entiendo algo con una claridad horrible: acabo de hacer exactamente lo que prometí que nunca haría.

Capítulo 20

Elsie

Mi apartamento me parece extraño en cuanto Dorian desaparece de él y odio profundamente que eso suceda tan rápido.
Durante mucho tiempo este sitio ha sido solo mío. Pequeño, silencioso y perfectamente organizado para una sola persona que trabajaba demasiado y sobrevivía gracias al café y a decisiones cuestionables. Ahora, en cambio, entro por la puerta y noto enseguida todo lo que falta: ruido, cajones abriéndose y cerrándose de forma de agresiva, sus comentarios absurdos sobre lo que hay en mi nevera y él. Eso me enfada muchísimo.
Han pasado cuatro días desde la pelea y Dorian no me ha llamado, ni ha aparecido, ni ha enviado ni uno solo de esos mensajes ridículos que llevaban semanas colándose en mi rutina. Al principio pensé que acabaría apareciendo al cabo de unas horas con comida, cara de arrepentimiento y alguna frase suficientemente buena como para hacerme reír antes de que pudiera seguir enfadada. Pero no lo ha hecho.
Ahora mismo mi móvil está completamente vacío de él y lo peor es que sigo mirándolo con la esperanza de recibir alguna señal de Dorian.
Me apoyo contra la encimera de la cocina con una taza de té entre las manos mientras observo el apartamento en silencio. Hay menos cosas suyas, porque ayer terminé metiendo parte de ellas en una caja para dejar de tropezarme con él cada vez que entraba en una habitación. El cepillo de dientes, el cargador que apareció junto al

sofá hace semanas y una sudadera gris que todavía huele a él están ahora dentro de una caja de plástico en el armario del pasillo. Aunque no me ha servido de nada, porque sigo notándolo por todas partes: en la cafetera, en el sofá, en el espacio vacío que hay a mi lado en el colchón cuando me despierto.
Aunque la peor parte no es echarlo de menos sino darme cuenta de que ya me había acostumbrado a él muchísimo más de lo que pensaba. A sus mensajes durante reuniones eternas, a discutir sobre nombres horribles para nuestro bebé, a sus manos en mi espalda cuando cruzábamos una calle y a dormirme escuchando su respiración junto a mí.
Ahora el apartamento vuelve a parecerse demasiado al lugar que era antes de que él apareciera en mi vida y precisamente eso es lo que más me duele.
Mi móvil vibra encima de la mesa y durante un segundo absurdo mi corazón me golpea el pecho con fuerza, pero no es él.

Amara:
Baja en diez minutos.
Voy a secuestrarte.

Resoplo y dejo la taza en el fregadero. Cuarenta minutos después estoy sentada frente a ella en una cafetería llena de plantas, ruido y mujeres perfectamente vestidas que parecen haber nacido sabiendo combinar a la perfección la ropa que llevan para tener a raya su estabilidad emocional. Las odio un poco.
—Tienes cara de querer cometer varios asesinatos —me dice Amara observándome por encima de su taza de café.
—Solo pequeños delitos de momento.
Ella asiente lentamente.
—Eso es crecimiento personal.
Remuevo el té sin demasiadas ganas mientras intento no pensar en nada, pero fracaso enseguida.
—¿Ha hablado con alguno de vosotros? —le pregunto.
Amara tarda unos segundos en responderme.
—Brock dice que sigue trabajando como un psicópata funcional y que probablemente lleva varios días durmiendo fatal.

Aparto la vista hacia la ventana inmediatamente y aunque sé que no debería importarme lo que haga con su vida, sí que me importa.
—No voy a perseguirlo otra vez —murmuro antes de darme cuenta siquiera de que lo he dicho en voz alta.
Amara deja lentamente la taza sobre el plato.
—Eso está bien.
Levanto la cabeza.
—¿Bien?
—Sí, Elsie. Bien. Porque querer a alguien no significa tener que perseguirlo cada vez que entra en pánico.
Esa frase me golpea justo donde tiene que hacerlo porque ahí está exactamente el cambio. Hace unas semanas habría corrido detrás de Dorian intentando arreglarlo todo, justificarlo o convencerme de que su miedo también debía convertirse en responsabilidad mía. Pero ahora no, porque ahora ya estoy cansada de todo eso.
—Hay hombres que necesitan tocar fondo antes de entender qué están destruyendo —continúa Amara con calma.
Suelto una risa breve y amarga.
—Pues espero que disfrute la caída.
—Lo dices enfadada, pero sigues enamorada de él.
Aprieto los labios y bajo la vista hacia la taza.
—Eso es lo peor.
Porque sí, es cierto, lo quiero muchísimo y precisamente por eso me duele más de lo que debería.
La conversación deriva después hacia cosas más ligeras, aunque ninguna consigue hacerme creer que esta situación es normal del todo. Hablamos del trabajo, del embarazo y de Brock haciendo sus típicas tonterías.
—Ese hombre va a traumatizar a mi hijo antes de que nazca —murmuro.
—Ya lo ha intentado conmigo varias veces.
Eso me arranca una pequeña carcajada y durante unos segundos vuelvo a respirar con cierta normalidad. Hasta que mi cabeza regresa otra vez a la boda. Últimamente los recuerdos aparecen cada vez más claros y eso empieza a ponerme incómoda.

—Sigo recordando cosas raras de aquella noche —comento distraídamente.
Amara levanta la vista enseguida.
—¿Qué tipo de cosas?
Frunzo ligeramente el ceño intentando ordenar imágenes que siguen apareciendo de forma desordenada.
—Muchísima gente entrando y saliendo de plantas privadas. Empleados cambiando tarjetas constantemente. Personas discutiendo cerca de los ascensores.
Amara se queda quieta unos segundos.
—Yo también recuerdo cosas extrañas.
La observo un instante.
—Además Max estaba raro. Muy raro —continúo—. Recuerdo verlo tenso varias veces durante la noche.
—Max lleva raro desde aquella boda.
Asiento despacio, porque es verdad. No solo él. Todos parecíamos funcionar peor de lo normal aquella noche. Había alcohol y una sensación rara de caos organizado que ahora empieza a incomodarme muchísimo más que antes.
—A veces tengo la impresión de que nadie estaba pensando con claridad aquella noche —murmuro.
—Quizá porque no lo estábamos haciendo.

Cuando vuelvo a casa, dejo el bolso sobre la mesa y durante unos segundos me quedo quieta en mitad del salón intentando acostumbrarme otra vez al silencio. Por suerte, ya no me derrumbo al entrar.
Me preparo algo rápido de cenar y termino sentada en el sofá revisando correos de trabajo con la televisión puesta de fondo sin prestar atención real a nada que aparece en la pantalla. Las horas pasan rápido y cuando son casi las once, llaman a la puerta. Al escuchar el timbre, me quedo completamente inmóvil, porque una parte de mí sabe perfectamente quién es antes de abrir.
Camino despacio hasta la entrada y cuando giro el pomo encuentro a Dorian al otro lado. Tiene el pelo mojado por la lluvia, ojeras marcadas y una expresión que nunca le había visto antes. No parece

arrogante, ni encantador, ni seguro de sí mismo, sino profundamente agotado.
Nos quedamos mirándonos varios segundos sin hablar y por primera vez desde que empezó todo esto no corro hacia él, ni intento suavizar el momento ni arreglarlo antes de que empeore. Simplemente lo miro.
Dorian traga saliva.
—Hola —me saluda con la voz cansada.
—Hola —le respondo y el silencio vuelve a caer entre nosotros mientras la lluvia sigue sonando fuera del edificio.
—He sido un cobarde —reconoce.
No respondo, porque ya lo sé.
—No dejo de hacer esto cuando las cosas empiezan a importarme de verdad —continúa pasándose una mano por el pelo mojado—. Llevo días intentando convencerme de que desaparecer un poco iba a arreglar algo.
—¿Y lo ha arreglado? —le pregunto cruzándome lentamente de brazos.
Dorian cierra los ojos un instante.
—No —lanza un suspiro antes de continuar—. No sé hacer esto bien, Elsie.
La frase me duele muchísimo más de lo que debería porque esta vez no la utiliza como defensa sino como rendición.
—Ya lo sé —respondo bajando la voz y él asiente despacio con la cabeza.
—Tengo miedo constantemente.
—¿Miedo de qué? —le pregunto alzando la mirada hacia él otra vez.
—De convertirme en alguien que te decepcione dentro de unos años, de ser inestable, de desaparecer emocionalmente igual que hacía mi padre y de que un día me mires y pienses que habrías estado mejor sin mí.
El pecho se me encoje porque ahora sí está diciendo la verdad sin adornarla con humor, ni frases brillantes, ni esconderse detrás de nada.
—No necesitaba perfección —murmuro—. Solo necesitaba que dejaras de huir cada vez que algo se volviera importante.

Dorian baja la cabeza un instante y eso me rompe un poco más, porque parece agotado de sí mismo.
—Lo sé.
Otra vez nos quedamos en silencio, hasta que se atreve a dar un paso hacia mí muy despacio, aunque sin intentar tocarme.
—No dejo de pensar en ti —dice con la voz completamente rota—. En el apartamento, en el bebé, en ti riéndote de mis libros absurdos y en cómo me mirabas antes de que lo estropeara todo otra vez.
Aprieto los labios con fuerza, porque sigo queriéndolo y eso empieza a dolerme físicamente.
—No quiero seguir haciendo esto contigo.
—Pues deja de hacerlo.
La frase me sale más cansada que agresiva y parece afectarle todavía más, porque entiende exactamente lo que significa: esta vez ya no voy a perseguirlo para mantenerlo cerca de mí.
Dorian se pasa una mano por la cara y durante unos segundos parece intentar ordenar algo dentro de su cabeza.
—Llevo cuatro días intentando convencerme de que lo mejor era darte espacio —murmura—. Pero cada vez que llegaba a mi casa solo conseguía pensar que probablemente estabas aquí sola creyendo que habías hecho algo mal y eso me estaba destrozando.
—No creo haber hecho algo mal.
Él levanta la vista inmediatamente.
—No, no lo has hecho.
—Lo que creo es que te asusta cualquier cosa que se parezca al compromiso.
Dorian no responde enseguida.
—Sí —admite al final—. Me asusta muchísimo.
La sinceridad de su voz me deja completamente quieta.
—Mi padre aparecía cuando le apetecía sentirse importante y desaparecía en cuanto algo exigía que se comprometiera de verdad —continúa—. Llevo toda mi vida jurando que nunca sería así y el otro día salí por esa puerta exactamente igual que habría hecho él.
El dolor que noto en su voz me rompe algo dentro del pecho.
—Dorian…

—No estoy intentando darte pena, Elsie. Solo… necesitaba que entendieras por qué reaccioné así.
Lo observo en silencio durante unos segundos y me doy cuenta de que nunca lo había visto tan desarmado. Ahora es solo un hombre aterrorizado de convertirse en alguien capaz de destruir aquello que más quiere y precisamente por eso sigo enfadada, porque lo quiero muchísimo.
—No sé cuánto tiempo más puedo seguir haciendo esto contigo —murmuro al final con un nudo en el pecho.
Dorian baja la vista lentamente y por primera vez parece entender de verdad el daño que me ha hecho.
—Elsie…
—No —lo interrumpo negando suavemente con la cabeza—. Hoy no quiero arreglar nada, ni tranquilizarte, ni convencerte de nada.
Él traga saliva y se queda completamente quieto frente a mí.
—Solo necesitaba que me escucharas.
—Pues ya lo he hecho —le respondo y me quedo en silencio mirándole a los ojos.
Dorian parece querer decir algo más, pero no lo hace. Solo me mira unos segundos con una expresión rota que me deja peor.
Entonces asiente despacio.
—Vale —dice a media voz asintiendo despacio con la cabeza.
El problema es que esa reacción me destroza más que si hubiéramos discutido, porque por primera vez no intenta defenderse, ni convencerme, ni esconderse detrás de una broma. Solo parece un hombre que acaba de entender que puede perder algo que realmente le importa.
Yo también bajo la vista un instante intentando respirar con normalidad.
—Necesito tiempo, Dorian.
Él tarda unos segundos en responder.
—Lo sé.
Nos quedamos quietos frente a la puerta mientras el tráfico continúa con su ruido incesante y por primera vez no tengo claro cómo se puede arreglar esto, porque sigo queriéndolo y eso empieza a parecerse más a una herida que a algo bonito.

Capítulo 21

Dorian

Mi ático nunca me había parecido tan grande. Eso es lo primero que pienso exactamente a las dos y doce de la madrugada mientras estoy sentado en mitad del salón completamente a oscuras, mirando una copa de whisky que ni siquiera he probado. Manhattan sigue iluminada al otro lado de las cristaleras y los coches continúan moviéndose sobre el asfalto a pesar de las horas que son. Todo sigue como siempre menos yo.

Llevo más de una hora sentado aquí sin música, sin televisión y sin intentar distraerme de nada. Antes supongo que habría llamado a Brock, habría salido a tomar algo por el Soho o habría hecho cualquier otra cosa para no pensar. Pero hoy no hago nada de eso y es mucho peor, porque el silencio de mi casa cada vez se parece más a una derrota o... una pérdida, la de Elsie, la peor.

Me incorporo un poco en el sofá y me paso ambas manos por la cara antes de observar lo que me rodea. El apartamento está impecable, perfectamente ordenado, pero también completamente vacío de vida. Nunca me había molestado. De hecho, durante años este sitio ha sido lo que necesitaba: silencio cuando quería silencio, espacio cuando quería desaparecer y nadie esperando algo de mí que yo no estaba dispuesto a darle.

Ahora, en cambio, solo consigo pensar en el apartamento de Elsie, en su sofá incómodo, en sus tazas ridículas, en las cremas hidratantes que llenaban su baño… Suelto un suspiro y vuelvo a recostar la espalda en el sofá. Echo de menos a Elsie de una manera

que no tiene nada que ver con el sexo y eso es lo que me jode por completo por dentro.
Me levanto despacio y camino hacia la cocina, aunque no tengo hambre. Abro la nevera por pura costumbre y me quedo mirando el interior durante unos segundos hasta que suelto una risa breve y agotada. Sé que si ella estuviera aquí habría empezado a insultar mi alimentación hace aproximadamente treinta segundos.
Cierro la puerta lentamente y entonces veo un post-it amarillo pegado junto a la cafetera.
«Compra comida real.
Firmado: la víctima de tu nevera».
Me quedo completamente quieto, porque no recordaba que seguía ahí. Cojo el pequeño papel de color amarillo despacio y al hacerlo siento cómo se me encoge el pecho con tanta fuerza que me cuesta respirar con normalidad y chasqueo la lengua. Llevo días intentando sobrevivir a base de trabajo, reuniones eternas y una gran cantidad de café horrible, pero ahora mismo ese post-it me ha dejado más hecho polvo que todo lo que pasó con Elsie.
Apoyo una mano en la encimera y cierro los ojos un instante. La extraño muchísimo. Echo de menos su voz, verla tirada en mi sofá criticando las películas que me gustan y discutir con ella sobre nombres para el bebé. Incluso echo de menos cómo llenaba el apartamento de ruido, porque ahora todo vuelve a estar vacío sin ella. Pero lo peor de todo es que tenía razón cuando me decía que lo que más me asustaba no era el embarazo, sino el compromiso, porque nadie me había importado nunca tanto como para hacerme sentir así de vulnerable.
Cuando era niño, mi padre tenía una habilidad espectacular para aparecer justo cuando empezábamos a acostumbrarnos a que no estuviera. A veces volvía con regalos caros, entradas para algún partido o promesas que nunca terminaban igual que empezaban. Recuerdo esperarlo durante horas más de una vez y recuerdo también a mi madre fingiendo que no pasaba nada cuando él cancelaba en el último momento. Lo peor no era que desapareciera físicamente, sino que nunca sabías cuánto iba a durar la versión de él que sí quería quedarse.

Durante años me prometí que jamás sería como mi padre y aun así llevo semanas haciendo exactamente lo mismo cada vez que algo con Elsie empieza a importarme más de la cuenta.

Media hora después, suena el timbre. Frunzo el ceño y camino hacia la puerta sin tener ni idea de quién puede aparecer a estas horas en mi casa. Cuando abro la puerta me encuentro frente a frente con Brock. Sin que le invite, entra en el apartamento, me observa unos segundos y deja las llaves de su coche y su teléfono sobre la mesa del salón sin decir nada al principio.
—Tienes una pinta horrible, tío —murmura finalmente.
—Qué conversación tan estimulante.
Brock me mira a nuestro alrededor lentamente.
—¿Llevas aquí encerrado desde que hablaste con Elsie?
No le respondo, aunque mi silencio habla por si solo. Se deja caer en el sofá y durante unos segundos ninguno habla. Algo raro teniendo en cuenta que Brock Somerset normalmente no puede permanecer callado más de cuarenta segundos seguidos.
—La has cagado fuerte, ¿eh? —suelta al final.
Me apoyo contra la mesa del salón.
—Eso parece.
Brock asiente despacio.
—¿Quieres saber lo más irritante de todo esto?
—Sorpréndeme —le respondo alzando las cejas.
—Que por primera vez te veo asustado de verdad y no tiene nada que ver con el bebé.
Aprieto la mandíbula.
—No tienes ni idea de lo que dices.
—Claro que sí —responde levantando la vista hacia mí—. No tienes miedo de ser mal padre sino de necesitar a alguien más de lo que crees poder soportar.
La frase se me clava directamente en medio del pecho y me deja completamente quieto, porque el cabrón tiene razón.
Todo este tiempo he estado intentando convencerme de que el problema era el embarazo, el futuro o la responsabilidad de ser padre, a pesar de que la verdad es muchísimo más humillante.

El problema empecé a sentir que Elsie era mi sitio favorito en el mundo antes de que me diera cuenta y ahora no sé qué coño hacer con la idea de perderla.
Brock me observa unos segundos más.
—Nunca te había visto mirar a nadie como la miras a ella.
Suelto una risa cansada.
—Eso es porque normalmente huyo antes.
—Ya… Ese ha sido tu problema toda la vida.
Bajo la vista hacia el suelo.
—No sé cómo arreglar esto —reconozco bajando la mirada hasta mis manos.
—Pues aprende.
Levanto la cabeza inmediatamente.
—Qué consejo tan útil. Gracias, terapeuta de Manhattan.
—No te estoy pidiendo que lo hagas perfecto, Dorian. Solo que dejes de comportarte como un idiota cada vez que alguien empieza a importarte de verdad.
El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero ya no se parece al de antes, porque este no está lleno de rabia sino de cosas que ninguno de los dos quiere decir en voz alta. Porque llega un momento en el que las excusas dejan de servirte para seguir fingiendo que no te importa alguien y yo acabo de llegar ahí.
Brock se marcha una hora después y yo me quedo solo en este ático, que ahora me parece demasiado grande y silencioso, algo que ya no soy capaz de soportar. Así que cojo el abrigo… y salgo.
Camino por Manhattan sin saber a dónde voy. Paso por calles llenas de ruido, restaurantes cerrados y parejas que parecen mucho más felices de lo que me resulta soportable ahora mismo. Finalmente acabo en el Soho, sin saber muy bien cómo he llegado y me siento en un banco, como si fuera un vagabundo sin tener a donde ir en mitad de la madrugada. Echo hacia atrás la cabeza y en mi mente aparece el hotel de Tribeca, la boda, Elsie riéndose, la música sonando fuerte, el caos… Me levanto del banco como un resorte y vuelvo a caminar mientras los fragmentos que recuerdo de aquella noche empiezan a encajar mejor dentro de mi cabeza. Recuerdo haberla encontrado cerca de uno de los ascensores privados

completamente borracha y preciosa, discutiendo con alguien sobre no sé qué tontería. Recuerdo haber querido sacarla de allí, porque algo ya me molestaba incluso entonces. Luego me acuerdo de sujetarle el brazo mientras ella se reía intentando soltarse y una voz masculina cerca de nosotros diciéndome que la dejara, que está bien donde estaba.

Me detengo en mitad de la acera inmediatamente, porque recuerdo que aquellas palabras que no sé quién dijo me provocaron rabia cuando las escuché. Una rabia irracional y brutal que incluso borracho me hizo querer sacar a Elsie de allí cuanto antes.

Frunzo el ceño intentando recordar algo más, pero no lo consigo. Dentro de mi cabeza solo recuerdo ruido, gente yendo de un lado a otro con mucho alcohol en las venas y la sensación constante de que aquella noche nadie pensaba con claridad.

Suelto aire lentamente y vuelvo a caminar, porque lo importante ahora mismo no es aquella boda sino ella. Y ahora tengo claro que nunca he tenido miedo del bebé, ni de ser padre, sino de lo feliz que me hacía la idea de quedarme con Elsie incluso cuando todo se volvía complicado.

Ella nunca me pidió perfección, solo que dejara de huir, pero yo he convertido eso en una guerra porque no sabía cómo soportar querer a alguien tanto.

Me detengo frente a un escaparate apagado y me observo reflejado en el cristal. Tengo mala cara, ojeras oscuras y la expresión de un hombre que lleva semanas luchando contra sí mismo. Estoy exhausto, más que nunca. Estoy cansado de sabotear todo lo que me importa antes de que pueda destruirme primero.

Saco el móvil del bolsillo y abro el chat de Elsie. Lo miro varios segundos, pero no escribo nada, porque tengo claro que esto no se arregla con frases brillantes, ni con humor o ni con una visita improvisada a medianoche. Se arregla quedándome con ella, pese a mis miedos, aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo todavía.

Guardo el móvil otra vez y levanto la vista hacia Manhattan. Estoy rodeado de rascacielos inmensos, el tráfico continúa con su ritmo incesante, aunque siento que algo dentro de mí termina de cambiar definitivamente.

Capítulo 22

Elsie

Llevo veinte minutos intentando ordenar el salón y lo único que consigo es enfadarme más. Porque cada vez que abro un cajón, muevo una manta o intento recolocar algo aparece algo de Dorian otra vez. En una sudadera gris abandonada sobre una silla, en una taza negra que sigue junto a la cafetera, en el cargador que todavía continúa enchufado al lado del sofá porque, aparentemente, ninguno de los dos sabía ya distinguir qué cosas pertenecían a quién.

Resoplo y cojo la sudadera con intención de meterla directamente dentro de la caja del armario, pero el problema es que con el embarazo se me ha desarrollado mucho el olfato y al cogerla noto que todavía huele a él.

—Perfecto —murmuro cerrando los ojos un segundo—. Exactamente esto es lo que necesitaba hoy.

Lanzo la sudadera dentro de la caja y sigo moviendo cosas por el salón intentando recuperar una sensación de control que llevo semanas con la sensación de que he ido perdiendo poco a poco. Antes este apartamento funcionaba bajo normas simples. Todo estaba ordenado, limpio y colocado exactamente donde yo quería. Ahora parece el escenario posterior a una ciudad bombardeada.

Hay un libro sobre embarazo encima de la mesa que Dorian dejó abierto por la mitad. Un vaso suyo sigue dentro del fregadero e incluso encuentro uno de sus post-it pegado a la nevera.

«Compra fruta real. Las galletas no son un grupo alimenticio».

Lo arranco inmediatamente y lo dejo encima de la encimera en lugar de tirarlo a la basura y eso me cabrea todavía más, porque sigo enamorada de él y una parte horrible de mí continúa esperando que aparezca por la puerta.
El timbre suena exactamente nueve segundos después de pensarlo y me quedo completamente quieta en mitad del salón. El corazón empieza a galopar en medio de mi pecho con fuerza mientras miro hacia la entrada y durante un instante me planteo no abrir. Pero entonces vuelve a sonar y termino caminando hacia la puerta despacio.
Cuando abro, Dorian está al otro lado. Tiene muy mala cara, ojeras oscuras, va muy despeinado y una expresión cansada que no encaja nada con el hombre impecable que normalmente parece capaz de controlar cualquier situación. Hoy no es ese hombre, hoy no es más que un hombre exhausto.
—Hola —dice después de unos segundos en los que solo nos hemos mirado sin decir nada.
—Hola.
Su mirada baja un instante hacia la caja que tengo detrás de mí en el salón con sus cosas, porque ahora está tan llena que ya no le cabían más cosas dentro del armario, y algo cambia ligeramente en su cara al reconocer su ropa dentro.
—Estabas ordenando.
—Sí.
Asiente despacio con la cabeza y me fijo en que trae flores, ni comida, ni tiene ninguna de sus frases brillantes preparadas y que siempre le han servido para quitar hierro a nuestras discusiones. Ahora solo parece agotado y eso resulta muchísimo más incómodo que cualquiera de sus bromas.
—¿Puedo entrar? —pregunta finalmente.
Podría decirle que no, de hecho, es lo que debería hacer, pero me aparto y le dejo que pase. Entra despacio y mira alrededor de mi apartamento en silencio. Noto cómo reconoce enseguida los huecos vacíos donde antes estaban sus cosas y sé que eso le afecta, se lo veo en su gesto. Cuando está en el comedor, cierro la puerta de entrada y me cruzo de brazos con lentitud.

—Si has venido a decirme cuatro frases bonitas y desaparecer otra vez, puedes ahorrártelo.
—No he venido a hacer eso —me responde y aprieta un poco la mandíbula.
—Entonces explícate mejor que la última vez.
Sé que mi comentario le duele, porque se lo noto. Antes de empezar a hablar, camina un poco por el salón antes de detenerse cerca del sofá y hundir sus dedos en el pelo ara echárselo hacia atrás.
—Llevo días pensando en qué decirte, pero todo suena mal dentro de mi cabeza.
—Eso no es demasiado tranquilizador.
—Sí, tienes razón —me responde bajando la mirada hacia la punta de sus zapatos.
Mientras lo observo, lo veo que está muy perdido y eso me pone todavía más nerviosa.
—Elsie, yo… —empieza, pero se detiene a mitad de frase, frunce el ceño y lanza un hondo suspiro—. Joder. No sé hacer esto.
—Eso lo tengo bastante claro.
Asiente lentamente sin discutirlo.
—Tienes razón.
Nos quedamos en silencio, pero por primera vez Dorian no intenta escapar y se queda ahí delante de mí.
—No puedes aparecer solo cuando tienes miedo de perderme —murmuro al final.
Dorian baja la vista un instante.
—Tienes razón —reconoce a media voz.
—Entonces dime por qué debería creer que esta vez no vas a volver a irte.
Ahí sí se queda completamente callado. Lo observo esperando a que me dé una respuesta rápida o cualquier cosa que le permita escapar del momento, pero no dice nada, solo permanece quieto delante de mí nervioso y cansado.
—No tengo ninguna respuesta brillante para eso —admite finalmente —. Solo sé que llevo toda mi vida largándome cuando algo empieza a importarme de verdad y que estoy cansado de hacerlo.
Aprieto los labios con fuerza.

—¿Y qué cambia ahora?
Dorian tarda unos segundos en responder.
—Tú.
Esa palabra cae entre nosotros sin adornos y noto inmediatamente cómo se me encoge el estómago.
—Eso no es suficiente.
—Ya lo sé —responde enseguida—. Por eso estoy aquí.
Lo miro en silencio.
—No quiero prometerte cosas perfectas que luego no sepa cumplir —continúa diciendo despacio—. Ni voy a decirte que de repente ya no tengo miedo o que voy a hacerlo todo bien, porque probablemente volveré a equivocarme y seguro que más de una vez.
—Muy inspirador todo —le contesto con sarcasmo.
La comisura de su boca se curva un poco, pero no llega a ser una sonrisa.
—Lo que intento decirte es que esta vez no quiero volver a huir cuando sienta que algo me supera.
Suelto aire lentamente y aparto la vista hacia la cocina, porque seguir mirándolo empieza a dolerme físicamente.
—Me has hecho mucho daño, Dorian.
—Lo sé.
—No puedes desaparecer de repente y luego esperar que todo siga igual.
—No lo espero —me dice buscando mi mirada con sus ojos.
—Pues parece que sí.
—No —niega con la cabeza—. Solo necesitaba verte y dejar de esconderme detrás de excusas de mierda.
Me apoyo contra la encimera de la cocina intentando mantener cierta distancia mientras él sigue de pie cerca del sofá sin atreverse a acercarse a mí, algo que también es nuevo para él. Antes habría intentado tocarme, besarme o distraerme de la conversación, ahora simplemente permanece quieto.
—He sido un desastre contigo —acepta al cabo de unos segundos.
—Sí.
—Y aun así sigues siendo la primera persona con la que no siento ganas de salir corriendo.

El pecho se me encoge y odio muchísimo que siga teniendo ese efecto en mí.
—No sé si eso arregla algo.
—No, no lo arregla —reconoce enseguida—. Pero es verdad.
Lo observo durante unos segundos intentando encontrar arrogancia, manipulación o alguna de sus defensas habituales, pero no encuentro ninguna, solo parece agotado de pelear contra sí mismo.
—¿Sabes qué es lo peor? —murmuro finalmente—. Que sigo esperando que vuelvas a irte otra vez.
Dorian traga saliva.
—No quiero hacerlo.
—Pero es lo que has hecho hasta ahora.
—Sí.
Su sinceridad me desarma más que cualquier disculpa perfecta. Camino hasta el sofá y me dejo caer despacio sobre él, porque me siento emocionalmente agotada. Dorian duda unos segundos antes de sentarse y acaba haciéndolo, dejando espacio entre los dos. Cuando lo hace no habla, ni me presiona, ni intenta acelerar nada y eso hace que todo resulte más difícil.
—Brock vino a verme —empieza al cabo de un rato.
Levanto la vista hacia él.
—¿Y eso debería preocuparme?
—Muchísimo, probablemente.
Eso consigue arrancarme una pequeña risa cansada antes de que pueda evitarlo. Al escucharla, me mira y noto cómo algo se rompe en su expresión un instante.
— He pasado días pensando en el ruido de tu cafetera por las mañanas y en cómo siempre te enfadas cuando dejo vasos en el fregadero —murmura—. En tu sofá horrible, en tus tazas ridículas y en cómo discutías conmigo por comprar cualquier cosa cara.
La emoción me sube demasiado rápido al pecho.
—Eso es un resumen bastante raro de una relación.
—Es que el problema nunca fue solo acostarme contigo, Elsie.
Su voz baja ligeramente.
—El problema fue empezar a sentir que contigo quería quedarme incluso cuando me daba miedo hacerlo.

Las lágrimas aparecen antes de que pueda impedirlo y parpadeo rápido intentando controlarme, pero ya es tarde. Dorian lo nota inmediatamente y se tensa.
—Joder… —murmura incorporándose un poco—. No llores, por favor.
—No me digas que no llore ahora mismo, porque te juro que eso empeora la situación.
—Vale. Perdón. Tienes razón —asiente con la cabeza.
Me cubro la cara un segundo, avergonzada, porque odio llorar delante de nadie y todavía más delante de él.
—Estoy cansada —admito con la voz rota—. Cansada de sentir que cada vez que algo empieza a ir bien contigo tengo que prepararme para el momento en que vuelvas a asustarte y desaparezcas de nuevo.
Dorian baja la cabeza lentamente.
—Lo sé.
—No quiero vivir esperando eso constantemente.
El silencio vuelve a caer entre nosotros, aunque esta vez Dorian no se va, ni intenta terminar la conversación. No se mueve y sigue sentado delante de mí soportando cada una de mis palabras, aunque le haga daño escucharlas. Y eso cambia algo, porque por primera vez siento que no está intentando escapar del momento incómodo. Simplemente se queda aquí conmigo dentro de él.
Me limpio las lágrimas rápidamente con rabia.
—Esto es humillante.
—No, no lo es.
—Estoy llorando por un hombre incapaz de gestionar sus emociones sin provocar una catástrofe.
—Eso sí ha sido bastante específico.
Suelto una risa rota entre lágrimas y él baja la vista un segundo, probablemente aliviado de escucharme respirar otra vez. Entonces hace algo todavía más extraño, porque no intenta besarme, ni arreglarlo, solo se acerca despacio hasta mí y me abraza sin utilizar eso para distraerme de la conversación. Simplemente me rodea con los brazos y se queda quieto conmigo y eso termina de romperme. Porque él siempre intentaba solucionar las cosas rápido con humor, sexo o alguna frase capaz de desarmarme antes de que pudiera

seguir enfadada, pero ahora no. Ahora solo me sostiene mientras lloro contra su pecho en mitad de mi salón desordenado y siento, al fin, que no está tratando de salvarme, solo se queda conmigo.

Capítulo 23

Dorian

La mañana siguiente descubro que mi cepillo de dientes ya vive oficialmente en el baño de Elsie, porque intento cogerlo medio dormido y ella me aparta la mano antes siquiera de abrir los ojos.
—Ese es el mío.
—Mentira. El mío también es negro.
—El tuyo tiene una grieta en el mango, porque lo tiraste contra el lavabo intentando matar una araña.
Abro un ojo lentamente.
—Era enorme.
—Medía dos centímetros como mucho —resopla negando con la cabeza.
—Dos centímetros de terrorismo.
Elsie resopla y vuelve a esconder la cara entre las manos, mientras yo regreso y me siento en el borde de la cama intentando entender en qué momento exacto mi vida se convirtió en esto. Hay una manta hecha un gurruño en los pies de la cama, su perfume sigue pegado a mi camiseta y el apartamento huele a café, porque ella programó la cafetera anoche como si fuera una persona funcional.
Lo peor es que ya no me siento fuera de lugar aquí. Y eso probablemente debería asustarme más de lo que me asusta. Antes necesitaba silencio, espacio y una salida fácil por si quería desaparecer. Ahora, en cambio, llevo tres noches seguidas durmiendo aquí y lo único que me incomoda es la posibilidad de que

ella vuelva a mirarme como lo hizo hace unos días cuando creyó que iba a irme otra vez.
Abro uno de los armarios buscando tazas y encuentro exactamente la misma colección de siempre. Una tiene dibujado un gato vestido de ejecutivo y otra una frase sobre café, que probablemente debería estar tipificada como delito.
—Sigues juzgando mis tazas mentalmente, ¿verdad?
Me giro y veo a Elsie entrando en la cocina con el pelo revuelto y una camiseta gigante que le cubre por completo la barriga, que cada vez está más abultada. Me apoyo contra la nevera y la observo mientras bosteza.
—Tu colección parece diseñada por una mujer que perdió varias apuestas seguidas.
—Pues aun así sigues usando mis tazas.
—Porque el amor implica sacrificio.
Ella me mira unos segundos.
—¿Acabas de utilizar la palabra amor antes de las ocho de la mañana?
—No sobreviviré a esta conversación. Sonrío al escucharla, porque llevaba días echando de menos escucharla reír así conmigo.
Elsie abre la nevera y empieza a sacar cosas mientras yo pongo el café, que ella programó anoche, en las tazas.
—¿Qué haces? —pregunto al verla sacar huevos, pan y fruta.
—Desayuno.
—Eso parece muchísimo trabajo para la hora tan indecente que es.
—Hay una persona creciendo aquí dentro y aparentemente necesita nutrientes reales.
Apoya una mano en su vientre al decirlo y yo aprieto la taza un poco más fuerte entre los dedos antes de darme cuenta.
Antes el embarazo me parecía una bomba, ahora, en cambio, me sorprendo pensando en cosas mucho peores: habitaciones de bebé, cunas, horarios… También me sorprendo imaginándome a Elsie enfadada porque el bebé llora a las cuatro de la madrugada mientras yo intento fingir que sigo dormido para no levantarme primero. Sin embargo, lo que me resulta más preocupante es que ya no salgo huyendo cada vez que una de esas imágenes se cuela en mi cabeza.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta apoyando las manos en la encimera.
—Estoy pensando que vas a ser una madre aterradora.
—Eso no ha sonado romántico.
—No pretendía serlo. Estoy convencido que vas a controlar los horarios de sueño con hojas de cálculo.
—Eso es mentira.
—Tienes carpetas etiquetadas por colores…
—Eso se llama organización.
—Eso se llama dictadura administrativa.
Al escucharme, coge una cucharilla y me la lanza al pecho sin fuerza.
—Eres insoportable.
—Pero sigo aquí.
Mi frase se escapa antes de que pueda pensarla y ambos nos quedamos quietos un segundo. Elsie baja la vista hacia la tostadora y yo noto cómo algo cambia ligeramente en el ambiente, porque ya no fingimos que esto es temporal.
Desayunamos en la barra de la cocina discutiendo sobre nombres otra vez. Últimamente parece imposible mantener una conversación civilizada sobre el tema.
—Theo está bien —digo mientras le paso su café.
—Theo suena a niño que corrige la pronunciación de la gente a los cinco años.
—Eso es absurdamente específico.
—Porque es verdad.
—Vale. ¿Y Oliver?
Elsie me mira horrorizada.
—¿Quieres que nuestro hijo parezca protagonista de un internado británico?
—Empiezo a sentirme atacado personalmente por tus criterios.
Ella sonríe bajando la vista hacia su taza y me descubro observándola más tiempo del necesario. El pelo le cae sobre los hombros, sigue llevando la enorme camiseta, que en algún momento fue mía, y tiene una expresión tranquila que solo aparece cuando deja de prepararse para que yo arruine algo. La verdad es que

todavía me cuesta asumir que su tranquilidad dependa un poco de mí.
Horas después sigo en el apartamento porque hoy trabajo desde aquí o al menos esa era mi intención inicial. La realidad es que llevo veinte minutos leyendo instrucciones sobre cochecitos mientras Elsie responde correos sentada en el sofá.
—¿Sabías que existen ocho tipos distintos de portabebés?
—Dorian.
—No, escucha esto. Este promete «alineación ergonómica emocional».
Ella levanta lentamente la vista del portátil.
—¿Qué coño significa eso?
—No tengo ni idea, pero cuesta seiscientos dólares. Supongo que incluye terapia.
Elsie se ríe otra vez y deja el ordenador a un lado.
—Ven aquí.
—Eso ha sonado sospechosamente cariñoso —le digo frunciendo un poco el ceño.
—No te emociones. Solo quiero ver qué cara pone un hombre cuando descubre que está leyendo foros de padres un martes sin haberse dado cuenta.
Me acerco hasta el sofá y ella tira de mi mano para que me siente a su lado. Acabo con un brazo rodeando automáticamente su cintura mientras ella apoya la cabeza contra mi hombro revisando el móvil. Trago saliva porque todo empieza a parecer natural entre nosotros. El problema es que ya no sé cómo vivir fingiendo que esto no me importa.
Por la noche cocinamos juntos, aunque el concepto «juntos» implica que Elsie critica mi forma de cortar verduras mientras yo sostengo que su cocina es una trampa mortal diseñada para destruirme.
—No puedes dejar cuchillos dentro del fregadero.
—Ni tú puedes cortar un calabacín como si fueras un asesino en serie.
—Eso ni siquiera tiene sentido.
—Míralo. Está sufriendo.

Ella me aparta con la cadera para coger sal y el roce me distrae, porque lleva unos pantalones cortos y una camiseta ajustada que no ayuda absolutamente nada a mi concentración.
—Me estás mirando otra vez —me avisa como si yo no me hubiese dado cuenta.
—Es culpa tuya por existir tan cerca de mí.
—Eso no es una excusa válida.
—A mí me sirve —le suelto encogiéndome de hombros.
Elsie intenta seguir cocinando, pero acabo pegándome a su espalda junto a la encimera. Le aparto el pelo del cuello despacio y le beso justo debajo de la oreja, lo que provoca que suelte lentamente.
—Estamos haciendo la cena.
—La cena sigue ahí.
—Dorian…
Le beso el cuello otra vez y noto cómo sus dedos aprietan la encimera un instante. La tensión cambia enseguida, aunque ya no tiene nada que ver con peleas, orgullo o necesidad de distraernos. Ahora simplemente nos buscamos.
La giro despacio hacia mí y apoyo las manos en su cintura mientras la observo unos segundos. Elsie también me mira en silencio y por primera vez no siento necesidad de convertir el momento en una broma para sobrevivirlo.
—¿Qué pasa? —pregunta bajito.
Trago saliva antes de responder.
—Que llevo años largándome en cuanto alguien empieza a conocerme de verdad.
Ella no dice nada, solo sigue mirándome.
—Siempre convertía todo en humor o caos antes de que alguien pudiera empezar a importarme —continúo acariciándole lentamente la cintura bajo la camiseta—. Pero contigo ya no sé esconderme detrás de eso.
Elsie baja un poco la cabeza y noto su respiración.
—No tengo ni idea de cómo hacer esto perfecto —murmuro mirándola a los ojos—. Pero te juro que voy a seguir aquí incluso cuando sea difícil.
Sus ojos se llenan de algo que me deja completamente indefenso.

—No vuelvas a decirme algo así mientras estoy hormonalmente inestable —susurra.
Sonrío un poco y entonces me besa despacio y sin rabia. Yo la beso de vuelta mientras sus manos suben hasta mi cuello y yo la acerco más a mí. Nos olvidamos de la cena y de las verduras a medio cortar, porque ahora mismo solo existe la forma en que ella vuelve a besarme una y otra vez. Yo la levanto despacio y Elsie rodea mi cintura con las piernas, mientras camino hacia el dormitorio sin separar mi boca de la suya boca. Nos reímos un poco cuando casi me estampo contra el marco de la puerta.
—Casi nos matas.
—Estoy haciendo lo que puedo.
La dejo sobre la cama con cuidado y me quedo mirándola unos segundos. Tiene el pelo extendido sobre la almohada, la respiración acelerada y una expresión vulnerable que sigue provocándome algo brutal dentro del pecho.
Me quito la camiseta sin apartar los ojos de ella y Elsie se incorpora enseguida para besarme otra vez. Sus manos recorren mi espalda desnuda lentamente mientras las mías suben por sus muslos bajo la tela suave del pantalón.
Todo es más lento esta vez y más consciente.
Le quito la camiseta despacio y beso cada parte de piel que aparece mientras ella tiembla suavemente bajo mis manos. No hay prisas, porque ya no intentamos escapar de nada, ahora solo queremos estar aquí.
Elsie me acaricia la cara un segundo antes de volver a besarme y ese gesto me rompe, porque nadie me había tocado nunca así. Cuando entro en ella lo hago despacio y con cuidado de no chafar su vientre, por lo que la miro todo el tiempo. Elsie suelta mi nombre con un gemido bajito y me agarra de los hombros mientras empiezo a moverme con calma, sintiendo cómo nuestros cuerpos encajan de una forma que ya no tiene nada que ver solo con deseo. La beso otra vez y ella pierde sus dedos en mi pelo. Me agarra con más fuerza con sus piernas y le beso el cuello, mientras sigo moviéndome dentro de ella. Todo se mezcla lentamente: respiración, piel, calor y esa necesidad del otro que ya ninguno intenta esconder.

—Mírame —le pido bajito.
Elsie levanta los ojos hacia mí y juro que nunca había visto nada más peligroso que esa forma de mirarme, por lo que pierdo el control un poco después de eso. Mis movimientos se vuelven más profundos y ella responde enseguida buscándome igual de cerca. El colchón se mueve bajo nosotros mientras seguimos besándonos entre respiraciones rotas y caricias lentas. Cuando llega al orgasmo se aferra a mí con fuerza y yo la sigo segundos después enterrando la cara en su cuello mientras intento recuperar el aire. Después, nos quedamos quietos mucho rato sin apartarnos el uno del otro.
Elsie acaba medio dormida encima de mí, con una pierna enredada entre las mías y la cabeza apoyada sobre mi pecho mientras Manhattan sigue iluminada al otro lado de las ventanas. Le acaricio la espalda lentamente sintiendo su respiración tranquila contra mi piel y entonces entiendo que, aunque todo esto empezó como un error, lo único irreversible de verdad fue enamorarme de ella.

Capítulo 24

Elsie

Descubro que Dorian ha reorganizado parte de su ático para mí cuando abro uno de los armarios de su dormitorio y encuentro mis sudaderas perfectamente dobladas junto a sus camisas perfectamente ordenadas por colores. Me quedo quieta varios segundos mirando aquello con una mezcla rara de ternura y alarma.
—¿Qué es esto? —pregunto levantando una de mis sudaderas.
Dorian ni siquiera aparta la vista del portátil.
—Organización.
—Eso no es organización, es ocupación ilegal de armario.
—No sabía que existiera ese concepto.
—Claro que existe. Acabas de meter oficialmente mis cosas en tu armario de psicópata elegante.
Ahora sí levanta la vista hacia mí y apoya los brazos sobre la encimera de la cocina abierta del ático.
—Técnicamente llevas semanas dejando cosas aquí.
—Técnicamente tú empezaste.
—Porque tu apartamento parecía una trampa mortal para mis camisas.
Resoplo intentando no sonreír mientras vuelvo a guardar mi sudadera en el armario. El ático sigue siendo enorme, silencioso y ridículamente caro, pero ya no parece el sitio frío que conocí al principio. Ahora hay una manta mía tirada sobre el sofá, una vela que huele a vainilla cerca de la televisión y vitaminas para

embarazadas ocupando uno de los estantes de la cocina junto al café carísimo de Dorian.
Lo peor es que todo encaja.
—Estás pensando demasiado fuerte otra vez —comenta él volviendo la mirada al portátil.
—Estoy intentando entender en qué momento acepté convivir parcialmente contigo.
—Fue gradual. Además, recuerda que utilicé tácticas de infiltración emocional.
—Eso suena ilegal.
—Probablemente lo es.
Camino despacio hacia la cocina mientras me llevo una mano a la barriga. Cada vez pesa más dormir, moverme y subir escaleras. También cada vez me cuesta menos aceptar ayuda y eso sí que resulta un giro inesperado en mi personalidad.
Dorian cierra el portátil cuando llego hasta él y automáticamente aparta una silla para mí.
—No soy anciana.
—No, pero llevas veinte minutos caminando como una señora rica indignada en un balneario.
—Voy a echarte de menos cuando te mate.
Él sonríe un poco y yo sigo sin acostumbrarme del todo a esta versión más tranquila de Dorian. Sigue siendo insoportable, provocador y experto en sacarme de quicio, pero ya no parece un hombre preparado para salir corriendo en cualquier momento y eso lo cambia todo.
Dos horas después el ático parece un restaurante improvisado, porque Brock insistió en organizar una cena para celebrar oficialmente que «la pareja emocionalmente más agotadora de Manhattan por fin ha dejado de sabotearse», refiriéndose a nosotros, claro.
—Quiero dejar claro que esta reunión debería desgravarme psicológicamente —anuncia entrando en el salón con una botella de vino.
Devon lo observa desde el sofá.
—Nadie te ha obligado a venir.

—Eso es mentira. La curiosidad morbosa también es presión social.
Elara aparece detrás de él quitándole la botella de las manos.
—No le hagas caso, Elsie. Lleva media hora preguntándome si Dorian ya habla espontáneamente de cunas sin sufrir un ataque de ansiedad.
—No sufro ataques de ansiedad —se apresura a aclararle él.
—Ayer buscaste en internet «temperatura óptima para bebés dormidos».
Dorian me señala inmediatamente.
—Porque tú dijiste que los bebés pueden sobrecalentarse.
—Y tú reaccionaste como si fueras a presentar una demanda colectiva contra las mantas.
Amara se ríe bajito desde la cocina mientras Max permanece apoyado cerca de las ventanas con una copa en la mano y gesto tranquilo o aparentemente tranquilo. Con él nunca resulta fácil distinguirlo.
—Lo verdaderamente preocupante —añade Brock dejándose caer en el sofá— es que Griffiths ya tiene cara de hombre que discute precios de colegios privados.
—Eso no va a pasar.
—Claro que sí —interviene Devon sin levantar mucho la voz—. Vas exactamente por ese camino.
Dorian se gira hacia mí.
—Necesito apoyo emocional y legal.
—No puedo ayudarte. Yo también creo que acabarás comparando guarderías con hojas de cálculo.
—Traidores. Estoy rodeado de traidores.
El ambiente resulta tan absurdo y cómodo que durante varios minutos simplemente me dejo llevar.
Antes siempre tenía la sensación de que debía protegerme emocionalmente de Dorian incluso cuando mejor estábamos. Ahora ya no vivo esperando el momento en que todo se rompa otra vez y eso me hace sentir más ligera de una forma difícil de explicar.
Estoy riéndome con Brock contando una historia absurda sobre una modelo y una lancha en Miami cuando el timbre suena. Dorian frunce ligeramente el ceño.

—Falta Alistair —aclara Amara.
Pero cuando abre la puerta quien entra primero es Diana y la reacción de Max es inmediata, porque se queda completamente quieto. Diana también lo ve al instante y durante un segundo el ambiente cambia tanto que hasta Brock se queda callado. Ella tarda apenas un instante en recuperar la expresión tranquila.
—Espero no llegar tarde —dice Diana a modo de saludo.
—Todavía no hemos sobrevivido al primer plato —responde Elara intentando suavizar la tensión.
Diana avanza hacia el salón con su habitual elegancia impecable, pero noto enseguida que Max no aparta la vista de ella ni un segundo. No parece enfadado sino contenido.
Alistair entra detrás de ella pocos segundos después y se detiene observando la escena con esa calma inquietante que siempre da la sensación de que sabe más de lo que dice.
Nos sentamos a cenar poco después y la conversación vuelve a arrancar con cierta normalidad, aunque ya no consigo ignorar la tensión extraña entre Max y Diana.
—Sigo pensando que aquella boda fue un desastre histórico —comenta Brock sirviéndose más vino.
—Eso es una forma elegante de decir que casi acabasteis casados con personas aleatorias —añade Elara.
—Técnicamente algunos sí lo hicieron —murmura Devon mirando fugazmente a todos los que estamos a lo mesa.
Brock empieza a reírse.
—Aún quiero saber quién dejó a Griffiths completamente borracho suelto.
Diana responde demasiado rápido.
—Nadie obligó a nadie a hacer nada aquella noche.
Todos nos quedamos en silencio y Max levanta lentamente la vista hacia ella. Diana mantiene la copa entre los dedos sin mirarlo, mientras Alistair observa la escena en absoluto silencio.
Yo siento un escalofrío extraño que me recorre la espalda, porque por primera vez tengo clarísimo que aquí hay una historia mucho más vieja y complicada de lo que todos aparentan.

—Bueno —interviene Brock recuperando el tono ligero—. Personalmente sigo creyendo que el verdadero crimen de aquella boda fue el DJ.
Todos nos reímos, pero la sensación rara permanece dentro de mi cabeza el resto de la cena.
Más tarde, cuando todo el mundo termina marchándose, el ático queda finalmente en silencio. Dorian está recogiendo copas en la cocina mientras yo permanezco sentada en el sofá con una mano sobre la barriga.
—Tu grupo da miedo a veces —murmuro.
Él gira ligeramente la cabeza hacia mí.
—Eso no es nuevo.
—No, pero empiezo a pensar que todos escondéis secretos extraños relacionados con aquella boda.
—Seguramente porque todos estábamos borrachos y tomamos decisiones... cuestionables.
—Max y Diana no parecían solo borrachos.
Dorian deja una copa dentro del fregadero.
—No me corresponde a mí contar esa historia.
Lo observo unos segundos y asiento despacio. No insiste más y yo tampoco, porque entiendo perfectamente cuándo alguien protege algo importante. Poco después se deja caer a mi lado en el sofá y suelta aire lentamente.
—Brock ha estado insoportable toda la noche.
—Eso no es una novedad… —resoplo.
Él sonríe un poco y me rodea las piernas con una manta.
—Estás cansada.
—Estoy embarazada de un bebé que, por lo visto, practica *kickboxing* olímpico dentro de mi cuerpo.
—Eso explica muchas cosas.
Le doy un pequeño golpe en el brazo.
—Tu hijo lleva veinte minutos intentando escapar.
Dorian baja inmediatamente la vista hacia mi barriga.
—Eso suena agresivo.
—Lo es, créeme.

Entonces vuelve a moverse y Dorian y yo nos quedamos quietos al mismo tiempo. Después él apoya lentamente la mano sobre mi vientre y el bebé vuelve a dar otra patada suave justo debajo de su palma. La expresión que aparece en su cara me desarma por completo.
—Vale… —murmura casi para sí mismo—. Eso ha sido rarísimo.
—Lleva haciendo eso toda la tarde.
—Creo que me odia.
—Yo diría que reconoce tu voz.
Él no responde enseguida y se limita a seguir con la mano sobre mi barriga unos segundos más. Poco después, algo en su mirada cambia otra vez y yo me acomodo lentamente contra su pecho mientras la ciudad sigue sonando amortiguada detrás de las ventanas.
—¿Sabes qué es lo peor? —murmuro medio dormida.
—Siempre me preocupa esa pregunta.
—Que ya no me imagino viviendo en otro sitio que no sea molestándote constantemente.
Dorian baja la cabeza hacia mí.
—Yo llevo semanas resignado a eso.
—Qué romántico.
—Estoy evolucionando.
Sonrío cerrando los ojos y durante unos segundos solo escucho su respiración debajo de mí y el ruido lejano de Manhattan. Debo de quedarme medio dormida, porque noto a Dorian acariciándome suavemente la barriga mientras cree que no lo escucho.
—No hagas sufrir mucho a tu madre, ¿vale? —murmura muy bajito —. Ya tengo suficiente trabajo intentando que no me eche de casa cada vez que digo una estupidez.
Se me encoge algo dentro del pecho al escucharle.
—También agradecería que heredases su inteligencia y no mis decisiones de mierda.
Sonrío contra su camiseta sin abrir los ojos.
—Y si sales igual de cabezota que ella, al menos intenta no utilizarlo contra mí demasiado pronto.

Su mano sigue moviéndose despacio sobre mi barriga mientras habla y en ese instante entiendo algo que habría sido incapaz de aceptar hace unos meses. Durante meses pensé que el verdadero problema era el embarazo, ahora sé que el verdadero desastre habría sido vivir todo esto sin Dorian.

Epílogo

Dorian
Tres meses después

Elsie rompe aguas en mi ático a las cuatro y diecisiete de la madrugada, justo cuando yo estoy medio dormido, con una mano sobre su barriga y la ingenua esperanza de que nuestro hijo decida esperar hasta una hora más civilizada para cambiarme la vida. Obviamente, nuestro hijo no ha parecido heredar mi respeto por los horarios.

—Dorian.

Su voz me llega desde algún lugar oscuro, espeso y muy parecido al sueño.

—Mmm.

—Dorian —insiste y esta vez su voz suena menos como una llamada y más como una amenaza legal.

Abro un ojo con dificultad y la encuentro incorporada a mi lado, con una mano apoyada en el colchón, el pelo revuelto, la camiseta subida por encima de la barriga y una expresión que no me gusta absolutamente nada.

—¿Qué pasa? —pregunto incorporándome tan deprisa que casi me doy un golpe contra el cabecero—. ¿Te duele algo? ¿Es una contracción? ¿Tienes náuseas? ¿Quieres agua? ¿Por qué me miras así?

Elsie baja la vista hacia la cama, yo sigo su mirada y después vuelvo a mirarla a ella. Mi cerebro tarda unos segundos ofensivamente

largos en procesar lo evidente.
—Creo que acabo de romper aguas —dice con una calma que, teniendo en cuenta la situación, me parece insultante.
Durante un instante me quedo completamente quieto, porque mi cuerpo acaba de desconectar todos los sistemas secundarios para evitar que me desplome como un idiota.
—Vale —digo al final.
Elsie entrecierra los ojos.
—No digas «vale» con esa cara.
—¿Qué cara?
—La de hombre que acaba de ver su vida pasar por delante.
—No he visto mi vida entera. Solo los últimos meses y había muchas tazas feas.
—Dorian.
—Estoy bien.
No estoy bien, estoy muy lejos de estar bien ahora mismo, pero no tengo tiempo para eso. Salgo de la cama de golpe, piso una zapatilla mal colocada, tropiezo con la manta y acabo apoyando una mano contra la cómoda para no estrellarme de cabeza contra el suelo. Elsie me observa con una mezcla de dolor, incredulidad y decepción que lo único que consigue es hundir aún más mi autoestima.
—¿Has terminado de practicar tu caída dramática o podemos seguir con el parto? —pregunta.
—Estoy buscando las llaves.
—No están en la cómoda.
—No las estoy buscando en la cómoda. Estoy orientándome.
—Te has golpeado la rodilla contra ella.
—Forma parte del proceso.
Otra contracción le cruza la cara y el sarcasmo se le borra durante unos segundos. Ahí sí me quedo sin aire y me acerco inmediatamente, me agacho delante de ella y le cojo las manos.
—Eh. Mírame.
—No me hables con voz de documental médico.
—No sé qué voz usar.
—Una que no me dé ganas de matarte antes de llegar al hospital.

—Eso reduce mucho mis opciones.
Elsie cierra los ojos y respira hondo mientras yo intento recordar todo lo que hemos aprendido en las clases prenatales. El problema es que durante las clases yo estaba muy ocupado observando a Elsie, odiando las sillas plegables y desconfiando de un muñeco de plástico que parecía juzgarme.
—Respira conmigo —le digo.
Ella abre un ojo.
—Dorian, si me dices cómo respirar, te juro que este niño será hijo único.
—Mensaje recibido.
La contracción pasa y ella suelta aire lentamente. Yo aprovecho para levantarme y entrar en modo operativo, que es un concepto precioso cuando no estás en ropa interior y con el corazón intentando escapar de tu pecho.
Busco las llaves, pero no están en la mesilla de noche, ni en la encimera de la cocina, ni en el bolsillo de mi abrigo.
—¿Dónde coño están las llaves? —gruño abriendo cajones a diestro y siniestro.
—En el cuenco de la entrada —me dice Elsie desde la habitación.
Me detengo, miro hacia la entrada y veo que las llaves están en el cuenco de la consola del recibidor, es decir, exactamente donde deberían estar.
—Las he encontrado —anuncio.
—Qué prodigio de supervivencia masculina.
—No empieces una guerra cuando estás a punto de parir.
—La guerra la empecé hace nueve meses por culpa de tu ADN.
Eso, por desgracia, me resulta difícil de discutir.
Veinte minutos después, el ático parece haber sido invadido por un equipo de rescate sin formación específica. Yo llevo los pantalones del revés, la bolsa del hospital colgada del hombro, el teléfono pegado a la oreja y la ligera sospecha de que he metido en la bolsa tres pares de calcetines míos y ninguno de Elsie.
Devon contesta al cuarto tono.
—Espero que algo se esté quemando —contesta Devon después del cuarto tono.

—Elsie está de parto.
Hay una pausa al otro lado.
—¿Y por qué me llamas a mí?
—Porque eres útil en situaciones de crisis.
—Eso es lo más sensato que has dicho en meses. ¿Estáis saliendo ya hacia el hospital?
Miro a Elsie, que está intentando ponerse las zapatillas mientras respira como si estuviera negociando con su propio cuerpo.
—Estamos en proceso.
—Griffiths.
—No utilices ese tono conmigo ahora mismo.
—Voy para allá. No grites a ningún médico antes de que yo llegue —me advierte Devon.
—No iba a gritar a ningún médico.
Elsie levanta la vista.
—Ayer gritaste a un repartidor porque trajo pan integral.
—Pero eso era una emergencia culinaria.
Devon cuelga antes de que pueda defenderme con dignidad y el siguiente en llamar es Brock. No sé cómo se ha enterado tan deprisa. Probablemente Devon ha cometido el error de avisarlo o Brock tiene instalado un sistema de alarma cada vez que mi vida se desmorona.
—¡Papá Griffiths! —grita en cuanto acepto la llamada—. ¿Ya ha nacido el pequeño dictador?
—Voy a colgar.
—No cuelgues. Estoy yendo hacia el hospital. Llevo café, una cámara y una lista de nombres alternativos por si entráis en pánico.
—Como sugieras llamar a mi hijo Brock, voy a pedir una orden de alejamiento prenatal.
Elsie me arranca el móvil de la mano.
—Brock, como aparezcas grabando, te arranco los ojos.
—Elsie, estás radiante.
—He roto aguas, tengo contracciones y estoy a punto de expulsar a un ser humano de mi cuerpo.
—Radiante de una forma aterradora.
Ella cuelga.

—Me cae mejor cuando no habla —murmura.
—A todos.
Conseguimos salir del ático después de que yo vuelva dos veces a por cosas que no necesitamos y olvide una vez la bolsa que sí necesitamos. En el ascensor, Elsie se apoya contra la pared con los ojos cerrados y yo la miro como si pudiera impedir que le doliera solo con fuerza de voluntad, pero me quedo bastante lejos de conseguirlo.
—Deja de mirarme como si estuviera muriéndome —dice sin abrir los ojos.
—No sé mirarte de otra forma ahora mismo.
—Pues practica.
—Estoy muy ocupado intentando no desmayarme.
Ella suelta una carcajada breve que se convierte enseguida en una mueca cuando le viene otra contracción. Me pongo delante de ella, le ofrezco las manos y dejo que me apriete los dedos hasta casi partirlos.
—Joder, Rogers.
—¿Te duele?
—Un poco.
—Qué pena.
—Me lo merezco.
—Sí.
Cuando las puertas del ascensor se abren, Devon ya está en el vestíbulo, vestido con un abrigo impecable y cara de hombre que acaba de aceptar que nuestro grupo jamás será normal. Elara está a su lado con una bolsa en una mano y una sonrisa demasiado entusiasmada para alguien que está presenciando una emergencia.
—Esto es increíble —dice mirándome—. Tienes la misma cara que Devon cuando descubrió que se había casado conmigo.
—No estoy para comparaciones matrimoniales.
—Yo sí.
Devon me quita la bolsa del hombro.
—¿Dónde está el coche?
—En el garaje.
—¿Puedes conducir?

—Claro que puedo conducir.
Elsie, Elara y Devon me miran a la vez.
—Qué ofensivo —murmuro.
Finalmente conduce Devon y, aunque no lo admito en voz alta, es mejor así porque yo paso todo el trayecto girado hacia atrás, pendiente de Elsie, que alterna respiraciones profundas con insultos cada vez más creativos hacia mi persona.
—Me dijiste que querías dos hijos —comento en un momento de debilidad absoluta.
Elsie me mira con tal nivel de odio que incluso Devon reduce la velocidad por instinto.
—Dorian Griffiths, si vuelves a mencionar otro hijo antes de que este salga de mi cuerpo, te juro que te esterilizo con el cargador del móvil.
Elara se tapa la boca para no reírse.
—No te rías —le advierte Elsie.
—No me río. Estoy emocionada.
—Veo cómo se te mueven los hombros.
—Es emoción física —disimula Elara.
Cuando llegamos al hospital, el caos ya nos espera en la puerta. Amara aparece con una calma casi militar, habla con recepción, consigue una silla de ruedas para Elsie y organiza nuestras vidas en menos de tres minutos. Max llega detrás, serio y útil, cargando otra bolsa que no sé de dónde ha salido. Brock entra grabando con el móvil, como era previsible, y Max se lo arrebata sin cambiar de expresión.
—Una imagen para el recuerdo —protesta Brock.
—Lo único que vas a recordar es mi puño si sigues grabando —le suelta Elsie entre contracción y contracción.
—Qué agresivo estás para solo haber venido a observar.
—Solo quiero impedir que conviertas un parto en contenido —le digo yo.
Alistair aparece el último, impecable, tranquilo y observándolo todo con la mirada propia de quien estudia las ruinas de una civilización ancestral.
—Esto es fascinante —dice.

—Esto es mi parto, Hudson —gruñe Elsie desde la silla—. No una expedición antropológica.
—Técnicamente, ambas cosas pueden coincidir.
—Como sigas hablando, voy a dejar que Brock elija el nombre del bebé solo para fastidiarte —le amenaza Elsie.
Eso consigue que Alistair guarde silencio.
Durante las horas siguientes descubro que un hospital puede alterar completamente la percepción del tiempo. Las contracciones van y vienen sin ningún orden lógico, Elsie me aprieta la mano hasta dejarme sin circulación, me insulta, se disculpa cinco minutos después y vuelve a insultarme en la siguiente contracción mientras me exige que no me mueva de su lado y yo no me muevo, ni siquiera cuando una enfermera me recomienda sentarme porque tengo cara de estar a punto de desmayarme. Tampoco cuando Brock asoma la cabeza por la puerta para preguntar si «el bebé del caos piensa salir hoy o prefiere esperar a la cena» y Elsie amenaza con tirarle encima todo lo que encuentre cerca. Ni mucho menos cuando Devon intenta explicarme cómo respirar y descubro que escuchar consejos de meditación de Devon Mitchell es una de las experiencias más inquietantes de mi vida.
—No me digas que respire —le suelto.
—Estás hiperventilando.
—Estoy participando emocionalmente.
—Estás a tres respiraciones de caerte al suelo.
Elsie, sudando y agotada, gira la cabeza hacia mí.
—Como te desmayes, te dejo.
—No pienso desmayarme.
—Bien, porque ahora mismo necesito odiarte y tienes que estar consciente.
Me inclino hacia ella y le aparto el pelo húmedo de la frente.
—Puedes odiarme todo lo que quieras, cariño.
—Lo estoy haciendo —me escupe con los ojos inyectados en sangre.
—Lo estás haciendo muy bien.
—No seas tierno ahora, imbécil, que me desconcentras.
Le beso los nudillos y ella cierra los ojos un segundo. Esa pequeña pausa me rompe por dentro más que cualquier grito, porque está

sufriendo y yo no puedo hacer nada más que estar a su lado.
Cuando por fin llega el momento, el mundo se reduce a Elsie, su mano aferrada a la mía y la voz de la matrona guiándola con una serenidad que me parece casi sobrenatural. Todo el humor se queda fuera de la habitación. Incluso Brock se calla al otro lado de la puerta. Yo apenas soy capaz de pensar. Solo miro a Elsie, su cara agotada, su fuerza brutal y su fortaleza para seguir incluso cuando parece que no puede más.
—Una más, Elsie —dice la matrona—. Lo tienes.
Elsie niega con la cabeza, llorando de rabia y cansancio.
—No puedo.
Me acerco más a ella sin soltarle de la mano.
—Sí puedes.
—No me digas frases de taza motivacional.
—No era una frase motivacional. Era una orden.
Abre un ojo.
—Eres idiota.
—Sí. Pero estoy aquí.
Algo cambia en su cara y aprieta mi mano con una fuerza brutal y empuja. El llanto de nuestro hijo se escucha antes de que yo entienda que ha pasado. Es un sonido pequeño, furioso y absolutamente perfecto que rompe la habitación por la mitad y yo me quedo sin aire y Elsie también.
La matrona sonríe y alguien dice que es un niño precioso, aunque yo no entiendo cómo alguien puede formar una frase tan larga mientras mi vida acaba de detenerse.
Cuando me lo colocan en brazos, dejo de ser una persona funcional. Es diminuto, está rojo, arrugado y enfadado con el mundo. Tiene los puños cerrados y una boca pequeña que tiembla antes de volver a soltar un quejido indignado.
No sé qué hacer con mis manos, ni con mi respiración, ni con el hecho de que algo tan pequeño pueda ser más importante que todo lo que he tenido en la vida hasta este instante.
—Dorian —susurra Elsie desde la cama.
Levanto la vista hacia ella y la veo agotada, pálida, pero preciosa de una forma que no voy a saber explicarle nunca. Me mira a mí, luego

al bebé y sonríe con los ojos llenos de lágrimas.
—Dile algo.
Miro otra vez a mi hijo.
«Mi hijo».
Joder… Esa palabra es tan grande que tengo que tragar saliva antes de poder hablar.
—Hola, pequeño —murmuro con la voz rota—. Soy… Soy tu padre.
El bebé mueve la boca como si esa información le pareciera decepcionante y Elsie suelta una risa cansada.
—Tiene tu cara de juicio.
—Imposible. Yo tengo mejor mandíbula.
—Acaba de nacer.
—Y ya está juzgando el entorno.
Me acerco despacio a la cama y me siento a su lado con el bebé entre los brazos. Elsie levanta una mano temblorosa y le acaricia la mejilla con la punta de los dedos.
—Hola, Leo —susurra.
—¿Leo? —le pregunto mirándola.
—Si no te gusta, podemos volver a debatir nombres mientras me recupero de haber empujado a un ser humano fuera de mi cuerpo.
—Leo es perfecto.
Elsie sonríe un poco.
—Saluda a tu papá, Leo.
El bebé abre los ojos apenas un instante y no tengo ni idea de si realmente me ve, pero da igual. Porque yo sí lo veo a él y también a Elsie. Veo todo lo que empezó como una noche absurda, borrosa e injustificable y que ahora está aquí, respirando entre mis brazos.

Unas semanas después, el Lumière se convierte en una zona de guerra con servilletas de lino, copas caras y un bebé dormido en brazos de Elara mientras Brock intenta convencer a todo el mundo de que es el padrino favorito de Leo.
—Me ha sonreído —afirma.
Devon lo mira por encima de la copa.
—Tiene gases.

—Eso es una interpretación muy fría de un vínculo profundo —afirma Brock con convicción.
—Es biología.
—Tu romanticismo debería venir con advertencias legales.
Elsie está sentada a mi lado, apoyada contra mí con el cansancio nuevo y propio de madre reciente que intenta fingir que puede con todo. Bajo mi mano y le acaricio la espalda mientras ella me lanza una mirada de advertencia.
—No empieces a tratarme como si fuera de cristal.
—No iba a hacerlo.
—Sí ibas…
—Vale, pero iba a hacerlo con discreción.
Amara sonríe desde el otro lado de la mesa.
—Seguís siendo insoportables, pero ahora con un bebé. Es una evolución preocupante.
—Gracias —responde Elsie—. Intentamos crecer como desastre colectivo.
Leo hace un ruido pequeño en brazos de Elara y yo me levanto automáticamente y toda la mesa se queda mirándome.
—¿Qué? —pregunto.
Brock sonríe despacio.
—Nada. Solo estoy disfrutando del espectáculo de Dorian Griffiths convertido en padre helicóptero.
—Te voy a tirar pan.
—Eso no va a cambiar nada.
Cojo a Leo con cuidado y el bebé se calma casi enseguida al apoyar la cara contra mi camisa. No digo nada porque no pienso darles munición, pero noto a Elsie mirándome y cuando bajo la vista hacia ella, su expresión me deja un poco sin defensas.
Ya no hay miedo en sus ojos, solo cansancio, ternura y una felicidad imperfecta, pero ruidosa y real.
La cena avanza entre bromas, comida y Leo pasando de unos brazos a otros bajo mi estricta supervisión. Todo parece extrañamente ligero hasta que Brock, porque Brock nunca sabe callarse a tiempo, menciona la boda.

—Sigo pensando que aquella noche debería estudiarse en escuelas de negocios —declara—. Gestión del caos, toma de decisiones horribles y consecuencias inesperadas.
Diana, sentada cerca de Max, responde demasiado rápido.
—Algunas consecuencias eran bastante previsibles.
El cambio es mínimo, pero yo lo noto. Max levanta la cabeza y Diana se queda inmóvil con la copa entre los dedos. Alistair observa todo desde el otro extremo de la mesa sin mover un músculo.
Elsie también lo nota y la noto tensarse a mi lado mientras yo coloco una mano en su rodilla bajo la mesa. Nadie dice nada durante un segundo, p ero en nuestro grupo un segundo puede decir demasiado.
Max mira a Diana como si llevara años intentando no hacerlo con rabia, con culpa y con algo mucho más viejo que una noche de borrachera en una boda. Diana aparta la vista primero y Brock, por una vez en su vida, no hace ninguna broma. Elara mira a Devon, Amara a Max y Alistair sonríe un poco, como si una pieza acabara de moverse justo donde él esperaba.
Leo se remueve contra mi pecho y rompe el momento con un quejido pequeño, por lo que Elsie se inclina hacia mí.
—¿Has visto eso? —murmura.
—Sí.
—Ahí hay una historia.
Miro otra vez a Max, que ya ha vuelto a su expresión habitual, aunque no lo bastante rápido.
—Más de una, diría yo.
Elsie apoya la cabeza un instante en mi hombro y yo beso la frente de nuestro hijo mientras el ruido del Lumière vuelve poco a poco a ocupar la mesa.
Creía que nuestra historia había sido el mayor desastre nacido de aquella boda. Entonces vi la forma en que Max Hammond miraba a Diana Kline… y entendí que todavía no habíamos visto lo peor.

Nota de la autora

Querida lectora:

Entre todas las historias que existen ahí fuera, has decidido dedicarle tu tiempo a esta, algo que eso nunca deja de impresionarme.

Gracias por acompañar a estos personajes en sus decisiones cuestionables, en sus errores imposibles de justificar y en esa clase de tensión que hace que dos personas pasen más tiempo discutiendo que comportándose como adultos funcionales. Aunque, siendo sinceros, probablemente ahí estaba parte del problema… y también toda la diversión.

Gracias por seguir leyendo incluso cuando los personajes parecían empeñados en complicarlo absolutamente todo. Gracias también por reírte, enfadarte, suspirar o quedarte atrapada en su historia cuando ya era demasiado tarde para dormir una cantidad de horas razonable.

Escribir novelas así sigue siendo una de las cosas más especiales de mi vida, pero compartirlas con lectoras como tú es lo que realmente convierte todo esto en un regalo para mí.

Si esta historia te ha acompañado de alguna forma —aunque solo haya sido durante unas horas, aunque solo te haya arrancado una sonrisa o te haya provocado un pequeño vacío al acabarse—, me ayudaría muchísimo que dejaras una opinión en Amazon, Goodreads o que recomendaras la novela a otras lectoras de romance.

Para una autora independiente, ese tipo de gestos tienen muchísimo valor y ayudan más de lo que imaginas.

Gracias por estar al otro lado.

Con cariño,
Sarah Valentine

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animo a que continúes con ***Casados por error***, la primera entrega de la ***serie Romance en Nueva York***. Esta es su sinopsis:

Casados por error

Un romance de enemies to lovers, un matrimonio falso, celos y pasión en Nueva York

Un matrimonio accidental, un pacto imposible y un enemigo demasiado tentador.

Despertarse con resaca ya es bastante malo. Pero **despertarse casada con Oliver Wilson**, el hermano de su mejor amiga y el tío más insufrible del planeta, es lo último que Kath Davis esperaba.

Arrogante, demasiado atractivo y un abogado que siempre lo tiene todo bajo control, Oliver nunca deja nada al azar… hasta que se encuentra con **un certificado de matrimonio y un anillo en el dedo**.

La solución es fácil: **anularlo y hacer como si nunca hubiera pasado**.

Pero Oliver no juega para perder. Con su voz grave y su sonrisa de tiburón de los negocios, le propone **un trato que podría beneficiarles a ambos**: **Seis meses de matrimonio: Sin sentimientos, sin ataduras y sin complicaciones.**

El problema es que **vivir juntos** se convierte en un auténtico campo de batalla, porque las discusiones suben de tono, las pullas se vuelven más afiladas… y los roces, más peligrosos. Hasta que, una noche, Kath **se rinde a la tentación y acaba en sus brazos, en su cama y completamente a su merced**.

Ahora lo difícil no es fingir que este matrimonio es real., sino fingir que **no siente nada por él.**
Un romance adictivo, lleno de tensión, deseo y un enemigo demasiado irresistible como para ignorarlo.
Si te gustan los **romances con mucha tensión** y con **protagonistas alfa irresistible**s, **tensión explosiva de alto voltaje** y **matrimonios accidentales**, esta historia te enganchará desde la primera página.
¡Atrévete a descubrirlo!
Casados por error es la primera entrega de **Romance en Nueva York**, una serie escrita a cuatro manos por **Sarah Valentine y Rosie Promise**, dos autoras de **novela romántica contemporánea**, que han unido fuerzas para crear historias que te harán suspirar, reír y enamorarte (al menos, de sus historias).

Puedes empezar a leerla aquí:



¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine.escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook: Sarah Valentine escritora:
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com
En mi web: www.saravalentineescritora.com
